

CRÓNICAS DE INÉS DEL PRIETO EL LEGADO DE ARPO 247

Un lapso vivencial seccionado en fantásticas narrativas

LUSHMORE DERBUT



EDITORES



Confín meridional: Terra Spes.
Buenas andanzas, tanto de partidas como de arribos (en
penas y regocijos), extraídas del dietario de la Infanta Spes
(Inés del Prieto); avatares sobrevenidos más allá de las
Murallas del Ser, en el caleidoscópico metaverso del No-ser
como rédito bien habido de su rebelión.

CRÓNICAS DE INÉS DEL PRIETO: EL LEGADO DE ARPO 247

Un lapso vivencial seccionado en fantásticas narrativas.

Por DERBUT.

De mote prefijado: LUSHMORE.

Fusco cenobita de cáustica filosofía, cuyo lapicero guarece
la dispensa de inmortalizar con khimáiricas grafías.

José Miguel Prieto Portillo
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2024.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-5406-7
Depósito Legal: ZU2024000379

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

EN HONOR A:

Adelio Ramón Prieto Ortega (el Arquitecto de lo Imposiblemente Posible), filósofo maracaibero y hadado arquitecto contemporáneo del Zulia; quien desde lo oculto y silencioso del No-ser formó a José Miguel Prieto Portillo, su agradecido vástago-discípulo. ¿Tendrá el bisonño Lushmore Derbut (Lux in Tenebris) la ventura de haber aureolado a su maestro? Pues si éste es, aquél lo fue primero. ¡Honor para el hierofante, amor para el padre, gratitud para el benefactor, deuda para el creativo y feliz esperanza para el humanista! Aquel, entre pocos mortales, qué capaz fue de enmudecer a los dioses: ¡Gracias, ARPO!

Oda Licia Portillo de Prieto, mi buena madre inimitable en lo terreno, que con el prodigio del abnegado amor y de par de talentosas manos forjó fe, fidelidad y generosidad en este correspondido renuevo de su linaje. ¿Seré capaz de describir, en sinnúmero de escritos, sus aciertos y las consecuentes gratitudes? ¿Cómo retribuir a tan inmenso humano amor? ¿Gozándome en sus entregas y agradeciendo lo realmente valioso? ¡Gracias, madre, por tu sacrificio! Aunque pequeño el portal, monumentales sus adentros.

DEDICADO:

*Al Maestro, Rey de reyes y Señor de señores: Yeshúa ha nostrí.
Al ensueño no onírico que, como tenía, realidad se hizo.
A Inés Graciela Prieto Vicuña (Inés del Prieto), mi Tierna
Corderilla y única infanta de Terra Spes.
A las numerosas personas comunes, héroes del día a día, que,
marginados, residen en la anónima oscuridad del luminoso No-ser
protagonizando su vanguardista rebelión.
A Lushmore Derbut (conocido, en las dicciones del cuadrículado ser,
como José Miguel Prieto Portillo) a guisa de mercedísimo segundo
óbolo a mí mismo.
En definitiva, a ti, mi nuevo(a) compañero(a) de periplo, elegido(a)
por las aparentes azarosas razones de Providencia.*

EN AGRADECIMIENTO:

*Al feroz filógrafo de los albures sobrevenidos en el metaverso del No-ser,
mi muy amado José Miguel Prieto Portillo.
A la Rebelión desde el No-ser.
A Oda y Adelio, mis padres, pues si soy es porque ellos lo fueron
antes.
A Osne, nueva acompañante de aventuras que supo discernir
opulencia en la pobreza, afecto en la hosquedad, luz en medio de la
tenebrosidad y esperanza a pesar de las dificultades; desde ahora, mi
inmortalizada consorte.
A quienes creyeron en esta ficción (amigos y adversos del pasado y
presente), así como a quienes apoyaron su realización.
A Oda Licia, quien entregó la materia para que la fantasía pasara
de la simple potencia al anhelado acto.
Al degradado Ángel, que con un mezuquino «por favor» ultimó la
inestimable oportunidad de proyectar la luz que surge de en medio de
las tinieblas. A pesar de tu astroso destino, ¡gracias!
BIENVENIDOS AL NUEVO MUNDO DONDE AUN
LO IMPOSIBLE, SIN DUDA, ¡POSIBLE SERÁ!*

... despojado de su pesada atadura mortal y previo a la
Odisea del No Retorno, en su otrora tálamo nupcial de mí se
despidió con resplandeciente sonrisa y firme esperanza, sin las
sensuales mercedes de mi humana visión. Como viático para
su nueva aventura, le obsequié una porción de mi mutilado
corazón pues, por él, poco me importa ser un lisiado.
Paternalmente, me susurró con alegría: «¡Saber vivir es
comprender “morir”!».

¡Sin duda la vida no acaba, se transforma!

Pater noster qui es in caelis...

Y ahora, cuando Dolor con inmisericorde furia lacera mis
humanas profundidades en el desértico hogar de Vacío,
mientras el estridente Silencio mordaz se mofa de mis
deseos de escucharte, pronuncio nuevo edicto desde el
No-ser: papá Adelio Ramón Prieto Ortega, siempre en mis
ideas, deseos, letras y acciones estará presente tu invaluable
legado para el mundo. ¡Hasta pronto, mi Arquitecto de lo
Imposiblemente Posible! ¡Dios contigo!

*«¡Alabados quiénes ríen! ¡Benditos los que cantan! Porque la voz del
hombre ya no es vocablo de muerto». ARPO 247.*

PRÓLOGO

Derbut (Luz en [medio de] las Tinieblas) es el seudónimo del filógrafo zuliano (nacido en la ciudad de Maracaibo, Venezuela) José Miguel Prieto Portillo; a quien, entre sus afectos, le colocaron como apelativo prefijado «El Lushmore». Filosófico prosista (“cuyo lapicero guarece la dispensa de inmortalizar”) representante de una inédita e innovadora manera de expresión literaria cuyo estilo pertenece a la contemporánea corriente neovanguardista.

Derbut («El Lushmore») sostiene que sus obras escritas «fueron fraguadas más allá de las mustias e iterativas Murallas del Ser, es decir, en medio de la intemperie del No-ser con ocasión de su creadora y policromática rebelión», pues se vio apremiado a expresarse «como expiación» de cada uno de sus trances vitales y por la devoción a «las tres corolas del tríflio» de su «árido corazón: Adelio, Oda e Inés»; en cuyo honor ha de transformar las tan humanas historias.

Derbut define su estilo literario como «khimáiricas» (del griego *Χίμαιρας*) explicándolo metafóricamente de la siguiente manera: «consiste en un viajero que lleva un valiosísimo tesoro entre sus manos (¿un mensaje o aprendizaje?) el cual desea compartir con quien quiera acompañarle (lector) hasta el final de su aventura; de esta manera, el peregrino y su nuevo compañero (lector) le piden al cochero Filosofía que los transporte (montados en su carruaje Alegoría e impulsados por los indómitos corceles Lírica y Español) al desenlace de su correría a través del variado sendero Narrativa».

Su primer libro, *Lux in tenebris*, es una obra ecléctica e inclasificable, un pulso constante entre filosofía y literatura a lo largo de cuyas páginas el lector va descubriendo a Derbut, personaje principal y narrador de la historia, mirándolo desde todas sus aristas. A lo largo de ocho secciones, el lector recorre una miríada de artilugios literarios que juntos componen una fábula ambientada en un territorio, según se nos indicó, situado fuera de las «Murallas del Ser».

Adentrarse en este prisma narrativo supone encontrarse con cánticos, profecías, meditaciones, aforismos, diálogos

filosóficos, poesías y piezas que emulan la estructura de una composición musical. Siempre por medio de un lenguaje milimétricamente estudiado, la narración va iluminando todas las facetas del misterioso territorio en el que habita su protagonista, de tal forma que al final de la lectura sea la luz, y no las tinieblas, lo que prevalezca.

Crónicas de Inés del Prieto: el legado de ARPO 247, es la segunda obra de Derbut y, en ésta, hace énfasis en la narrativa khimáirica. Está compuesta por tres porciones secundarias: la primera presenta una lírica introductoria (proemio) que describe las travesías de un alma en la existencia; la segunda (*excursus*), por una parte, nos muestra una gótica digresión (*post tenebras*) a través del fantasmal Veteraco el Limoktonúm mientras que, por otro lado, nos expone las vicisitudes de la hilarante vida de Mollejita Golilla; la tercera nos ofrece un cierre (epílogo) con unos poéticos monólogos pronunciados en la melancólica y gélida Alberta Rose.

El eje central de la presente obra muestra diez breves cuentos khimáiricos (cartapacios) protagonizados por la irredenta mocita Inés del Prieto (Infanta Spes) y su misterioso maestro ARPO 247; cada uno de aquéllos versan acerca de asombrosas y divertidas aventuras donde la acción, las ocurrencias y el misterio se conjugan en diversos escenarios (¿reales o ficticios?) con el fin de obsequiarnos narraciones entretenidamente inolvidables, así como pletóricas en aleccionadoras enseñanzas.

ARPO.

PROEMIO

«¿Un hombre de éxito? Aquel que de plenitud sonríe en las tres etapas del ser: amanecer, ocaso y cotidiano crecer». ARPO 247.

ITINERARIUM

Introitus.

Buscando insistentemente en el interior
cuanto en el exterior no distingo,
importunado por los espurios deleites
de lo corruptiblemente material,
mismos que a diario con hambre
abofetean los nutridos valores
de mi decena de ideales;
pacientemente aguardo la oportunidad
de acariciar la sutil mano
a lo imposiblemente verisímil
pues, de lo posible y sus limitaciones,
contados desvelados humanos
harto nos hallamos en los trechos de sus reclusiones.
Soy como signo constantemente hostigado
por sensaciones e ideas que, testarudamente,
me demandan las galas del idioma para,
con la cadencia de sus materializaciones,
alardear de simbólica corporeidad
acicalada con la polifonía de sus significaciones;
cual grafía que a tientas flota,
en medio de invernal bruma,
ondeando con el anacoreta desprecio
por lo meramente terreno
y de muerte herido
al haber extraviado,
de mis percepciones visuales,
el luminoso derrotero de los astros del cielo.
El desconocido, aunque inolvidable bardo,
inicia su artificio como quien, en sus palmas,
contiene las vastas longitudes del océano,
allí donde las fructuosas noticias
anuncian la llegada de la locuaz Narrativa;
vociñgera dama que se viste con engalanados poéticos atavíos
mientras mañosamente guarece,
a modo de preciosa perla,

las pedagógicas hondonadas de quien entre humanos
se esgrime como sagrada
al ser de la sabiduría su contumaz amante,
y no a guisa de casquivana meretriz
de bellos ropajes con inexistentes realidades.
Aquí, a pesar de que lo inédito de su creatividad
arrebujá en sus nuevas formas
la imposibilidad de acoplar
en los presentes rompecabezas,
las grafías custodian sibilino tesoro
con la estética desdicha: ¡oh analfabeto invidente!,
que a pesar de ser por muchos escuchado,
pocas de sus bondades
continuamente se podrán saciar.
Entonces Khimaira, legado de su cuño,
del rapsoda sana sus fracturadas alas
a través de las novedades de sus artificios
empero de reiterativos sinsabores.
Agreste tierra curtida por lo truncado de vital líquido,
teñida con la sangre del orden, lo formal y la virtud;
vapuleada en oscuras noches
penadas a velar sin los favores de luminarias,
donde el hambre incorporalmente es «nutrida»
con la saciedad de pocos encumbrados,
apestosos zorros mascarados
como «sensibles filántropos» de henchidos erarios.
Lugar en el cual los Miserables de las Posesiones,
a noctívagas hurtadillas,
violentan lo ajeno con sus marginales
y avarientas manos;
energúmenas posesas de lo indebido
que a diario sacrifican,
con írritas acciones,
lo propiamente humano en pérvida picota.
Agrestes bestias que suscriben,
de las posesiones,
su pertenencia a retorcido «derecho»
apuntalado sobre las mutables «propiedades» de sus rapacerías.
Es cuando, al trovador,

el mofletudo de henchido vientre,
cuyo vislumbre cree poseer
de venturoso ricachón,
increpa a través de sonoras perspicacias
propias de mercancías e injustos (aunque legales) lucros;
otro ciego que paranoicamente alucina
con la dicha de ser tuerto,
pues su avariento atisbo
ineficaz es de transgredir
los finales de su embutido abdomen.
¿En lo estético, valor o precio,
de sus voluptuosidades, degustaremos?
¿De las riquezas,
aquellas que no se pudren
en el silente olvido del sarcófago,
sus profusas trascendencias
el contingente capital podrá costear?
Mientras tanto, el endemoniado tozudo,
una y otra vez,
pronuncia, a contados recobrados,
el anatema a la amada Lírica ya que,
en su mendrugo de mente,
conquistada la vida es
con las ganancias de la cosa comerciada;
pero, el pequeño corrillo de nos,
asediados por certidumbres especulamos:
«es la vida, para no dormir en los atrios
de lo meramente existente
y merecer así de sus vivencias
lo natural a sus frutos,
quien debiera, de la cadenciosa Poesía,
conquistar sus planos y dimensiones».
De esta manera, en el desdeñado taller de lo intangible
aunque ciertamente inteligible,
labora cual inspirado erudito,
casi atormentado por lo lejano
de la debida cúspide a colonizar,
el Artesano de las Letras,
sublevado feraz filógrafo del No-ser.

Hosco amanuense con la facultad de inmortalizar,
a través de los rotulados signos
perfilados por sus acongojadas manos,
y penitente solitario
cuyas acuciosas deprecaciones se sosiegan
en las tres corolas
del trifolio de su árido corazón: Adelio, Oda e Inés.
Ya que su prosapia
al afligido eremita le capacita para,
de lo imposible,
efectuar su posibilidad.
Que sea autorizado entonces
a purgar parte de su reato
transformando, en honor a sus tres distantes amores,
las tan humanas crónicas
así como las recusadas biografías.

Reencuentro.

Allá, en cuyo aposento
el conjunto de amados compartía
mas, ahora,
la resta de nueve lustros
abate al dichoso de otrora
zozobrándolo en individual melancolía...
Permíteme relatarte,
consciente de aquello ya mencionado,
mientras vislumbramos inconcebibles porqués.
Taciturno anciano en desvencijado cobijo,
de extenuados pasos que dormita
en esperanzas de futuras realizaciones;
fieramente herido por los sinsabores del abandono,
trilla nostalgias en estribillos de anhelos
cual lunático desvelado
que del tiempo desea su marasmo.
Casa desolada por los improprios de las remociones
aunque frecuentada por aves y pipiolo reptiles.
A pesar de lo acedo
de cuanto para la mayoría posible es,
permanece creyendo, a la usanza de su padre,

con atisbo firme en lo imposible.
«¿Y por qué no?
Quizás, después de todo,
lo humanamente inverosímil
ciertamente verisímil resulte».
¡Abrupta sí pero,
en los regocijos de sus actualizaciones,
de verdad,
disfrutes en las jubilaciones de sus vendimias!
Quebrantado por la prolongada ausencia de la misma
sangre,
aquella Tierna Corderilla (ralea de su corazón),
emigra cual terco soñador que,
con improvisada pericia,
otea el porvenir desde el pretérito sillón de su sala;
como quien codicia, de sus amados,
inesperada ecuánime restitución.
Entre desastres culinarios
e imperiosas redacciones,
allí trastea sus pasos
con la tristeza de quien,
en remoto pretérito,
ostentara el galardón
de, con su familia,
sumar tan heterogéneas alegrías.
Constantemente atormentado,
ese risueño campeador,
por cuanto de los recuerdos
eternizados se manifiestan
en cada rincón
del material habitáculo
donde asila su cuerpo.
En aquel despreciado lugar aguarda,
casi con fanática obsesión,
las dulzuras cobijadas por los abrazos de indivisa hija.
Punzantes lágrimas gravitan
en torno a su caviloso rostro
atentamente dispuestas a sopesar
la sorpresa de la aparición

de la única con poder
para alumbrar las oscuras penumbras
de tan marchito corazón.
Interlocutor de las sombras que,
en el hastío de lo inconcluso,
musita deseos y razones
al desierto que su derredor le ofrenda.
¿Será él, en inusitada rondilla de lumbre,
competente de zapatear
con la inoportuna muerte?
Entonces,
irritante lección entretejida con lo incomprensible,
cuando los momentos huyen de sus dueños
en las ventiscas de los sueños,
todas sus expectativas regresan,
¡euforia para el indigente de aprecio!,
con el musical monosílabo de su Tierna Corderilla;
aquella cuya sangre de dragón había ocultado,
detrás del distante reinado del pueblo quechua,
a la irredenta mozuela que,
por sus afectos,
tanto es amada.
Y es cuando el ahora resucitado anciano,
de profusa dicha e íntegro agradecimiento,
fascinado oye el sinfónico sonido
de las llaves de su joven Inés.
¡Dicha en el empíreo por,
del alegre demacrado viejo,
la nueva ocasión de mimar
a su excepcional Graciela!
¡Danzón entre padre e hija
que adeudado era por la vida!
¡Humana dicha!,
sin acicalamiento de adjetivos,
pues con amor es perdonado
lo bilioso del pasado
sin lo pútrido del rencor.
El suertudo risueño
brilla en su contento

por el esperado reencuentro que el ahora,
endulzada savia de mercedísima siembra,
le certifica en sus cercanías
con el arrimo de queridísima hija.
Los brazos de ella son bálsamos
que acortan disgustos
mientras el anciano demanda al Altísimo
para que al reencuentro magnifique
con los baluartes de la eternidad.
Magistralmente, el mutuo perdón
toma la batuta de la sinfonía
donde el amor deja
resentimientos en el tintero
en tanto, de a poco,
desagravia estériles culpas
con seniles ponzoñas.

Peregrino.

Cuando percibes recurrentes voces hambrientas
que a gritos reclaman,
de tu humanidad,
improrrogable búsqueda de respuestas;
las incógnitas licencian libertinas asociaciones
pues la verdad,
para el repetido terrestre común,
en pequeñas porciones debe ser digerida.
Te atormenta lo voraz de tus internas ansias,
que los deleites en materiales cosas
apenas capaces son
de hacerte aún más miserable
en cuanto mucho, de ellas, te atiborras;
es cuando, de imprevisto,
la vida te empuja a caliginoso periplo
sin siquiera preguntar,
de tus deseos, sus presentes oficios.
Firme en sus herméticos designios,
el Mañoso de los Esparcimientos
escribe novicio capítulo
en los enmendados vericuetos de tu agitada existencia

como si en la ilimitada trascendencia se hallara.
Imbuido en lo aparente,
la tranquilidad no encuentras
pues la saciedad,
en el individuo,
carece de primacía
cuando lo Paternalmente universal
avasalla tus sensuales sentidos
al requerir,
profusamente en las apetencias,
la integridad de tu mortal presencia.
Allí es cuando
los apetitos te reclaman perpetuos empachos
en tanto, las desazones mutan
en firmes convicciones.
¿Serán acaso prístinos secretos
o tiernas facultades
que con el pasar de años hacen aflorar,
de sus verídicas posesiones,
para el vidente,
la más pronta resulta?
Entonces, el elegido viajero
de entre numerosos tuertos,
inconsciente procrastinador de su ventura,
a pesar de inciertos derroteros
que sobrevuelan al poco necesario,
con tribulación alista su exigua alforja
a guisa de anticipado «adiós».
La tristeza de quienes ama
se entroniza en tus devastados tuétanos
increpando al Celeste por los afanes de sus designios.
«¡Yo! ¿Habrá, oculto motivo,
razones para que el dedo de mi Padre
señale a quien ya no se cree capaz de sentir?».
Es cuando lo inmanente,
remanente magnitud de lo corpóreo,
claudica ante la refrescante plenitud de la trascendencia.
¡La vida!, incógnito obsequio,
que en lo actual de este trío dimensional

¿enmascara verdades de eternidad?
¿O musita, testaruda agria eventualidad,
desconsuelos en términos de materialidad?
Momento para explicarle a Inés,
su Tierna Corderilla,
el no retorno de próxima travesía.
Lacerantes explicaciones para quien,
desde lo adhesivo del amor,
escucha la nueva pérdida de aquel
que fue encontrado por segunda vez.
Sin duda: ¡Todo cuanto principia,
cosechará su fin!
Inés le abraza el alma para,
con dulzuras de perennidad,
impregnar su actual memoria
con las incorpóreas esencias de su padre;
empedernido nauta,
de suyo en lo humano,
mejor humanidad entalla.
Juntos, mozuela y anciano,
dueto de merecidas más que de pérdidas,
rememoran las alegrías de otrora
en la ardiente tierra que flirtea con el Sol;
donde el rapsoda, por Inés,
como «padre» fuera aclamado
mientras que ella,
como «niña de sus ojos»,
anduviera para siempre amada.
Aquí, la simpleza de lo cotidianamente desapercibido,
adquiere solemne forma
de lo históricamente inolvidable,
a la usanza de soterrado tesoro:
¡Condena para lo porvenir,
estupor de innumerables lectores!
Mientras tanto,
en mendrugos se deshace la alegría de la hija
cuando el alicaído padre le promete,
previo a la peregrinación
por los derroteros de lo inagotable

y a manera de pócima
que suaviza los terrores de la muerte,
narrarle los secretos del itinerario de un alma,
cuya luz se manifiesta en medio de las tinieblas.
«¿Quién, desesperanza mía,
inconmovible advenediza en sus anomalías,
sanará mi alma cuando el dolor porfíe
en impartir llantos con sus grafías?». Ella (Inés), sin poder nuevamente socorrerse,
desiste del alocado intento
de favorecer a su estrella,
que siendo del empíreo,
purga aprendizajes
subsumida en inferiores planos.
Sin aparentes motivos,
empero a sus holgados disensos,
presta oídos a los decires de a quien copiosamente ama
en espera de lo justo,
con anhelo de rezagadas razones;
instantes para perpetuar
en los laberintos de sus remembranzas
así como en los egregios amores
de inigualable afecto.
Y es cuando, ¡dicha y algazara!,
le es conferido el derecho de portar,
en constante paciencia y resuelta aceptación,
la coronilla de quien, entre muchas,
se distingue como única.

Inicio.

Arropado por la frescura de la noche,
el joven discierne acerca de futura entrega,
en lejano paraje tan distante de su amada madre
que, su emotivo corazón, retoza en angustias
por el hecho de apartarse de su amada Oda,
aquella mujer por la cual en el hoy
padece tristezas debido a distante ausencia;
a la vez que, con sus vivificantes bendiciones,
hace retoñar lo obstinadamente infecundo.

Buena madre, cuyo voquible de jaculatorias
en torno a su lejano hijo,
del yermo árbol
agencia primaverales rebrotes.
«¿Entonces, por qué no,
del destierro, evitar su arrebuñado?».
¡Consenso no puede haber!
El mozo tiene vehemencia
de brebaje heroico,
juvenil sacrificio
cual dádiva de fraternal servicio.
No le pidas pues
que satisfacción encuentre
en lo repetido de ajenos anhelos.
¿Entonces para qué, dime, en sus entrañas
cincelaste valores con avideces de ideales?
¿Capaz serás de sentir cómo él,
de su verdadero hogar,
ansias por los deleites propios
de pocos en las alturas?
Al lado de atractiva fémina,
en lujoso lugar donde
adolescentes entretienen sus horas,
no curioseas pomposa proyección
mientras degusta (sin gusto)
de deliciosos pisco-labis,
ya que sólo él puede sentir
vacío y dolor de desconocidos prójimos,
que los comunes desechan,
en las complacencias
de sus pueriles satisfacciones.
«¿Reo de repentina insanidad
o consecuente con los inmarcesibles tesoros que
pretendo?».
¿Cómo no llorar ante el santo,
su Ángel, que amado es
como hermanito
por la Bienaventurada María?
Puedes dedicar tiempo a tus alegatos

pero únicamente le importan las razones que,
a su Hijo, el Padre esgrime en operático encuentro
acaecido en el vergel
donde se ostentan copiosos olivos.
«¿Del sacrificio, su imposición
o mera resulta de lo sublime
en este miserable mar de lágrimas?». Siente con tanta profundidad el forastero sufrimiento
que insostenible le resulta
sortear su mirada ante el Maestro que le apremia
a tomar nimia porción de transformador madero.
¡Numerosos son quienes
culto rinden a sus egoísmos
que bien nos vendría poseer
un lunático más,
poseso de amor y vida!
Cual arquitecto que lo imposible
hace posible con creativa convicción.

Lar.

Habitáculo de mínimas dimensiones que,
en lo pretérito,
prodigaba abrigado cobijo,
entre jovialidades y esperanzas,
a ocho dispares moradores;
el mismo lugar donde,
en el presente,
disímiles intrusos desean habitar.
Paso a paso fue acicalando sus detalles
según los deseos
y tenencias de sus naturales.
Hoy, de tanto carece
que lo óctuple de otrora
se resume, melancólicamente,
en la sola unidad.
Allí, el solitario deambula en el abandono
mientras estremecido es
por los ecos de lo perdido;
la nada lo recibe calladamente

en tanto lo zahiere
con los recuerdos de sus ausentes.
¡Pérfida tribulación del hambriento
que, con vívida lucidez,
exquisitas viandas del pasado
en la actualidad conmemora!
Combatiente vencido que,
reposado en lo inconcluso,
llora cuanto fue con pronta expiración.
Ayer, buenos padres obsequiaban,
en familia, sus delicias
como guarnecidos de inextinguible heredad.
En tanto, el hoy,
con fantasmagóricos artilugios,
le muestra a su padre,
en la poltrona de su laboratorio,
desmarañando históricas incógnitas
y pincelando sobrenaturales dicciones;
de esta manera rememora a su viejito,
su añorado Adelio,
emérito lunático
de cuerdas visiones
que Ahora le oculta en supuesta muerte
con morbosa ludopatía.
Con las mismas mañas
de las precedentes artes,
observa el níveo cabello de su madre
cuando ésta descansa
en el sillón de histórica preferencia;
y aunque trata de acariciar lo intangible del amor
a pedazos su alma se fractura,
pues de su viejita
mendiga nueva cercanía;
de esta manera evoca a su buena madre,
su amadísima Oda.
Nuevamente, el desdichado dinero,
con las repetitivas viscerales razones,
aventaja a las trascendentes vivencias
imponiendo, con sus soluciones,

exigencia de idolátrico culto.
En lo exterior,
donde empieza lo comunal,
pretende hallar distritos de vetustas alegrías
pero nadie le es propicio con sus escuchas;
inmanencia del taciturno diálogo consigo mismo.
De regreso a su interioridad,
enmudece por lo árido
y devastado de su otro hogar;
comarca arruinada por avarientas ventiscas
y lugareñas zancadillas.
«¡No hay territorio donde agazaparse!».
A modo de humano infierno,
que el inocente impotente es de sortear,
obligado a transitar sin,
de sus horrores,
poder escapar.
Entonces,
es cuando surge la impertinente pregunta:
«¿Será la humanidad,
de las familias, la verdadera a poseer?».
Siendo perfecto para él,
asiduamente se cuestiona
los derroteros de la sangre.
«¿Y si del humano,
el otro, su hermano fuera?
¿Tendría la vida diferente sentido
a pesar de mismo significado?».
Sus ojos,
enloquecidos por básicas verdades,
trascienden los lindes de su Patria,
a quien quiere,
para posarse en los confines del terrestre orbe.
«¡Hermandad y planetización!».
Cotidiano culto
donde el amor como empático servicio,
en responsabilidad,
se solidariza con la vida
de cuanto existente es.

¡Cómo no ser excelso para nos!

De North [Del Norte].

Representó mucho para él
(nuestro cenobita campeador
de cáustica filosofía)
que increíble le parece
su actual ausencia.
La memoria le dispensa misericordia
al eclipsar dichosos recuerdos
pues los plácidos acontecimientos del ayer,
en la individual soledad del hoy,
duplican actuales compunciones.
A través de su corporeidad concretizó,
de fémina complexión,
sus particulares apetencias.
Lo negro de su cabellera
y lo níveo de su piel,
indicativo fueron de sombría naturaleza.
Única en medio de muchos calcos,
irrepetible a pesar de las exigencias de lo novedoso.
Fue su Dama Escarlata:
de pensamiento estridente como el Metal,
con umbroso ánimo, a modo de gótica tonada,
estimada amiga de su estigmatizada alma,
ferviente compañera de traicioneros rumbos,
silenciosa confidente de enmascaradas cuitas,
cariñosa novia de su huraño espíritu,
fogosa amante en lúdicas libaciones,
traviesa cómplice de irrepetibles ocasiones.
Y ahora, en sañuda congoja,
se pregunta por el paradero de su Irrepetible.
«¿Culpable o inocente?,
qué puede importar
cuando lo sucedido te tortura
en interminable sed de venganza».
¿Realmente, de lo femenino y masculino,
amar es llevar a cabo unión de afectos
circunscritos a sus restringidos feudos?

¿Podrá, quizás,
haber mayor faena
en la terrestre querencia
para que la extensión a lo grupal
suponga, del individuo, su inclusión?
¿Será la agonía por la actual carencia
síntoma de que el amar no arropa, únicamente,
a los contenidos en el rango de «los suyos»?
Así, el Incrédulo de lo Material,
no obstante, de ostentar pobreza en bisoña vejez,
aquello mutable en lo efímero de los tiempos
lo posterga ante la plenitud de lo eterno;
deleitabile néctar divino
que sacia al acucioso buscador de trascendencia.
«¡Mi sed, en el océano,
únicamente será saciada
y no en lo liliputiense de la gota!».

Agnes [Inés].

En frente del despreciado hogar,
tu padre, saliendo tras las labores del día,
conjeturó el reencuentro de dos, padre e hija,
en las vespertinas horas del ocaso,
donde la soledad se convierte en fiera enemiga,
sin advertir en tu silencio
la premeditada huida que preparaste
en lo oculto de hiriente sorpresa.
¡La separación no sana
cuando la dolencia es portada en el interior!,
pues ésta, a modo de espectral parásito,
a donde quiera corteja
al ensimismado penitente.
Ahora, ¡oh pobre de él!,
aquello que antes se acercaba en cercanía,
por gélidos kilómetros es distanciado.
Como a tu padre,
la azarosa Providencia
te propicia remedos de espuria familia.
Él se niega a aceptar

que la Melindrosa de las Apariencias
llene, de tu ausencia, sus vacíos.
«¿Cómo lo común,
repetido y pedestre
puede siquiera aspirar a suplir
tu inapreciable legado?».
Ni cabellos ni cejas,
pintorreados con los apotegmas de la moda,
diestros serán de mejorar esencias.
Recordada niña, por favor,
¿tendrías a bien,
con la dulzura que brinda
socorrer a un cansado anciano,
retornar con tus pintorescas historias?;
así como lo hacía
el frío invierno
en ese cándido cielo.
Él sabía que de tu peregrinaje
necesario era su cumplimiento.
«¡Qué finalice, pues,
el triste destierro
e inicie el merecido lapso de cosecha!».
¿Los sucesos esconden enseñanzas
o, en el dolor de cuanto se padece,
despertamos a miles de bostezados?
Aunque yo,
al igual que él,
silente cireneo de la congoja,
preferiría la simple explicación
de nuestros errores
con el fin de iniciar
pronta enmienda.
Pórtate bien con tu padre
y con alegría retorna
a entonar desconocidas crónicas.
Recuerda que desde hace prolongado tiempo
nadie batalla con el sobrenatural jinete
que atormenta a los usuarios de limítrofe puente.
Iniciemos, pues,

con el estribillo al perdón
para que el porvenir,
cual estimada promesa,
consigo traiga, acurrucado en sus siegas,
momentos gratos donde el talento único,
junto al bien que economía produce,
enjuague lágrimas
de animosos y retozones infantes,
a través de dicharacheras chanzas.
Allí, cuando mires a tu padre,
podrás apreciar luz donde antes había tinieblas
así como enorgullecerse de ser la única princesa
de la tierra por la esperanza amada.
«¿Cómo explicar aquello
que en ti y contigo
a la sola satisfacción complace?».
De esta manera, Inés del Prieto,
nació envuelta en hojas de dos caras
y engalanada con inéditas letras
de diversas obras.

Tinieblas.

Repentinamente, en nuevo día,
ofrecimiento incumplido
de reiterativos supuestos,
la preclara ruta
se enturbia con oscuras incertidumbres.
Piensa en los terrores pertinentes al pecador
sin renunciar a la invitación
que oscuras fuerzas
profieren a su descorazonada vista.
¿Será la variada compañía,
que cariñosos consanguíneos le otorgan,
el acicate necesario
para emprender incierto viaje?
Día tras día, vedadas le son,
con lo sombrío de lo aciago,
las luces que aclaran
enturbiados destinos;

en tanto, la aflicción de pérdida
del siempre amado inventor
(alucinado de resplandecientes alboradas
en noches de oscuras penumbras),
adormece, de las magias de sus dedos,
las entonaciones de variadas letras.
Sin desfallecer,
pues si él no lo hace
nadie por él obrará,
intenta proezas a su diestra.
Importunado a través de cotidianos infortunios
(heterogéneos ladinos de la paz del humilde hombre)
mientras, sin responderle,
el artilugio de las grafías
hace que lo pronto mute en tardío;
entonces,
nuevamente inhala con hondo anhelo
en búsqueda de certezas,
con la esperanza de que lo imposible,
en él,
se patentice, ¡al fin!,
en posibles efectos;
pero su derecha, ¡temible gravamen de omisión!,
desiste de sus alardes ante tantos obstáculos.
«¡Es hora de probar otro derrotero!».
Musita a su recordada amada
mientras asea las lágrimas
de acopiados lamentos.
Empero, con profusa maña,
otra vez la oscuridad enluta
sus fundamentadas convicciones.
Promiscuo en intentos,
cual lunático impropia a su siniestra
para que ella pruebe suerte en vitales atajos.
«¡Otra vez, en derredor,
floreced los caminos sin efugios,
las aventuras sin campeadores!».
Sin quererlo, aquel que ensaya con lo inaudito,
a través de paulatinos y punzantes tajos

es aislado de quienes, en sus afectos,
por él son amados.
Sin importar cuántos a su alrededor
alegran, con sus compañías, todos los días;
el iracundo juez mece su justicia,
a guisa de ávido y sádico tormento,
sobre el cuello del insano insistente;
a modo de pavorosa pesadilla
que, antes de sus términos,
alarga tediosas eternidades.
Restándole hija a su cercanía
y padres a su alegría,
preparan, para su muerte,
la mazmorra de sus despojos.
«¡Penitente de las restas
subsumido en inmensidades de mermas!».
El vacío se acrecienta,
entre informalidad y sequía,
en el mustio habitáculo de lo inexistente,
cuando la emplumada esfera verde,
insaciable ave de polifónicas cantinelas,
dona sus postreros alientos
con el fin de que su inseparable amigo
ostente nuevo resuello de vida.
«¡Sólo en el humano, la bestia,
siempre hospedaré guarida!».
Enseguida,
a tiempo desembarcan,
los martirizantes fragores de silente nada.
Donde antes hallaba humana compañía,
en el presente, topa con impersonales recuerdos;
agónicos mementos de pretéritos ascensos.
¡Cuánta fortuna en el pasado ostentaba!
¡Cuánta dicha mientras, en sus mercedes, vivió!
Pulverizado y consternado,
preferiría adormecer sus frustraciones
en una adelantada y apacible modorra;
narcosis que su amadísimo Padre obstruye
con los garbos de espiritual naturaleza.

No obstante, aún de esa forma,
¡la vida merece lo homérico de ser vivida!
«¡Gracias, *Abbá* del alma mía!».
¿Sufre aquel que desea
o quien, sin saberlo, aprende?
¿Inapelable fatalidad o
humana manera de avivar?
¿Será posible destronar esa infame didáctica
con pequeños apuntes de conciencia?
«¿Justo es cuando se injuria al invidente
por los yerros de su ceguera?».
Los terrores de continuos sufrimientos
hacen del cariñoso caballero
herrumbre de fiero resentido.
En este ahora,
y tras de tantos velos,
quien brilla en las tinieblas acepta,
del paraninfo de su tormento,
el pergamino de «fusco»
acurrucado en la clausura de su cenobio.

Muerte.

44 rosales, en el sur de las mocedades,
entrañan los secretos de su juventud
donde se poseía lo propio;
morada que, con refinada destreza de artista,
embellecida fue por el Arquitecto de lo Imposible;
la misma que desvergonzados rateros
hurtaron dejando,
sin patrimonio, a los inocentes.
Empero, despiadado destino de avarientos,
¡ay de quien «posea»,
con rapacería,
lo propio de lo ajeno!
en el pendiente Día de la Balanza,
el péndulo oscilará hacia el honesto,
dejando a las humanas piltrafas,
descomponiéndose en los reatos
de sus amañadas decisiones.

La vaporosa Dama de los Sepelios
 se farolea entre los mozalbetes de la comarca
 pues, en alevoso silencio,
 con la parsimonia natural de toda seducción,
 pacientemente, espera agazapada
 al margen del tiempo por venir.
 Con experiencia discierne que,
 los juveniles rostros,
 no mantendrán sus lozanías
 en el transcurrir de las edades;
 que aquéllos, ¡oh pena la mía!,
 huyen como las estrellas del celeste
 cuando Alborada les muestra su rostro.
 Ahora, el joven,
 posterga cuanto le place,
 pues cree que sus bargueños
 le reservan incontables primaveras.
 Así, ¿por qué de la enfermedad
 escrutar sus reflexiones?
 De este modo, ¿cuándo a la muerte
 tributar tus temores?
 Esa barbilampiña ilusión
 la Dama de los Sepelios usufructúa,
 a tenor del futuro himeneo
 con el otrora efebo.
 Y como preparativo a los inexcusables esponsales,
 de un zarpazo hiere al objeto de su amor
 infringiéndole achaques y viremias
 hasta el instante, que el atacado,
 capitula ante la enfermedad.
 El incuestionable delito de patógeno agente,
 al humano, asegura desenterrar
 los beneficios de la sanidad
 y no en la interioridad de su entidad,
 si no en el contiguo feudo de sus extramuros.
 ¿De vero,
 pastillas y vacunas no procrastinan
 del remiso terrestre,
 su prescrita responsabilidad

evidenciada en las infectas ilaciones
de sus anticulturales gestiones?
¿El *quid* del asunto yacerá
en la mente y las emociones de quienes,
en la indiferencia natural de orgánica corteza,
olvidan los pormenores de su esencia?
La socarrona Dama de los Sepelios,
subrepticamente, flirtea con tus dolencias
como si, cordialmente, la muy sibarita,
las invitara a degustar las médulas de tu alma.
El espejo le evidencia,
al alicaído anciano,
aquello que su escasa fuerza,
a tropezones, le proclama.
¡Ay, padre mío!,
cuanto extraño ver
tu delgado cuerpo danzar
frente a los reflejos de un espejo
que apenas, el muy tonto,
refracta deterioro
en buen humano que pincela;
sin duda desconoce,
cómo las rutas del hombre
sin final emergen de los desconsuelos del alma.
Ahora con exiguo lapso,
rememora dulzuras y desazones de lo acaecido;
a la vez que agoniza en congoja
ante lo aledaño de su deceso.
Atormentado por lo frágil de su existencia,
con religión y ciencia,
apremia a la ventura
al pretender extirpar lo inevitable.
¡Desde tu nacimiento,
en terrestre orbe,
ya padecías enfermedad!
En el momento de la concepción
fuiste premiado con póstumo donativo:
¡la muerte!
¿Inseparable consorte

o indeseado parásito?
¿Oportunidad en lo trascendente
o finiquito de material límite?
Entonces, de súbito,
parejo a disímiles entresijos,
comparece la interrogante para la cual,
tuertos maestros y obtusos mentores,
no fueron diestros al prepararte:
¿Qué es lo verdaderamente mío
cuando la Dama de los Sepelios
reclama la integridad de mi persona?
Si soy cuanto tengo,
en el instante en que no lo posea:
¿de ser, dejaré?
¡Oh contrita ánima que
a orilla del risco
relega resarcimientos
con filosóficas reflexiones!

Requiem.

Padre Adelio,
hoy cuando la efímera Humana Existencia
con ferocidad contiene con la delusoria Muerte,
a la manera de insaciables carteristas,
por de tus inmortales relucientes valores,
complacerse en sus multiformes encantos;
mi abatida alma expía de pena
las melancólicas melodías del silencioso vacante.
Entonces, es cuando mi triste egoísmo,
a la Todopoderosa Misericordia,
suplica la dicha de estar ante tu presencia
pero la impasible lejana distancia,
de su trayecto, no admite imposibilidades.
Es cuando comprendo
que no es lo pedagógico
quien al humano transforma,
si no el buen maestro,
de palabra y obra
en semejanza a tu irrepetible persona,

aquel que inspira las aguardadas primaveras
 con sus renacientes alboradas.
 Adelio, mi Arquitecto de lo Imposiblemente Posible,
 si al Omnipotente le complaciera cederme tu lugar
 con inmensa alegría soportaría
 la aflicción de tu madero;
 empero, ante lo inverosímil de mis deprecaciones,
 imploro a mi Salvador para que en tu diestra
 acaricie los detalles de tantos valiosos años,
 mientras, mi Buena Madre María, a tu siniestra,
 rocía delicadamente su perpetuo socorro
 en los cimientos de tu titánica alma pura.
 Papá, tú que me enseñaste a estimar
 los tesoros que, por robo,
 jamás serán restados
 ni por cambio de naturaleza serán dejados
 en esta deleznable tridimensionalidad;
 ahora comprendo, del barquero de Hades,
 su conmoción al ver cómo un simple humano: tú,
 con ostentoso ajuar,
 vadear el río Aqueronte merece.

Abbá de mis amores,
 en estas malhadadas horas
 de parsimoniosas eternidades
 donde el presente se empecina,
 del pasado, su reiterativa remembranza
 y los lapsos con sus dichas,
 sádicamente, se esfuman
 dejándonos desdichas pletóricas en abandonos;
 mi rogativa apela a tu mimosa misericordia,
 para que premies al género humano
 con la sanidad del Arquitecto de lo Imposible
 o, galardones ya, algazara a la trascendencia
 al honrarla con el Alma de Acero Inolvidable de mi padre.
 ¡Oh Dios de mi alegría!,
 permítele correr cual lobo
 en níveas estepas de regocijos;
 que este llanto de mi actual congoja
 sea abono para su mayor honra. Amén.

Elegía pincelada
con el estremecedor desconsuelo
de las grañas que no serán deletreadas
por su consignatario.
Sin más que sentir
y hacinado con mi dolor,
suspiro por el ferviente impacto
de lo, en ausencia, anhelado;
cual indiferente necrópolis
desengañada por décadas de privación
de nuevos arrendatarios.
¡Qué destreza la de Silencio
cuando con sosiego arrulla a Derbut!
Luego, ¡despreciable inexpressiva nada!,
más allá de lo sufrido
y aunque presumes poseer abiertos ojos
dispare distracciones te adormecen,
en lo periódicamente pasajero,
disipando instantes sin la oportunidad de despertarte:

Memento mori!

Cómodo es doparte con banalidades
mientras, en la aparente videncia,
flirteas mecánicamente con la invidencia:

Memento mori!

De oscuras tinieblas,
sin las lisonjas de humanas carnes,
surgen eventualidades infectas en difusas esperanzas.

Entonces, el acicate de lo innombrable,
desdeña secretos de la horrenda «realidad»
que por fulgores son alardeados.

Es cuando piensas que sus estéticas,
brillosas trazas desprovistas de esencias,
te enseñan, magistralmente,
acerca de auténtica muerte.

Tanta putrefacción de tu destellante vidorria,
me arropa y arrulla en la hermosa fantasía
que la maternal penumbra sana y eleva;
hasta la enajenación de reverdecir vida
donde tú, deceso, únicamente visualizas.

Compañera, amada mía,
ahora es de recriminar a la costumbre
por nuestras diarias omisiones pasadas.

Post mortem.

Viendo sus escasas fotos,
hojeando sus documentos
y leyendo sus escritos;
empecé a darme cuenta de que mi finado padre,
a quien por estaciones tuve en la cercanía de mi hogar,
es parcialmente un extraño que ahora accede
a develarme su alma de acero inolvidable.
«¡Cuán doloroso es a veces conocer de manera póstuma!»,
murmura el visionario de las ausencias.
Y así, una vez más,
tristeza y alegría
profanan los mortuorios marmolillos del féretro
para, de esta manera,
avivar la humana inexactitud
de una rutinaria soledad acompañada;
como si mi Adelio sin voz me hablara
de la forma que nunca lo hizo,
aquel que de lo mucho atesora en sabiduría;
o como si, apenado en el ayer
por haberse disfrazado con materiales velos,
en el presente,
decide manifestarse sobrenaturalmente
en sus verdaderas esencias
sin los entresijos de trínca dimensional.
Sin duda, cansado de lo habitualmente repetitivo
del material mundo,
busco entre difuntos la valía
que alrededor de supuestos vivos no consigo;
no por ello colijas que creo valer
en lo impropio de lo ajeno
si no que, en la existencia comunal,
sus intrascendentes afanes
por mí deben ser soportados
cual pesada carga en interminable procesión.

Así, entre lápidas espero no toparme
con la de mi recordado padre
aunque al verla, trajeada con invernales flores
de otomanos obsequios,
observo, oh trágica circunspección,
cuando el hincado dolor de mi Oda
(buena madre que acrisola la fortaleza
de los postigos de acero)
se acurruca con mi esperanza de despertar
de esta melancólica pesadilla
viendo a su Adelio, mi padre,
nuevamente materializado en las humanas formas.
Entonces, tiernamente destrozado
por la inclemente Impotencia,
escucho los estridentes bramidos
de infelices entes que falsean a mi *Abbá*
desdibujándolo en tachaduras
de mentecata Marioneta de la Procacidad
y en un malandrín más
de los cerriles diablillos que «divinizan» lo infernal.
¡Nuevamente!, la esperada alborada
fenece en interminable albor
donde Utopía, acariciada por el individuo
que la anhela a modo de ideal,
pierde a zarpazos su debido proyecto
entre las complacientes garras del autoritario Poder,
así como del metálico encanto
de los millonarios numerarios
que otorgan la ulterior insatisfacción
y del libidinoso paroxismo
de la calenturienta danza de lo puramente genital;
de esta manera, aunque acorralado
por lo macabro del panteón,
el reiterativo sonsonete
del Filógrafo de la Esperanza le estremece:
«¿De lo infecto y espantoso, sobreabundan los féretros
o entre los penitentes que respiran egoístas alucinaciones
se hallan, de los pestilentes pavores,
sus verosímiles histriones?».

¿Será que a los muchos
adormilados en sus medianías,
lo extraordinariamente único
les resulta aborrecible
a semejanza del espejo que evidencia,
al ulcerado,
los siniestros detalles
de cada una de sus laceraciones?
Siendo esto así,
el mundo de tridimensionales aspectos
(donde las aparentes bellas mozas
acapanan «me gusta» de sicalípticos penes-lectores
sin las exquisiteces de las Bellas Artes)
poco detentará
de lo excepcionalmente creativo y
de la expectación de policromos pigmentos
en multitudinarios lienzos de monocromáticas liviandades.
Mientras tanto, en el novísimo silencio
de la pacífica Vecindad de los Difuntos
tarareo vivas estrofas con inmortales líricas;
no por lo propio del motivador aplauso,
si no en virtud de la interna necesidad
de exteriorizar lo menospreciado
por los infinitos calcos del Mundo del Ser
y su latosa Villa de Más de lo Mismo,
donde se custodia al Mesón de los Talentosos en
Incapacidad.
En el crepúsculo de tu vital tiempo
muchas presencias
son canjeadas
por entrañables y
melancólicos recuerdos;
los cuales, díscolos y desatentos,
te hilvanan el ahora
con más de la mitad
de tus ausentes
en el otrora por ti amados.
Saturado de vacío
con la soledad de quien carece

a quienes tanto quiso,
la guasona vida
me acerca al desconocido
como supuesta dádiva
ante la hiriente omisión
de los pocos míos.

Lmz.

Como cuanto está fuera de él
sobrevivirá a su sepultura,
el temeroso aventurero con desocupada valija,
desesperadamente, busca asir algo de su pertenencia
mientras propios y ajenos
disgregan, en medio de acalorados litigios,
las brozas de sus acervos.
Por ello, ¡oh novísima coincidencia!,
el peregrino decide escudriñar su ser;
inmanente acto de cordura
que releva a las deserciones de lo corpóreo,
sí y solo sí, en sus internos aposentos
preserva los perennes frutos
de años en vital siembra.
¿Será el ser la luz que,
en medio de las tinieblas,
brilla iluminando lo ignorado,
alumbrando las certezas,
nutriendo las esperanzas?
¿Padecido como lo hecho
o desarrollado en el hacerse existencial?
Y es cuando el consabido velo de Isis
Nuevamente, nos es develado:
¡PERFECTIBLE!
¡Humano!, exhorto para que no te atasques,
¡mira que en tus marchitadas manos
se esconden las respuestas
y se principian infinidad de rutas!
¿Cuál es tu decisión?
¿Señor o subyugado?
Ahora, misia Identidad retorna al primer puesto

seguida, muy de cerca,
por doña Solidaridad,
de la mano, con su primogénita Libertad;
todas en espera de la regencia de Responsabilidad.
¡Qué sean derogadas las tristezas
en tanto, de las esperanzas,
azuzamos sus vivaces existencias!
Aquello que para los muchos
especie de desdichado fin se experimenta,
para los poquísimos en vela,
virtud de nuevo nacimiento es.
Así, Tiempo se esfuma,
cual si fuera epistémica quimera,
durante la expansión
de territoriales dimensiones
pues el expresivo, universal y creativo amor,
de suyo en el Padre,
por sobre las corporeidades
reconforta y resabia a los genuinos amantes.
De esta manera,
y apabullado por las diatribas de mis yerros,
decido sanear mi tizne
con el desinteresado servicio al otro,
para de esta forma, *Abbá* celeste,
mi privado afecto hacia Ti,
exteriorizado en los otros,
juzgo prudente que sosiegue tu Justicia
con los linimentos del Amor
que engolosinan a tu torpe hijo.
¡La orfandad,
glosada por entendidos eruditos como «soledad»,
sea en luz o en lóbregas tinieblas,
para siempre emigra de tu altozano
al ser colmada con las alegrías
de inconcebibles reencuentros!
Luego, lo milagroso anida,
en humana complexión,
siendo increíbles, que no verosímiles,
de nuestro Padre, sus maestrías.

Vida, que no muerte,
por ti aguarda mortal
si en cuenta tomas:
¡efímero no es cuánto en existencia decides!

Vida.

Regocijo en el camposanto,
pues la barriada ostenta bisona alma.
El erra por el lugar;
¿para qué, por lo tanto,
en este momento
de las pesquisas inquirir sus presencias?
Ocasos que le arrebuja
tanteando auxiliar sus sueños,
aunque ya las congojas
se han mimetizado con lo cicatrizado.
Desvaídas centellean sus lumbreras
detrás del baldaquino de la bruma
en sinnúmero de crueles fechas.
Obnubilado por advenediza fémina
que, con la displicencia de gélida cellisca,
le apremia silabeando su palmario epígrafe.
Umbría manceba que farolea
los cetrinos deslindes de lo soterrado.
Cariñosamente, le hace la corte
con sus metafísicos decires
mientras le anima, de lo profano,
obviar sus atisbos
en tanto despinta alegatos de santidad.
¡Sin el traspié de la responsabilidad,
de cierto, libertad atesorarás!
Él, enhiesto en los miembros de sus intuiciones,
valúa estética donde, supuestamente,
cohabitan purulencia y consunción.
Sin prefacio de indignación,
el viandante de lo cesado
(y no en lo pétreo del reposo
empero, sí en lo multiforme del devenir)

observa la inadvertida mascarada
donde no es Muerte aquella que le ama
ya que Vida deja ver su auténtico talante.
¡Bienaventurada poligamia!
¡Vida y Muerte,
ambas hermosísimas amantes,
vigorizan en una aquello que de dos operan!
Y, en lo recóndito de su ser,
maravillado él lo profesa
en el mismo talante de ellas;
beneficiándose, de sus amores,
en reverdecida tonada.
Así, misterio y realidad,
en inigualable alquimia,
cincelan relucientes formas
de verdadera nueva humanidad.
¡Fanfarrea para los terrestres:
renacer, prodigio de humanos es!
Ángeles y demonios,
con tiernos toques de ambigüedad,
dimiten reivindicar las opciones del mortal;
donde los unos redefinidos serán,
en tanto, las inexistencias de los otros
los temores del hombre disiparán.
Zalameras lágrimas
desisten de sus inmolaciones
al no recorrer el boyante rostro
de quien vida produce;
aunque, el muy metiche,
ahora sabe que su deseo debe planear
reproduciendo lo que con maña
asiduamente provoca.
¡Escucha cómo las voces de la evolución
te distinguen como mayordomo de lo existente
para con la caridad arropar
humano, naturaleza y artificio obrar!
Suertudo hombre que,
en el orden, reconoce su lugar.
Venturoso individuo que,

en el equilibrio, ejecuta sus acciones.
Privilegiada persona cuyos actos,
de las armonías, progresa acorde con lo comunal.
El renacer, que al otro admite,
dispensa transformada axiología
con perspicuos biófilos detalles
en los cimientos de contemporánea ética.
De esta manera, el Renacido
no demora los tiernos cuidados
homenajeados a la vida amada.
Sin duda, argumenta el Maestro,
«el Padre vida es
en llamado y faena
ya que ésta sólo de Aquél proviene».
De este modo, el orate de antes,
del mortal, superó sus medianías.
¡Libertad y plenitud
que la esperanza,
a la real vida,
jamás agota!

Despedida.

Finalizada la narrativa
de quien inestablemente teme,
de la triste despedida,
sus hirientes actualizaciones;
me dispongo a malcriarte
joven hija mía,
con el dócil anhelo
de gozarme en los deleites de tus añoranzas
pues perpetuamente, en tu estirpe,
portarás la ralea maracaibera
cimentada en hercúleos fundamentos
Prietos de tus únicos portentos.
¿Podrías asegurarme que,
por ti, soy sin duda amado?
Enhorabuena, indispensable para sentir,
comprendemos quiénes somos.
Como a mi éxodo he de dar inicio,

por favor, dime ahora cuánto me amas;
sé que de ello eres capaz.
¡El fin únicamente en los principios
podrás colegir!
Muy humano es, de lo segundo,
gozarse en alegrías
mientras, por el colofón,
enlutar cantidades de fandangos.
Bendigo tu mente
a la vez que consagro,
de tus hermosas manos,
sus innovadoras producciones.
¡He allí, de este romero,
para la humanidad su legado!
Agradecido con mi Adelio,
le verbalizo filial cariño
valorando creatividad y espiritualidad
por mi viejito a mí ofrendados.
Gratificado con mi Oda,
impalpable deuda cuyos réditos
franquean los patrimonios de este indigente;
gimoteo en la debida separación
justipreciando dedicación y entrega
por mi viejita inmolados.
Ahora, con la premura de huraña peregrinación,
retribuyo con dulía y admiración
a tres de mis familiares querencias.
Mitigo lo profuso de mis llantos
sabiendo que la vigente partida,
en el oscilante futuro,
licenciará episodios de reencuentros.
Y si de esta manera no fuera,
me glorificaría, cual póstumo homenaje,
que en derredor del pacífico sepulcro mío
cada una de mis letras
repujaras en el alma tuya.
Entonces, con el corazón diseminado en migajas,
urjo a mi deleznable paso
avecinándome a la Dársena del No Retorno.

Allende, imposible negarlo,
el vigía de mi desértica complexión,
reconoce dos coronas de blanquecinas cabelleras
al lado de azabache melena
de quien detenta mi única filiación.
Detenido por los calvarios del humano tiempo,
profundamente inhalo, celando,
de mis ojos, sus apetecidas visiones.
Renuevo mi marcha
abordando novísima embarcación,
en la cual me aferro a su mástil para,
de mis responsabilidades
por arrimo a tres adhesiones,
no dimitir de sus acciones.
Es cuando la definitiva ida
inicia sus sibilinas tramoyas
enseñando, en repentina orfandad
a este injuriado del dolor,
eternas verdades excelsas en amor.

Amanecer.

Ahora es cuando comprendo
que el sabio poder amoroso del Padre,
sin independencia de mí,
en lo contiguo conmigo efectúa;
es por ello que el adalid del buque
embelesado con radiante aurora para la humanidad,
orienta la embarcación
a un rumbo cuyo propósito final es,
del terrestre *homo sapiens*,
educir sus destrezas
en el pináculo de la novel autorrealización.
Sin predecir el futuro,
avizoramos el horizonte para reconocer
que nuestras lágrimas,
muy pronto, sisadas serán.
¡La esperanza, junto a la vida,
jamás perecerán!
Infante y adulto,

como descaminados en la floresta de sus mentes,
exhuman los secretos de las añejas leyendas.
¡Tú!, toma los pomos de los augurios
sabiendo que cuanto verás,
¿mío, es mío?,
ya no te volverá a inquietar.
Las unidimensionales bestias
abrochan sus círculos
a la redonda de los ahora despiertos,
pretendiendo atestarnos
para de sentir cesar
con los sopores de sus psicotrópicas pócimas.
Embisten por doquier
hasta en grisáceos pigmentos,
sumiendo al mundo en obsesiva perturbación
de lo solo genital,
de cuanto gratificante es sensual.
De esta manera no deseo ver,
tampoco sus repugnancias auxiliar.
Insisten, las unidimensionales bestias,
en engrosar los capitales de sus arcas
con mortíferos adminículos
e inhumanas beligerancias.
Capaces son de mercancear,
cuales voraces rapiñas,
con quienes somos fines
y no medios de sus ruindades.
Los viperinos unidimensionales
ocultos tras los disfraces de piadosos levitas,
emperifollan al amado Padre
con las etiquetas de proveedor hipermercado;
plañidero proscenio donde al Todopoderoso,
los buitres de la religión,
lo usurpan como sumiso pulpero.
Para ellos, la materialista ciencia
no comprendida con valores e ideales,
teleológicamente, como norte puntualiza
la multiplicación de elitistas peculios.
¡Impiedad para con el humano!

¡Negada a la naturaleza su pronta clemencia!
 ¡Suprimido, del artificio humano, el equilibrado uso!
 Sin los tres, sólo añoranza de armonía.
 Así, pobres y marginados del orbe colocan,
 como postrero arbitrio,
 en tus Divinas manos sus espíritus.
 ¿Para qué, entonces, mi racionalidad;
 el porqué de mi libertad?
 El otro, lo otro, Padre santo y bendito,
 mi asunto es pues, yo,
 al ser tu hijo,
 hermandad con el prójimo recibo.
 Es nuestro destino determinado
 por las faenas de colectivas manos.
 Los torreones de Heteroestima y Empatía,
 enlazados con el desinteresado ribete Servicio,
 favorecen a Solidaridad
 por lo emancipado en libertad.
 Germina el voto biófilo
 que derrotará a visceral violencia;
 reflexivo sano egocentrismo,
 cual ocupado amanuense de la sanidad (física, emocional y mental),
 que, en interdependiente *praxis*,
 equipara a ciencia con espiritualidad
 para con ello disfrutar
 de comunitario bienestar social.
 En el navío, cuantos pocos somos,
 con la certeza de nuestros pies
 apostados en el corpóreo adoquinado,
 miramos al cielo sin perder nuestras mentes
 pues somos punto axial donde convergen
 del humano sus pormenores,
 siempre revalorizados en el horizonte último del Padre.
 De esta forma, continúa el itinerario de un alma
 que ofrenda, pues así fue formado,
 distintiva dilección a la humanidad
 en bisoño amanecer de esperanza.
 ¡Bienvenidos todos al nuevo mundo,
 forjado en la interior factoría del suprahombre!

CRÓNICAS DE INÉS DEL PRIETO: EL LEGADO DE ARPO 247

*«¡Bienvenido sea quién a mi casa desee venir, mas agradecido soy de
quién a mi casa no quiera venir!». ARPO 247.*

CARTAPACIO I: INÉS DEL PRIETO Y EL INCREÍBLE VARADERUX MAXIMUS ARPO 247

El pintoresco señor Adelio Prieto se dirigía al conjunto residencial Villa Delicias con su adolescente nieta Inés del Prieto, pues ella pasaría el fin de semana con sus queridos abuelos.

—Abuelo. ¿Siempre has tenido este vehículo?

—No, Inesita, mi primer vehículo fue un Smollejarum 5 de 1973, tenía yo 23 años. Era un coche pequeño y sencillo, con el motor dispuesto en posición central-longitudinal.

Este coche Smollejarum XA-8800 (Turbo) me pertenece desde 1983; posee un motor 1.5 en posición transversal con caja de cambio JMP de cinco velocidades y de tracción delantera.

—¿Y por qué te gustan tanto estos automóviles, abue?

—Inesita, para que comprendas mi querencia por estas carrocerías, debes escuchar la historia del increíble Varaderux Maximus ARPO 247.

—Abuelito, se oye como otra de tus hazañas con extraterrestres. ¡Ja, ja, ja!

El señor Adelio, jubiloso con la chanza de su amada nieta y con la alegría propia de quien a la vida rinde aprecio al ella disfrutar, inició su relato mencionando que el planeta Haticosquatre, lugar donde habita el hasta ahora desconocido ARPO 247 (aunque un elegido grupo de iniciados saben de su existencia, pues está referido en los anales de *Lux in tenebris*), se halla en el cuarto cuadrante sideral del Universo Local Poniente Nonus.

Cada haticosquatreano (nativo del planeta Haticosquatre), continuó el abuelo Adelio, es capaz de experimentar la energía cósmica (Chi) como algo individual (Ki); por su parte, esta Ki puede ser transformada por los haticosquatreanos en fuerzas (energías encauzadas a través del correcto conocimiento y la resultante voluntad obrante); para lograr esto, utilizan siete grupos de diestros oficios.

Los haticosquatreanos denominan Marusa Sandero (Grupo

de Oficio) a la hermandad corporativa de cada uno de sus siete oficios; siendo estos los siguientes: regentes, sanadores, protectores, comunicadores, educadores, comerciantes y productores. A este último Marusa Sandero, pertenece ARPO 247.

El señor Adelio, inspirado en virtud de la atención dispensada por su mozueta nieta, puntualizó que el Marusa Sandero de los Productores está constituido por dos Grados de Labor; los cuales, a su vez, están organizados cada uno en dos niveles.

En este orden de ideas, los trabajadores del Primer Grado de Labor del Marusa Sandero de los Productores son llamados Praxistós (Relacionistas); los cuales, en el primer nivel (conocidos como Praxistós Pragmá), se encargan de definir y articular las relaciones interpersonales necesarias para la producción; mientras que, los del segundo nivel (o Praxistós Economé), se dedican a administrar la industria y su manufactura, procurando siempre un equilibrio armonioso entre obrador, naturaleza y artificio cultural.

Por otra parte, quienes obran en el Segundo Grado de Labor del Marusa Sandero de los Productores son llamados Poietés (Operantes); los cuales, en el primer nivel (conocidos como Poietés Eidós), se encargan de generar la idea a través de la cual se producirá algo; en tanto que, los del siguiente nivel (Poietés Texné), se disponen a hacer con arte y técnica lo anteriormente concebido.

—Inesita —enfaticó su abuelo—, observa bien cómo todo acto tiene su génesis en la mente de su hacedor.

Sin digresión en su perorata, el locuaz abuelo dijo que a la Ki los Praxistós (Relacionistas) la transforman, a través de su labor, en fuerza conocida como Prágmasis; mientras que los Poietés (Operantes), en la vislumbrada como Poiésis. En este remoto planeta, el poder radicaba en el pleno control de las fuerzas equilibradas por medio de la sabiduría, la solidaridad y la responsabilidad.

—Los trabajadores debían desarrollar la capacidad de controlar la fuerza de su Marusa Sandero (convirtiéndola posteriormente en destreza al darle el uso debido: emplear, cada haticosquatreato, su talento único para su satisfacción

como trabajador y sirviendo a los demás con su labor) con el fin de poder ser promovidos al nivel inmediato superior (Prima Nómo[s] [ley] del Ascenso Servicial) y así evitar ser transferidos a otro Grupo de Oficio —advirtió, convencido, el donairoso señor Adelio.

—En cada Marusa Sandero, los trabajadores, según sus conocimientos y experiencias prácticas, se agrupan en el Gremio de los Aprendices (Agnephines) o en el de los Expertos (Varaderux) —profundizó el abuelo—; asimismo, quienes dirigen a los aprendices son llamados D-Ultra y aquellos que conducen a los expertos M-Ultra.

—¡Abuel! —interrumpió Inés al señor Adelio— Entonces, ¿qué cargo tenía ARPO 247?

—¡Excelente pregunta, Inesita! El Poietés Texné ARPO 247 era el Varaderux Maximus del Marusa Sandero de los Productores pues acaudillaba, en este Grupo de Oficio, tanto a directivos (D-Ultra y M-Ultra) como a los agremiados entre los Agnephines y Varaderux.

En tono de solemne introito, el abuelo reanudó su narrativa señalando que, entre los Praxistós Economé (agremiados en los Agnephines), estaba un tal Alirius Picolex; entrometido y petulante haticosquatreano que, en el momento, decía poseer las destrezas necesarias para, *per saltum*, ser considerado un Poietés Texné (asociado entre los Varaderux); sin duda, otro más de la irritante Camarilla de los Autoinvertidos.

El mofletudo e inseguro Alirius Picolex, ávido timador disfrazado de inocente cordero, no desperdiciaba posibilidad alguna que le presentara el aciago destino para platicar de sus supuestas genialidades con el Varaderux Maximus ARPO 247 o, en su defecto, con el hermano de éste, el M-Ultra Praxistós Economé Alí Portalium.

Aquellas tertulias eran infructuosas, pues Alirius Picolex no aceptaba la Prima Nómo[s] (Ley Primera) del Ascenso Servicial (promoción del trabajador en virtud de la satisfacción vocacional de éste al laborar, por la cual, presta servicio a los demás), tampoco estaba de acuerdo con lo planteado por ARPO 247 en cuanto al tipo de energía que se debía utilizar como fuente motora de los artefactos, ni con el cómo fabricar la constitución material de los objetos.

Con una inflexión de misteriosa atmósfera, el señor Adelio avanzó en su relato revelando la manera como un día el entremetido Alirius Picolex se enteró de que ARPO 247 (con la ayuda de su hermano Alí Portalium) tenía el diseño e iba a fabricar una gama de vehículos (IGP Cosmos) con locomoción magnética: los Pepiaitus IGP 1.

El Pepiaitus IGP 1 era un automóvil para cinco ocupantes que se desplazaba sobre cualquier superficie (sólida, líquida, gaseosa, etérica) alcanzando una altura de hasta 20 metros; sin llantas, pues se posaba sobre el suelo a través de cuatro peanas; con un motor de Perendev (sin combustible) que generaba un campo magnético por medio de un impulso inicial debido a una carga lumínica básica producida por la corriente energética cósmica Chi.

Este ecoeficiente coche era capaz de alcanzar una velocidad máxima de 15.000 kilómetros por hora, logrando una aceleración inicial de 990 kilómetros por segundo gracias a equilibradas cargas cinéticas de repulsión, con frenado de precisión micrométrico en virtud de oscilantes cargas cinéticas por atracción, y una estabilidad holosimétrica debido a la armonía relacionante existente entre el operante, el medio natural de soporte conductual y el artificio cultural operado.

ARPO 247 afirmaba que el Pepiaitus IGP 1 poseía un Campo Unificado constituido por tres ámbitos: uno magnético (cargas de empuje, movimiento y reposo), otro eléctrico (cargas duales con las cuales, en un futuro, manipular los vectores espaciales para viajes interdimensionales a través de «Agujeros de Gusano»), y un último gravitacional (cargas de atracción y repulsión indispensables para, en lo venidero, seleccionar a voluntad lapsos temporales de existencia).

—¡Wuadou, abuelo! Divertidísimo sería poseer un coche volador —dijo Inés.

Con una amorosa sonrisa en el rostro, misma que jamás podrá ser borrada de la cara de quien contempla las dulzuras de su egregio legado, el abuelo Adelio retomó su relato para señalar que un día, el facineroso Alirius Picolex, hackeó parte de la información acerca de la construcción y funcionamiento del Pepiaitus IGP 1, logrando así hacer un deficiente remedo de éste al cual denominó Corronchus AP $\frac{1}{2}$.

El Corronchus AP $\frac{1}{2}$ funcionaba con un motor que generaba un menguado campo magnético a través de descargas eléctricas producidas por corrientes energéticas Ki; alcanzaba una velocidad máxima de 5.000 kilómetros por hora con frenado de inexactitud centimétrica, y una «inestabilidad armónica» (¿?) enteramente basada en el arte y la técnica que el operante empleaba a la hora de forjar el artificio cultural.

En aquel vehículo, la diversidad de energías Ki (por derivar éstas de cada individuo) desarmonizaban la estabilidad de su Campo Unificado produciendo cargas sutiles desniveladas que, al no poder ser expelidas, se convertían en descontroladas cargas residuales que afectaban a los usuarios del Corronchus AP $\frac{1}{2}$ (perturbando su estado de ánimo y deformando, paulatinamente, sus miembros inferiores y superiores, así como espalda y rostro).

Dicho y hecho, con la venta de los primeros Corronchus AP $\frac{1}{2}$, ya que éstos eran un poco más económicos que el Pepiaitus IGP 1, aunque significativamente defectuosos, cada uno de sus usuarios, por ejemplo, experimentaron un crecimiento anormalmente agigantado del pie derecho y brazo izquierdo o de la cabeza y espalda; haciendo esto, del estar dentro de la cabina ovoidal del vehículo, un acto de incómoda e insoportable realización para sus ocupantes.

Debido a las dispares y aleatorias mutaciones corporales de quienes se atrevían a entrar en un Corronchus AP $\frac{1}{2}$ (generadas por las descontroladas cargas residuales que no eran expulsadas sino acumuladas en el armatoste), las energías Ki de sus tripulantes se desequilibraban hasta tal punto que el vehículo perdía casi por completo el control, ocasionando desorden y confusión en el resto de los aterrorizados conductores del planeta Haticosquatre.

No habían transcurrido cuatro horas de las primeras tragedias, cuando algunos de los Corronchus AP $\frac{1}{2}$, sin sus amorfos y desesperados tripulantes, se convirtieron en presuntuosos chirimbolos robóticos que argüían ser ellos quienes imponían el orden necesario en el tránsito vehicular del planeta Haticosquatre; insinuando, los muy ladinos, que aquellos respetuosos de la ley y el equilibrio eran los reales culpables del actual desbarajuste vial.

—¡Abuelo! —interrumpió Inés como arrebatada por repentino jeureka!—. La reiterativa escusa de los caraduras: titular «bueno» a lo malo, y «malo» a lo bueno.

Después de asentir con una refrescante sonrisa a lo dicho por su nieta, el señor Adelio puntualizó que los científicos haticosquatreanos (pertenecientes al Marusa Sandero de los Productores) de inmediato tomaron cartas en el asunto e investigaron la anómala situación, percatándose del agente patógeno producido y transmitido por el Corronchus AP $\frac{1}{2}$, al éste utilizar indebidamente las energías individuales Ki de sus ocupantes.

Con un arduo y fecundo trabajo indagatorio de pocas horas, los eruditos de la ciencia (conocidos por los haticosquatreanos como los Epistematos) lograron identificar el origen, naturaleza y características del tóxico virus al cual denominaron con el pomposo apelativo de agente patógeno T-Llerías E; afanándose, ahora con la ayuda de los Therapeumatos (galenos pertenecientes al Marusa Sandero de los Sanadores), en no descansar hasta descubrir su definitiva cura.

El agente infeccioso T-Llerías E (o «Flos Albus» para los más avezados) producía en el huésped contagiado transformaciones degenerativas en su modo de percibir la realidad, ya que, por un lado, para aquéllos la bondad o maldad de un acto dependía únicamente de si a ellos beneficiaba (era ético) o si no (era malvado) y, por otra parte, generaba una deterioradísima visión de la divinidad como «todopoderosa» alcahueta de todos los desvaríos de sus devotos; el efecto final de deformación corporal, era sólo un síntoma visible de la purulencia de sus enfermas ideas.

De esta manera, en el gremio de los Therapeumatos (sanadores) se multiplicaron las teorías curativas: por ejemplo, el somnoliento Dr. Migdulio G. afirmaba que para sanar los infectados debían «tomar, en ayunas, profusos enjuagues con buches de concha de queso»; empero, su colega el Dr. Alan Brito (aparentemente el único haticosquatreano que detentaba nombre y apellido de fácil entendimiento terráqueo) aplicaba, en los contagiados, gélidos parches salpicados con Agua de Tacamaca.

Acto seguido de haber desactivado los pocos Corronchus AP ½ aún existentes (¡pocos en número, mucho en daños!), y como ninguno de los anteriores «remedios» surtieron positivo efecto en los consternados pacientes haticosquatreanos, el Varaderux Maximus ARPO 247 y el Varaderux Ultra del Marusa Sandero de los Sanadores, propusieron diarias efusiones de Poiésis sobre los contagiados para así vencer al chinchoso agente patógeno T-Llerías E.

Luego, aún en la festiva jarana por haber exterminado definitivamente a la embrutecedora pandemia derivada de la expansión del virus T-Llerías E, y recobrando la querencia por las valiosas nimias vicisitudes vitales, el Varaderux Ultra del Marusa Sandero de los Regentes sentenció, al ahora contrito Alirius Picolex, a cooperar con los Operantes de la tierra del sol amada (ubicada en el planeta Gea); de manera especial, con el afanoso Ovelius Ricota oriundo de la bucólica Ciudad Encontrada.

Finalizada, por el inolvidable abuelo Adelio Prieto (mortal que detenta el nobiliario título del Arquitecto de lo Imposiblemente Posible), la fantástica historia y llegados al apartamento 8C del conjunto residencial Villa Delicias; nieta y abuelo, de puro regocijo, apresuraron el paso, pues iban a degustar unos deliciosos patacones (de plátano verde con doble ración de queso de mano) hechos por las benditas manos de abuela Oda Licia, buena madre cuyas bendiciones de su boca hacen reverdecir a la más marchita floresta.

—Por la cara de tu abuelo, segurita estoy que te relató una de sus épicas marcianas —le dijo abuela Oda a su nieta (Inés del Prieto) después de leer, en el rostro de su consorte, la satisfacción por remembranzas compartidas con a la que profundamente ama.

—¿Luego se supo algo de Alirius Picolex? —preguntó en voz baja Inés a su abuelo.

—Escuché que habitualmente lo veían en su coche Espitao -9+6 por las callejuelas de El Poniente, en la dicharachera barbería del tío Williams, pues le gustaba que le cortaran el cabello con totuma y, luego, le untaran pachulí debajo de sus orejas.

CARTAPACIO II: EL POLIFACÉTICO ADELIO DEL PONIENTE Y EL CANTAR DE GESTA DE INÉS TÁLANTOY

Estimada concurrencia, les habla el rapsoda Adelio del Poniente; hoy, en mi faceta de provinciano juglar, he venido ante vosotros a narrarles la gesta heroica de la irredenta Inés del Prieto. Acomodaos, pues en vuestro presente, sin necesidad de humano artilugio viajaremos por los parajes temporales a fin de participar en extraordinaria épica inolvidable.

La comarca Scientific Mundi era habitada por los otroigualeros, siendo Inés del Prieto una de ellos; delgada joven de níveo semblante con abundante cabellera azabache que se deleitaba en talares ajuares oscurecidos con negro y escarlata; mocita amada por su distante padre que, con luengas botas góticas, los azares de su hogar compartía en derredor de su dulce tía Bella (Elvia).

Scientific Mundi era un distópico villorrio donde los otroigualeros adultos circunscribían todo a los severos cánones de la ciencia, la tecnología, la lógica, los números, los cálculos y las variopintas fórmulas humanas; lar que para la artística sensibilidad de Inés del Prieto era exasperantemente despótico, impasible, mecánico, monótono, aburrido, monocromático y altamente alienante.

Como si desventuras no poseyeran, desde el nacimiento los lugareños de aquel maquinal mundo tenían que prefijar sus nombres con el remoquete «otroigual»; de esta manera, nuestra inquieta chiquilla detentaba el iterativo epíteto de Otraigual Inés del Prieto, perteneciendo así al gentilicio de los otroigualeros. Las jóvenes vocaciones otroigualeras debían hallar sus satisfacciones al laborar en una de las siguientes ocupaciones: experimentación, diseño, fabricación, mantenimiento o costo.

Dentro del regulado recinto escolar, Otraigual Inés del Prieto acusaba sinnúmero de reyertas y litigios frente a su maestra, la señorita Otraigual Belkys del Orbe, pues aquélla requería de la didáctica de ésta: emoción, creatividad, estética,

metáforas, alegorías, color, tono y ritmo. Pareciéndoles actos peligrosamente sediciosos los liderados por Otraigual Inés del Prieto, el director Otroigual Néstor del Nunex rubricaba diarias amonestaciones cuyo destino era provocar la mortificación de la tía de nuestra revoltosa.

En el cobijo de las cuatro paredes del hogar, donde los sueños emigran con el torrente de la esperanza, la abnegada Otraigual tía Bella innovó actos liberadores al pronunciar el nombre de su sobrina sin inertes remoquetes de eternos regresos a continuamente lo mismo.

—¡Inesita, hija! Si sientes que tu alma se consume sin interés expectante ante aquello que te imponen hacer, como si aquí no hubiera opción para tu sensibilidad y pasión; te sugiero que vayas al lugar donde los ancestros reposan y requieras, de sus orientaciones, oportunos buenos oficios.

Rauda y veloz, a guisa de extraordinaria idea por décadas postergada, la afanosa Inés del Prieto encaminó sus pasos a la Necrópolis de los Ancestros, paraje donde el amor trasciende las dimensionales demarcaciones del tiempo y el espacio. Allí, y luego que con la ayuda de propicio pasquín (colocado en la lejana celosía de la picola-verdad), rubricó el afecto por dos abuelos (aquello que en otrora fuese para uno), de sus parientes solicitó acuciosas orientaciones.

—¡Inesita, mi querida y añorada! Para hallar respuestas a tus inquietudes vitales debes procurar antesala ante el *annalium* [cronista] de la comarca: Adelio, habitante de El Poniente —notoriamente conmovido le sugirió Ramón el Prieto a su siempre amada nieta.

—A través del camino real del Monte Parnaso, Inesita, encontrarás al *annalium* que halagado te develará aquello que en lo pretérito no acaecía como hoy —agregó Licia del Portillo quien, a pesar de ser su abuela, siempre buena madre será.

—Distante familia amada, una vez más me favorecen con premisas que infieren imposibles actos factibles de viabilidad, cuando al ser recapitule cómo regresar a mí —respondió agradecida la joven después de haber absuelto a sus lágrimas por la dolorosa separación.

Luego de mimosos abrazos, y comprendiendo que el ahora

único tiempo del amor es, Inés del Prieto (redimida del forzado remoquete de otrora) se dirigió a las afueras de la comarca Scientific Mundi en procura del camino real que le conduciría al conocimiento de aquel futuro amigo. A unos empinados metros de la falda del Monte Parnaso, halló la cabaña donde habitaba mi faceta de *annalium* del terruño.

Fue en ese lugar donde me le presenté modulando mi nombre: Adelio del Poniente. Una vez escuchadas sus oquedades y anhelos, le narré cómo en las épocas de antaño la comarca era equilibradamente regida por dos ecuanímenes gobernantes: el intelectual Neocórtex, con sus siniestras fuerzas de la lógica y los números; y por el emocional Límbico, con sus diestras fuerzas de la intuición e imaginación.

Ilustre concurrencia, veo en vuestros rostros que os preguntáis por qué el remoto armónico equilibrio desapareció inclinando, en el presente, toda la balanza al costado de los descendientes del Dr. Neocórtex; responderos, de mí exige simplicidad de los motivos, así como superficialidad en las razones: siempre ha sido más sencillo y menos peligroso generar humanos a medias capaces de acrecentar, anexando y duplicando, las arcas antes que cultivar otros enteros, sensitivos y reveladores, diestros de optar por imperecederos peculios.

Ahora bien, ¿cómo rehabilitar el antiguo mundo de equilibrio que el progreso del tiempo había desvaído? En virtud de emprender solución a ineludible incógnita, le sugerí a Inés del Prieto que visitara, en el valle Piería, al pie del costado sur del Monte Parnaso, a mis maestras de vetustos años mozos: las eremitas hermanas Piérides; cultas y virtuosas nonagenarias que respondían a los nombres de Humanitas [Humanidades] y Philosophie [Filosofía].

—No te inquietes, pero en el transcurso de tu periplo serás, con amor, observada y, desde lejos (a la sombra de melancólicas distancias), acompañada por el hombre cuyos anteojos son sostenidos por un cordel de pabilo —le informé a Inés del Prieto antes de su partida.

—¡Entendido, la pobreza nunca restringirá a la destreza! —de inmediato me respondió la novel heroína, como quien de súbito atina a valuar, del feraz filógrafo, sus multiformes apólogos sobrevenidos en el metaverso del No-ser.

Oteando en el horizonte sucintos lapsos de reclusión, Inés del Prieto, a modo de intuitivamente ansía por 44 rosales de pretéritas mocedades, fue en búsqueda del costado sur del Monte Parnaso en procura de la choza de las hurañas hermanas Piérides; una vez en el valle Piería, se percató de una solariega y poco visitada cabaña de cuyo interior surgieron par de hermosísimas ancianas ávidas del humano acercamiento; vocinglera la más joven (Humanitas) y cavilosa la mayor (Philosophie). Complacidas, ambas féminas, recibieron el cortés arrimo de Inés del Prieto.

—En solícita petición de ayuda, me envía vuestro discípulo Adelio del Poniente, pues necesito vislumbrar cómo hacer para que un mundo mejor sea posible en la comarca Scientific Mundi —les informó Inés del Prieto.

Philosophie tomó la palabra y explicó a Inés del Prieto que para lograr su cometido debía ir a cuatro feudos y hallar, en cada uno de estos, un sentir con su respectivo sagaz saber y diestro hacer. De esta manera, al oeste de la provincia, en el poblado de Lurilo, encontraría a Emotio [Emoción]; al norte, en la aldea Chiquil Papei, hallaría a Beleza [Belleza]; al este, en la villa O Nido, ubicaría a Creatividade [Creatividad]; por último, al sur, en la comarca Ujus, localizaría a Tálantoy [Talento].

Por su parte, Humanitas le sugirió que en el viaje llevara a su adusta felina Emily, única gata capaz de indicar el peligro con su rabo en forma de signo final de interrogación, así como de, en posición de agazapada esfinge, identificar plantas medicinales, previas convulsivas sacudidas de su mandíbula, con un exclamativo «miauur» [¡Matica!] en castizo gatunés, que Inés del Prieto necesitaría a la hora de elaborar los reconstituyentes energéticos propios para cada feudo.

—En Lurilo, Emily te indicará dónde están las hojas para hacer Polvo Sonrisa; en Chiquil Papei, el arbusto para elaborar Agua Florida; en O Nido, las brozas con las cuales producir Alcoholado de Tabanucos; y en Ujus, las breñas para confeccionar Broas [galletas] de Huevo —agregó parsimoniosamente Humanitas.

—¿Qué deberé hacer para identificar a cada uno de los sentires en los cuatro distantes feudos? —preguntó inquieta Inés del Prieto.

—Utiliza tu intuición, derivando de sus nombres las debidas naturalezas y en los quehaceres sus esencias — fenomenológicamente intentó explicar Philosophie.

Luego de haber bajado a Emily del ropero de las hermanas Piérides, así como de haber culminado con las ceremoniosas despedidas de rigor, Inés del Prieto y su acompañante felina se encaminaron a la ruta que les conduciría al poblado de Lurilo. En la primera no distante bifurcación de la senda, ante la opción de qué camino elegir, confusa, nuestra protagonista miró a Emily, la cual, con un horizontal movimiento de su danzante cola, le señaló la vía a seguir.

Transcurridos algunos minutos de marcha vieron que se acercaba, cual oportuno favor en insoportables tiempos difíciles, una destartalada carreta con el marbete de «La Cocha Pechocha»; esta era manejada por un calvo y rollizo señor, así como halada por un macilento borrico de cenicientos matices. Al ver a la desigual pareja de transeúntes, el conductor dio un poco de paja al asno para que éste se detuviera frente a aquéllas.

—¡Buenos días, desconocida señorita! Mi nombre es Otroigual Mamerto —le dijo sonriente a Inés del Prieto, retirándose cortésmente el sombrero— y este descolorido jumento responde al nombre de Eutrefagio —en voz baja y acercándose a Inés del Prieto, continuó diciendo—, para que se detenga le debo dar de comer paja al muy bribón. ¿Puedo saber a dónde se dirigen?

—*Carpe diem* [¡Disfruta el día]! Mi nombre es Inés del Prieto y esta es mi amiga Emily, vamos al poblado de Lurilo. ¿Vuestra merced tendría la deferencia de mostrarnos cortesía al dejarnos en el pueblo de simpatía?

—¡Para luego es tarde! Suban a la Cocha Pechocha y pónganse, en lo posible, cómodas.

Inés del Prieto y Emily se embarcaron en la Cocha Pechocha, mientras Otroigual Mamerto le daba maíz a Eutrefagio pues, si no, el antojadizo borrico no empezaría a andar. Iniciada la marcha, Emily se colocó, en redonda forma de suave bolita de pelos, sobre el lomo de Eutrefagio, ya que era hora de iniciar una merecida bucólica siesta. Después de hora y media de viaje, Otroigual Mamerto observó en el horizonte la puerta de entrada al poblado de Lurilo.

—Estamos pronto a llegar; aquella es La Una (única portilla de ingreso a Lurilo), sólo debes mostrarles a los guardias el Salvoconducto de Libre Tránsito rubricado por el gobernador Otroigual Roiman y te permitirán pasar —le informó el Otroigual Mamerto a Inés del Prieto, aunque cuando aquél se lo refirió a ésta, Emily y Eutrefagio cruzaron repentinas miradas de tribulación.

—Yo no poseo salvoconducto alguno. ¿Por qué debo rendirle cuentas al gobernador de mis libres pasos? —informó Inés del Prieto con beligerante tono de serenidad.

—¡A mayor talento, en la mujer, más indocilidad! —con su sombrero en el pecho, dijo solemnemente el Otroigual Mamerto citando al poeta William Shakespeare; entre tanto, Emily y Eutrefagio asentían a lo verbalizado con rítmicos movimientos de sus cabezas.

De sopetón, aquella inesperada noticia tornó la alegría de Otroigual Mamerto en apresuradas cavilaciones; luego de unos silentes segundos, el compungido conductor le mencionó a Inés del Prieto que sólo le quedaba una opción para poder llegar subrepticamente al poblado de Lurilo y eso significaba apresurar el paso, pues pronto oscurecería, unos tres kilómetros más adelante hasta donde está el bosque Empapirolado (albergue de la jactanciosa bruja Alicra Grod).

—Engreída sibila invidente que al escuchar que transitas por sus predios se materializará gritando: «Un, dos, tres; ¡pollito inglés!». De moverte para huir, te convierte en una estrafalaria maleza de su pradera (excesiva hojarasca que aúlla por ausencia de frutos) —informó a la tropa Otroigual Mamerto; mientras, la rayada cola de Emily adquiriría la forma de final signo de interrogación.

En vista de la premura y por lo lejano del bosque, Otroigual Mamerto de un fardel decidió sacar par de verdes mamones que comió apresuradamente; una vez digeridos los frutos drupáceos, velozmente se bajó de la Cocha Pechocha y ubicó sobre su espalda al borrico Eutrefagio (el cual tenía en su lomo a la sorprendida Emily). Culminada la inexplicable pirueta, velozmente corrió con jumento y carroza hasta el bosque Empapirolado.

Llegados en pocos minutos a la ambicionada floresta, conductor y borrico se despidieron de Inés del Prieto y Emily recordándoles los peligros de los engreídos artilugios de la bruja Alicra Grod; por su parte, niña y felina agradecieron, de sus auxilios, sus generosos favores. Un puñado de sigilosos y cautelosos pasos después, Emily, agazapada e inmóvil, colocó su cola en forma de final signo de interrogación, lo cual hizo que Inés del Prieto detuviera su andar y mirara disimuladamente en derredor.

Como su visual búsqueda fuera infructuosa, miró a Emily en procura de ayuda, obteniendo, como socorro, el felino rabo que apuntaba en diagonal dirección; agudizada la mirada de Inés del Prieto en torno a la trayectoria previamente señalada, logró observar extraordinaria fusión muscinea-verdosa entre maleza y fémina: ¡Era la bruja Alicra Grod! A varios metros frente a ellas, se encontraba de pie, aunque ligeramente encorvada, con sus brazos hacia arriba y su rostro inclinado al frente.

—Un, dos, tres; ¡POLLITO INGLÉS! —vociferó la ciega hechicera en espera de escuchar los estridentes sonidos de la desesperada huida.

Conocidos los vericuetos de las argucias de la bruja, nuestras heroínas permanecieron inmóviles, pero, funesto destino de los inoportunos acontecimientos, Emily, agazapada como estaba, inició una ristra de convulsivas sacudidas de mandíbula; sin duda había detectado medicinales hojas de Toronjil para hacer Polvo Sonrisa, descubrimiento que presagiaba la abrupta clausura de la sigilosa atmósfera. A pesar de los afónicos ruegos del aterrado rostro de Inés del Prieto y del esfuerzo que hizo Emily para sofocar el inminente maullido...

—¡MIAUUR! ¡¡MATICA! —exclamó Emily en castizo gatunés, como quien, de encima, pesada carga retirase.

Gracias a un giro de la buena fortuna, la roñosa hechicera también entendía el gatunés; por ello, al escuchar que le robarían uno de sus terapéuticos arbustos, olvidó las artes de los encantamientos intentando apresar a las atrevidas pilluelas; ocasión de oro que aprovechó Emily para, de un prominente brinco, tomar con su cola un puñado de hojas

medicinales y, luego, huir despavoridamente seguida de cerca por Inés del Prieto, quien experimentaba un nervioso ataque de hilarante chacota.

Nuestras heroínas finalizaron el sobrenatural maratón cuando al fin salieron de los lindes del bosque Empapirolado, deteniéndose en un claro de la campiña donde aprovecharon la ocasión para descansar y hacer una porción de Polvo Sonrisa (por ello, desde ese día, se conoce el lugar como Prado del Memento Quia Pulvis Es [Prado del Recuerda Que Polvo Eres]); ya recuperadas y parcialmente blanquecinas, debido a azarasas arrojadas de curativas polvaredas, la pareja de bienolientes féminas prosiguió su camino.

Después de 20 minutos de caminata, divisaron en el horizonte el próximo poblado de Chiquil Papei; contentas entraron en él, aunque fue una euforia en segundos diluida cuando se percataron de un inexpresivo villorrio habitado por otroigualeros con cabezas sin rostros, inexpresivos, fríos, imperturbables, indiferentes, silenciosos, individualidades autómatas que iban y venían como dando estricto cumplimiento a un pormenorizado guion de vida previamente elaborado.

Fue en ese momento, providencial causalidad de la buena fortuna, que una locuaz y dicharachera moza se acercó a la inapetente escena: damisela de hirsuta cabellera con nariz aguileña y prominentes orejas, trajeada con coloridos ropajes que prodigaba donosura por la deslucida aldehuela. Al instante, Inés del Prieto y Emily cruzaron sus miradas a modo de heurística intuición para, ni cortas ni perezosas, seguirle los pasos a la espontánea chiquilla.

A corta distancia, observaron cómo entraba a una estancia de disímiles matices vistosos que rememoraba habitáculos del antiguo Empedrao; decididas a desenmascarar a la ignota Emotio, Inés del Prieto y Emily ingresaron en la morada para platicar con la expresiva dueña y hacerle un crucial interrogante.

—¿Respondes al nombre de Emotio? —preguntó Inés del Prieto, ya que, ni en sueños, la aventurera mozuela trueca al ser con el cartel blandido por lo aparente.

—¡Sí! Emotio es mi nombre —respondió alegre y expectante la recién conocida.

Inés del Prieto aprovechó la oportunidad para contarle a Emotio cómo las hermanas Piérides (Humanitas y Philosophie) le sugirieron que la buscara, pues ella las podía ayudar a transformar (no a cambiar) la invariable comarca Scientific Mundi, pero antes, debían encontrar otros tres aliados; lisonjeada y entusiasta, Emotio accedió a auxiliar al par de ases, por lo cual, tomó una nómada alforja con algunos de sus haberes (esos que ni el movedizo tiempo ni el incierto espacio pueden despojar).

Emprendieron con rumbo al norte, por la calzada a la aldea Chiquil Papei, con el fin de hallar a Beleza. En la imaginaria frontera entre oeste y norte, apreciaron tres portales de ingreso al anhelado feudo; los dos primeros eran calcos fieles el uno del otro, mientras que el tercero presentaba flora, formas, colores y disposiciones simétricamente apetecibles; pero: ¿cuál de ellos elegir?

—Vayamos por el tercer portal —dijo totalmente segura Inés del Prieto, pues al parecer, comprendió algo por las demás ignorado.

Pasando bajo el frontispicio del tercer pórtico, continuaron su viaje hasta cuando un río les impidió seguir; en ese instante, Emotio, constreñida del miedo y mirando la cola de Emily en forma de signo final de interrogación, les explicó que estaban ante el arroyo Emparamao [Mojado], hogar del sapo Batracium; huraño anfibio que al croar hacía que el riachuelo vertiera una porción de helada agua sobre quienes osaban acercarse a su vera con el deseo de vadearlo, siendo la única manera de atravesarlo el puente Solidarietà [Solidaridad].

—Pero, ¿cómo llegar al maderamen de Solidarietà si el hosco sapillo delatará nuestras pretensiones a Emparamao? —preguntó entristecida la voluble Emotio.

Incansable e imbatible, Inés del Prieto les dijo (a Emily y Emotio) que la siguieran hasta las cercanías del pontón Solidarietà; allí, y al lado izquierdo de éste, advirtieron una roca en medio del caudaloso Emparamao del cual, repentinamente, saltó Batracium (luciendo una bufanda bicolor [roja y blanca] en su inexistente cuello) y se colocó de pie sobre el pedrusco; entonces, cual campechano golpe

de teatro, el anfibio comenzó a bailar un estrambótico meré cumbé con saltimbanquis meneos.

Después de la caprichosa demostración de sus destrezas danzarinas, mismas que inquietarían a la grácil Terpsícore, Batracium se sentó en el pétreo tinglado de su piedra, observando detalladamente cuánto hacían nuestras heroínas; por su parte, decidida Inés del Prieto a acercarse (aunque fuera de a poco) al pórtico de Solidarietà, les dijo a sus compañeras que dieran todas y al mismo tiempo un paso al frente, hecho que sucedió sin que algo aconteciera.

—A mi señal, las tres nos moveremos otro paso al frente, si Batracium croa todas estaremos inmóviles; hagan como si no les interesara cruzar a Emparamao —les explicó en voz baja Inés del Prieto a sus compañeras.

Dicho y hecho, con una inclinación de su cabeza, Inés del Prieto dio la señal y las tres se movieron según lo planificado; por la cercanía del trío de «intrusas» a Solidarietà, Batracium croó y se empezaron a arremolinar las aguas de Emparamao, incidente que estremeció de tal manera a la ya atemorizada Emotio que, sucumbiendo a la tensión del momento, huyó despavorida, pero inapelable observancia del infeliz presagio, fue detenida por un gélido y contundente chapuzón de agua. Aprovechando la distracción liderada por la aterrada Emotio, Inés del Prieto le pidió a Emily que derribara con un veloz salto a Batracium de la roca, petitorio que fue al instante acatado por la ágil felina; una vez en el pedrusco del fugitivo sapo, Emily no dejaba de dar zarpazos (con su pata derecha) al agua, pues creía que los salmones visualizados, lonjas de atunes eran. Inés del Prieto tomó la mano de Emotio y la condujo a través de Solidarietà hasta el otro lado de Emparamao; a salvo las dos, requirieron, de Emily, su presencia.

—¡La verdadera libertad tiene su origen en la solidaridad!

—exclamó proverbialmente Inés del Prieto.

—¡El talento se educa en la calma, el carácter en la tempestad!

—confesó Emotio de manera aforística mientras exprimía parte de su empapado atuendo.

Reponiéndose de la anterior hazaña, las tres campeonas descansaban bajo la frondosa sombra de un árbol mientras Emotio se quejaba de lo enmarañado que le había dejado

Emparamao su cabello; con el anhelo de no escuchar más gimoteos, Emily subió a la cabeza de aquélla y, con las garras de sus patas delanteras, intentó domar la hispida cabellera de su emocional amiga, enrollada escena que Emotio pronto desestimó, pues ahora se percibía pestífera al agua puerca.

—¡MIAUUR! ¡¡MATICA! —exclamó apremiada Emily, quien se hallaba oculta tras la revuelta melena de Emotio.

¡Inesperado y bienaventurado hallazgo! El remojo que propició Emparamao a Emotio había dejado en la cabellera de ésta, a tenor de sibilino tesoro, el fragmento de un ribereño arbusto medicinal propicio para elaborar la reparadora y aromática Agua Florida; de esta manera, producida la terapéutica loción y vertida con cuidadosa destreza sobre las tres femeninas corporeidades, continuaron con su trayecto hacia la norteña aldea Chiquil Papei.

A tempranas horas del siguiente día avistaron la solicitada aldea Chiquil Papei, ingresaron en ella mientras Emotio experimentaba uno de sus arrebatos de alegre curiosidad; era una villa pedestre, totalmente desordenada, anárquica, gorrina, maloliente, de horrisona vulgaridad, con cernícalos edificios disparejos y atiborradas callejuelas desaliñadas; los otroigualeros que la ocupaban eran seres corporal y emocionalmente desproporcionados, de asimétrica desmesura, extravagantes, desaliñados, jíferos, maleducados, negligentes, informales, ordinarios.

Desalentado nuestro trío de heroínas por una infecunda búsqueda de horas, se sentaron a reflexionar en la entrada del poblado; unos cuantos sollozos de Emotio después, se les acercó un disparejo dúo de féminas: la primera desagradaba al verla, menuda y rolliza, vulgar, engréida, nauseabunda y desaliñada; por su parte, la segunda producía deleite y admiración a la vista, era grácil y simétrica, refinada, humilde, culta, ataviada con orden y armonía entre matices escarlatas, negros y blancos (cuál vocalista de gótico metal).

—¿Tu nombre es Beleza? —preguntó Inés del Prieto a la segunda fémina, en tanto Emily asentía con su cara y rabo.

—¡Sí! Beleza es mi nombre y ella es mi hermana Otraigual Erica Latorre —respondió la futura amiga mientras Emotio estallaba en llantos de alegría.

Despachada la indeseada hermana (sin olvidar que los extremos son lo mismo en naturaleza aunque difieran en grados), Inés del Prieto le narró a Beleza cómo las hermanas Piérides le sugirieron que la encontraran, pues ella las podría ayudar a transformar la desarmónica comarca Scientific Mundi, aunque antes, debían encontrar otros dos aliados; halagada, Beleza cortésmente accedió a auxiliarlas, pero primero se colocó en su cabellera la amarilla cinta Deleite, en su cuello la azul gargantilla Admiración y en el abdomen el rojo cinto Deseo.

De esta manera, encaminaron sus esperanzas rumbo a villa O Nido con el fin de hallar a Creatividade; durante el viaje, Beleza, resabiada con sinnúmero de abrazos de la cariñosa Emotio y portando en su testa a Emily en forma de adormilada esfera, les informó que no necesitarían salvoconducto para ingresar al pueblo, pues únicamente debían elegir uno entre los siete portones que les mostraría Otroigual Durchpausen [Calcar], riguroso cerbero de la región; luego, agregó que éste era acolitado por la camaleónica Otraigual Reimitari [Remedar]. Llegados frente a los siete portones que hacían de saleta a villa O Nido, pudieron observar, a pesar de los jadeantes resuellos del apretado pecho de Emotio (inevitable consecuencia del remojón propiciado por Emparamao), como un sinfín de otroigualeros idénticos (todos con grisáceo sombrero, cerúlea sayuela y negro pantalón), continuas copias unos de otros, en pelmaza procesión marchaban a través de los seis primeros postigos.

En ese momento, y cual bellaco que usufructúa la coincidencia de chasquear a cándidos desconocidos, se acercó a nuestras heroínas el larguirucho, jipato, parsimonioso y adusto Otroigual Durchpausen acompañado de su inseparable acólita Otraigual Reimitari, desconfiable ente fantasmagórico cuya traslúcida corporeidad daba la impresión de duplicar a cuanto osase mirarle, como si poseyese un fraudulento arte camaleónico que le permitía, a voluntad, mimetizarse por medio de la maña del calco.

—Desemejantes viajeros, sean bienvenidos al Portal Stauen [Estancar] —les dijo Otroigual Durchpausen, cerbero de los portones—. La primera puerta —continuó magistralmente—

es la del mismo sentir de siempre; la segunda, la del mismo pensar de siempre; la tercera, la del mismo aprender de siempre; la cuarta, la del mismo saber de siempre; la quinta, la del mismo decir de siempre; la sexta, la del mismo hacer de siempre —concluyó Otroigual Durchpausen ahora sin la compañía de su asistente.

En un santiamén y plenamente segura, Inés del Prieto eligió la relegada, insignificante y no transitada puerta número siete, acontecimiento seguido por un remedo de «Emily» señalando, al citado portal, con su cola en forma de signo final de interrogación; suceso de surreal realidad, pues la verdadera Emily se hallaba sobre la cabeza de Beleza apuntando al lugar donde se encontraba su espurio *alter ego*; fulana (Otraigual Reimitari disfrazada) que fue desenmascarada por Emotio al asustarla con uno de sus desgarradores alaridos de histeria.

Pasada la puerta número siete, lejos ahora de las argucias del cerbero e ingresadas a las afueras de villa O Nido, el cuarteto contempló cómo sobre el camino se materializaba un rojizo galeón (con el letrero de: «Marina Norte») impulsado por pompas con mechones de nubes, espolón de grafías láser y velas (madras y latinas) solares; al instante, desde el encumbrado estribor de la embarcación, se asomó quien parecía comandar la embarcación y les dijo:

—¡Eh, corrillo de transeúntes! Les habla el almirante de la Flota de Aithernautas [navegantes del aire]. ¿Puedo saber a dónde se dirigen?

—¡A la villa O Nido! Amable caballero —le respondió la coqueta Beleza, arengada con los románticos suspiros de Emotio—. ¿Puede llevarnos?

—¡De popa a proa que sí! Para que logren abordar, les voy a enviar una plataforma magnética —informó, presto y dispuesto, el insólito almirante.

Como lo prometido es deuda, un tablero de plasma radial descendió del galeón hasta donde estaba el cuarteto de viajeras, se subieron a él y, éste, ascendió llevándolas a la embarcación al son de los siseos del apretado pecho de la nerviosa Emotio y del medroso patatús que experimentó Emily sobre la plataforma. Una vez en cubierta, detallaron que el almirante

era un hombre ingenioso, cortés, alegre, alto, con bullidas cejas y poblada barba grisácea; éste, vestía un híbrido (entre cosmonauta y castrense marino) uniforme metalizado.

El almirante de los aithernautas poseía una heterogénea tripulación de dicharacheros marinos impecablemente trajeados (con blanca boina, roja camisa, azul pantalón y negras botas), por todos conocidos como «la marinería muy noble y leal»; por otra parte, era asistido por un GPS con la holográfica forma de vivito [loro pequeño] el cual respondía al nombre de Chéster (creatura que indicaba la localización de los lugares buscados), y por el alférez de mar Galapacho, robot cuya complexión se asemejaba a un transparente hidrante de gelatina.

Luego de conocer la sin igual tropa de tripulantes, el almirante ordenó al alférez robótico Galapacho que tomara rumbo a villa O Nido con el fin de sobrevolarla y, así, desde la panorámica mirada, al cuarteto de recién llegadas les fuera más fácil localizar aquello que buscaban. Una vez encima del poblado, Galapacho de cabo a rabo sobrevoló el lugar, pero tanto las personas como sus viviendas eran idénticas copias las unas de las otras, situación de la cual se podía válidamente colegir que «el buscado» seguiría en el rango de «los no hallados».

Durante el período de rastreo, con dubitación, la tripulación observó cómo Emily iba y venía de estribor a babor (y viceversa) del galeón, se asomaba por sobre el reborde de la cubierta y, previas convulsivas sacudidas de su mandíbula, exclamaba: «¡MIAUUR!» [¡MATICA!]. El holográfico GPS Chéster, quien al parecer conocía aquello que muchos no, planeó hacia la villa para, en contados segundos, regresar con algunas brozas de Verdolaga; materia prima para la elaboración del terapéutico Alcoholado de Tabanucos.

Después de que Emily untó la curativa emulsión sobre el apretado pecho de la resfriada Emotio, el almirante de los aithernautas le ordenó al alférez robótico Galapacho que se comunicara, a través de uno de sus múltiples artilugios tecnológicos, con el capitán de navío Otopoto, terranauta [navegante de tierra] que comandaba al Subtierrino UZ63 (insólito artefacto similar a un submarino, pero capaz de transitar soterrado en el suelo), con

el objetivo de saber si «lo sin igual buscado», bajo la superficie, «escurridizo se ocultaba».

Para ello, el alférez robótico Galapacho, proyectó una pantalla sobre aquello que fungía como su maleable cabeza, donde apareció el repolludo rostro del capitán de navío Otopoto, marcial topo con antropomórficas facciones y tupido mostacho castaño; visualizada la imagen de quien comandaba al Subtierrino UZ63, el almirante le preguntó si bajo el terrestre adoquinado había visto algún ente sin par de inteligente vida, a lo cual Otopoto respondió que de lo distinguido meramente arenilla, rocas y minerales, a su merced, podía mencionar.

—¿Y si Creativade morase fuera de los lindes de villa O Nido? —cuestionó en voz baja Inés del Prieto a su camarilla de tres compañeras como arrebatada por sorpresiva eureka [¡Lo hallé!]. —¿Almirante, sería posible ascender unos 1.000 metros más para, del pueblo y sus colindantes periferias, beneficiarnos de mejor panorámica visión?

—Mi estimada campeona, en los kugels está la respuesta a tu deseo —exclamó el almirante ante la sorpresiva idea de Inés del Prieto.

Explicó el almirante que los kugels eran inmensos globos transparentes en forma de peceras rellenos interiormente por individuos o cosas con el fin de trasladarlos de un lugar a otro; aquéllos flotaban sobre sustancias o líquidos que, a voluntad y según los requerimientos de sus ocupantes, se vertían en el interior de los mismos. De esta manera, si Inés del Prieto así lo deseaba, podría ocupar uno, ascender 1.000 metros y observar todo cuanto se hallaba furtivo en algún derredor de villa O Nido.

Con el beneplácito de Inés del Prieto, Galapacho solicitó un kugel que surgió debajo de la zona de flotación de Marina Norte; era una pequeña esfera transparente que mientras iba ascendiendo incrementaba su tamaño hasta ser capaz de contener al flotante galeón. Cuando se detuvo al lado de la embarcación, la magnética plataforma de plasma radial llevó a Inés del Prieto (con el holográfico vivito Chéster posado sobre su hombro derecho) y a Emily hasta el requerido kugel; Beleza debió quedarse en la cubierta intentando sosegar a la aterrada Emotio.

Cuando llegaron al kugel, las tres kugelsnautas [navegantes de kugels] se bajaron de la plataforma magnética para colocarse encima de una tonina llamada Aquetemojo Toita, disparatada cetácea disfrazada con un mameluco a rayas, cual anfibia cebra, la cual flotaba sobre un estrellado espacio exterior, pues fue con ello que Inés del Prieto pidió que parcialmente se llenara su kugel. A través de la guía del holográfico GPS Chéster, Inés del Prieto conducía a la espacial tonina y ésta, a su vez, dirigía el kugel.

Recorrido con sumo cuidado cada cuadrante de la espacial altura que abarcaba la villa O Nido, así como sus alrededores, y a pesar de los buenos oficios del holográfico GPS Chéster, pista alguna del escurridizo Creatividade pudieron distinguir; fue cuando, luego de meditar si resultase que lo buscado en la lejanía se encontró siempre cercano a sus ojos, Inés del Prieto solicitó a Aquetemojo Toita que los llevara de vuelta al galeón Marina Norte, a lo cual, Emily mostró cierta renuencia, pues tendría que dejar de cabecear sobre el confortable lomo de la cebracea tonina.

—¿Es tu nombre Creatividade? —le preguntó Inés del Prieto al almirante mientras lo miraba fijamente con una visible sonrisa de satisfacción, pues lo buscado era ahora hallado.

—¡Hermosura sin talento, gallardía de jumento! —exclamó el almirante—. Efectivamente, ése es mi nombre, estimada Inés del Prieto —satisfecho agregó.

En medio del colectivo jolgorio por la consumación del añorado descubrimiento, y experimentando Emotio un patidifuso ataque de incredulidad que Beleza supo con esfuerzo sobreponer, Inés del Prieto y Creatividade (almirante de los aithernauta) ultimaron los aventureros detalles para, juntos, ir en búsqueda del cuarto y último camarilla: Tálantoy; de esta manera, con apresurado rumbo al sur levaron el ancla del flotante galeón Marina Norte.

Llegados a los extramuros de la comarca Ujus, observaron 11 arcos contiguos separados uno del otro por 20 metros; arcada de arquitectura exquisita, imponente, solemne y dispendiosa por cuyas sinuosidades transitaban una considerable cantidad de otroigualeros; pero, según el decir

del holográfico GPS Chéster, faltaba un arco: el número 12. Éste, aseguraba el bien orientado vivito, se encontraba casi oculto, en asaz aislamiento, a 200 metros del número 11.

Efectivamente, a la distancia indicada por el GPS Chéster y totalmente desapercibido de los otroigualeros viajeros, se localizaba el modesto, deslucido y descuidado arco número 12; éste estaba constituido por dos atlantes que, de perfil para los transeúntes, uno frente al otro sostenían un curvado travesaño; entre ellos y debajo del larguero aguantado, sólo oscura nada podía distinguirse. El robótico Galapacho informó que las pilastras del arco 12 eran los rocosos hermanos Neófobos [Repulsión a lo nuevo]: Daseina (a la izquierda) y Soseino (a la derecha).

Desembarcados a través de la plataforma magnética de plasma radial, Inés del Prieto (con Chéster sobre su hombro derecho), Emotio, Beleza y Creatividade se aproximaron al arco 12; Inés del Prieto, dejando unos siete pasos atrás a sus tres acompañantes, se acercó cuanto pudo al portal sin que algo sucediera. Luego de que destinó unos segundos a cavilar sobre el enigmático portal y su stratagema, les pidió a sus amigos que se colocaran a su siniestra, desde Emotio la más lejana a ella, pasando por Beleza hasta Creatividade, quien quedó justo a su lado.

Después de colocarse el cuarteto, según lo solicitado por Inés del Prieto, Daseina (fémica de los hermanos Neófobos) hizo un movimiento de 90 grados (desde su izquierda a su derecha) quedando frente a los cuatro desconocidos; en ese instante, Daseina abrió sus pétreos párpados, miró a Inés del Prieto y le preguntó:

—¿Qué buscas?

—¡Lo desconocido! —convencida y segura respondió Inés del Prieto.

—Si desconocido es lo buscado; entonces, ¿cómo encontrarlo podrás? —arguyó Daseina.

—Si inverosímil me fuese encontrarlo... ¿Por qué con tanto anhelo mi alma ansía, de lo desconocido, su compañía? —replicó Inés del Prieto.

Luego de la filosófica objeción de Inés del Prieto, la impávida Daseina cerró sus rocosos ojos y Soseino (varón de los

hermanos Neófobos) hizo un movimiento de 90 grados (desde su derecha a su izquierda) quedando frente a frente a los cuatro intrusos; en ese santiamén, Soseino abrió sus pétreos párpados, escudriñó a la irreverente Inés del Prieto y le preguntó:

—Entre ver o cegar, decir o callar, oír o silenciar. ¿Qué eliges?

—En todos esos casos: ¡La solución está en mi rostro! — exclamó inquebrantable Inés del Prieto, mientras sus demás acompañantes se miraban con silenciosa perplejidad.

Finalizada la exclamación de Inés del Prieto, Soseino cerró sus pedregosos ojos y ambos hermanos, junto con el travesaño sostenido, desaparecieron; sucedido esto, los cuatro campeadores pudieron observar un menudo camino nemoroso que finalizaba en una cristalina cascada. El holográfico GPS Chéster comunicó a Inés del Prieto que se trataba de la cascada Sabda [Sonido Primordial], quien debería saber del paradero de Tálantoy, también le sugirió que fuera sola al encuentro del torrente.

Cuando Inés del Prieto estuvo frente a la cascada, pudo observar con claridad su rostro reflejado en la líquida y cristalina superficie de Sabda; entonces, la efigie de Inés del Prieto duplicada en la caída de agua, le platicó en estos términos:

—¡Joven con nutridos talentos de verdad que vale por cientos! ¡Enhorabuena, Inés Tálantoy [la Talentosa]!; jelogiadas sean tus cepas en el diamantino terrón amado por el Sol! Nunca olvides que representas el legado de quien, distante, en soledad redacta, a pesar de pertinaz limitación, con esperanzada convicción ante lo humanamente imposible. ¿Por qué no? Vuelve a la comarca Scientific Mundi y muéstrales, junto a tus amigos, como la ciencia y tecnología de la mano siempre deben ir de las humanidades. Después de despedirse de Sabda, la ahora Inés Tálantoy regresó con sus cuatro compañeros al galeón Marina Norte sobre la plataforma de plasma radial, donde la salerosa tripulación les esperaba con una pizpireta retreta de tradicional gaita zuliana vocalizada por el alférez robótico Galapacho, coreada por su holográfico amigo Chéster y coreografiada por la entusiasmada Emotio. Entre tanto, Emily, agazapada

cual esfinge, no paraba de sacudir convulsivamente su mandíbula, pues el pisolabis de la ocasión contenía Broas de Huevo horneadas con breñas de bledo.

Sosegado el parrandón que remedaba a maracaibera víspera de Nochebuena, Inés Tálantoy les narró lo acontecido con la cascada Sabda, así como la encomienda a cumplir en la comarca Scientific Mundi; oídas las cataráticas instrucciones y acatando la perentoria orden del almirante Creatividade, ni corta ni perezosa, la tripulación del galeón Marina Norte izó las solares velas rumbo a la región donde se dio inicio al cantar de gesta de la heroica Inés Tálantoy.

Una vez en la comarca Scientific Mundi, Inés Tálantoy fue recibida por su cariñosa tía Bella (Elvia) y por sus traslúcidos ancestros Ramón el Prieto y Licia del Portillo (buena madre cuyas bendiciones nunca dejarán al ingenioso literato en la inopia del anonimato), siendo culpable de esta última pareja de afectiva emboscada familiar una luminosa proyección del holográfico vivito Chéster; luego Inés Tálantoy, junto a sus compañeros, aprovecharon la oportunidad para poéticamente recordarles al gobernador Otroigual Roiman y demás otroigualeros:

—¡La ciencia es locura si las artes y humanidades, para su cordura, no la ayudan en su compostura!

Desde ese memorable día, la comarca Scientific Mundi fue nominada (ya que quien denomina, domina) aldea Alpha 1 (según los póstumos deseos del Arquitecto de lo Imposible Posible), pues dentro de sus comprensivos márgenes, cualquiera de los irredentos únicos-distintos del orbe, pueden hallar una posada donde hacer un merecido alto en el camino y, así, recordarles a los extremistas de cuadrículada mente que de las ciencias y humanidades sólo enemigos son los ignorantes zagaletos.

Estimada y obsequiosa audiencia, por hoy finalizo mis juglares primores acoplados al término del cantar de la heroica Inés Tálantoy; por tal motivo, de vosotros me despido, ya que debo dejar mi faceta de rapsoda e iniciar, a coro con lápices y folios, la de *scriptor* [escritor] en virtud de que lo efímero me azuza a immortalizar, por medio de grafías, lo alcanzado con pródigas osadías.

De esta manera, invisible amigo y amable lector de mis letras, inicio este relato dedicándolo a mi inolvidable trío: Adelio, Oda e Inés (cada uno fiduciario de un retazo de mi corazón que, aunque dimensionalmente apartados, por mí son cariñosamente cobijados diariamente en noctívagas orfandades)...

CARTAPACIO III: SCALA COELI, DEL EMPÍREO A EL ROSAL SUR

El astral anacoreta Eduardo Batista ultimaba los celestiales detalles para visitar, a través de la prodigiosa Scala Coeli [Escalera al Cielo], al monasterio franciscano El Milagro, ubicado en la hermosa ciudad de El Rosal Sur, comunidad autónoma de Nueva Núremberg, provincia de Maara Iwo; ya que allí se encontraría con su buen amigo el clérigo Juan Moreno para bendecir juntos, a través del poético *Laudes creaturarum* [Cántico de las creaturas], a todos los seres vivos y, de forma especial, a la hermana agua de la fuente de San Pedro Obsequiado.

Al enterarse la empírea Inesita del Prieto de que el «hermano Francesco» (anacoreta Eduardo Batista), nombre dado por ésta al celeste monje mendicante como cortés respuesta a petitorio del cenobita, quería descender hasta los humanos feudos, le pidió permiso al mismo para, siguiendo los pasos del pobrecillo de Asís y en compañía de su inquieta mascota Sophie (originalísimo híbrido entre dicharachera gata maracaibera y juguetón hurón canadiense), emprender peculiar terrícola aventura.

De esta manera, mientras el hermano Francesco caminaba por sobre el etéreo adoquinado de Scala Coeli, de cerca le seguían Inesita del Prieto montada sobre el Circulmovil (nave espacial de forma esferoideal y de naturaleza traslúcida) y Sophie encima de Sella (navío intergaláctico [negro y azul] en forma de silla de cuatro patas); durante el andar de descenso a inferiores planos, el metalero conventual tarareaba algunos versos al compás de la música de *Stairway to heaven* (del grupo musical Led Zeppelin) coreada por los silbidos de Sophie.

—Alabado seas, mi Señor, en todas tus criaturas; por la hermana luna y las estrellas, en el cielo las formaste claras, preciosas y bellas —exclamó admirado, por cósmica lindeza, el rogativo hermano Francesco.

Llegados los tres celestes viajeros al claustro del monasterio El Milagro, Inesita y Sophie se bajaron de sus respectivos

vehículos interestelares (desapareciendo al instante éstos); luego, el prelado Juan Moreno se les acerca dándoles la bienvenida a ese sacro lugar; acto seguido, los lleva al huerto del cenobio, sitio en el cual está la fuente de San Pedro Obsequiado, manantial desde donde el hermano Francesco bendice a toda la creación, encontrándose sorprendentemente en ella, un peregrino trío de pingüinos gauchos fanáticos de los decires del metalero conventual.

En ese momento, Inesita y Sophie deciden emprender su propia aventura, por lo cual, se despiden de los monjes (elíseo y corpóreo), así como de la ferviente terna de pingüinos rioplatenses; desplazándose cada una sobre su espacial coche (Circulmovil y Sella), se conducen hasta la plaza Bella Vista, lugar ancho y espacioso dentro del poblado El Rosal Sur donde reposa una artística escultura con dos manos entrelazadas; órganos prensiles que al ver a un extranjero, lo agasajan con abrazos para luego señalarle la dirección buscada.

También, y esto lo comentan quienes cuentan, durante las estrelladas noches aquellas frías manos entretejidas enumeran, con astronómica precisión, las lumbreras celestes para, al final de esa matemática actividad, ovacionar al universo por proveernos las certezas, a pesar de las humanas contrariedades, que allá (en lo visiblemente imposible) somos más que lo simple y materialmente limitado.

Sorpresiva (para la dicha del dueto de presentes, así como para la de ausentes lectores) y parsimoniosamente en lontananza, las artísticas manos indican (con su par de diamantinos dedos índice) luengo sendero a ser recorrido con inquietos deseos. Conocidos los detalles de la maravillosa propuesta, nuestro par de aventureras siguieron la dirección apuntada por Los Dedos de la Esperanza.

A las afueras del poblado de Tierra Veritas y cerca de las Salinas de Las Peonías, el par de empíreas viajeras (dentro de sus espaciales carruajes) observaron a quien dijo llamarse Jartarium Magno, Legatus de la Legión de Muelas Tragantonas del Cónsul Altus Manñamento; prócer (Jartarium) que deseaba apoderarse de la receta secreta que utilizaban, subrepticamente, los machorreos al cocinar los

deliciosos yoyos de plátano con queso de mano.

Comentaban los lugareños de la comarca (¿En virtud de las Crónicas de Maara Iwo Ulterior y Citerior del historiador Polito del Alivio?) que los machorreos, enemistados desde remotas edades con los lucerna por sus rateros anhelos gastronómicos, obtenían fuerza sobrehumana toda vez que comían los exquisitos yoyos de plátano con queso de mano. El Legatus Jartarium Magno, al igual que muchos de sus facinerosos secuaces, pensaba que todo aquello se debía a arcanos actos de hechicería de la sabia maga druida Oda Liciavirix.

El Legatus Jartarium Magno era el cabecilla de los opacos lucerna: delgadas farolas que ostentaban, orgullosas (¡¿?!), pomposos sombreros de pastel de chocolate (incómoda prenda de vestir que cubría gran parte de su luminaria superior); estos larguiruchos fanales, además de sólo atinar a pronunciar lacónicos «¡Toko, toko!», caminaban en rítmicos vaivenes (de derecha a izquierda) ataviados con las indumentarias de los legionarios romanos, así como de deportivas alpargatas (cada una de diferente color a su contigua pareja).

Por su parte, los peninsulares machorreos (amarillentos garbanzos [trajeados con albinos liquiliquis] asentados en la cuenca de El Rosal Sur) eran diestramente comandados por el ocurrente Adelio Ortegarix I, nacido en poniente cuna al este de la diosa Pomona, del cual decía Oda Liciavirix que aquél no necesitaba probar bocado alguno de los yoyos de plátano con queso para ostentar sobrehumana fuerza pues, el dios Corderoex, le concedió esa gracia ya que Adelio, al ser un pertinaz vegetariano, propiciaba atenciones y cuidados a vegetales y animales.

En el medio de la alimentaria rencilla estaban los berruetus, dicharacheros paisanos naturales de la andina montaña La Viloriana, pues no comprendían el motivo por el cual se podía llegar a armar tremenda trifulca por motivos tan pueriles; para aquéllos (blanquecinos cuñetes con pastoso cabello de ricota sobre el cual lucían ocreos sombreros canotier), no importaba qué comieras sino que efectivamente te alimentaras con lo engullido; el único de ellos que pensaba

de forma distinta era Ovelius Ricota ya que, para éste, sólo «carne con carne» era propicio consumir.

Intrigada, y en un ataque de repentino estupor heurístico, la hasta ahora silenciosa observadora Inesita del Prieto procesa todos los datos del litigio gastronómico (entre machorreos y lucernas en torno a la sibilina receta culinaria) en el computador del Circulmovil (Procesatronix 08-29) dando como resultado esta computarizada indagación que la receta de los yoyos de plátano con queso de mano de los machorreos poseía un ingrediente hiperpotenciador de energías: la sal extraída de las Salinas de Las Peonías.

Sin querer escuchar los resultados de la improvisada investigación de la celeste Inesita (ahora fuera del Circulmovil), machorreos y lucernas deciden iniciar una escaramuza, pero infortunada discrepancia en medio de un encarnizado desacuerdo, mientras los epígonos de Adelio Ortegari I sostenían que la batalla debía llevarse a cabo a través de un juego de bolos celta (Birlos para algunos oriundos de Hispania), los lucernas exigían dirimir la contienda por medio del deporte gímico de carrera de carros.

En medio de aquel lúdico litigio, pues las verdaderas contiendas se disputan contra el enemigo que furtivo se sosiega en nuestro interior, Sophie aparece en la acalorada reyerta «intentando», de los presentes, llamar su atención al demostrarles peritos malabares llevados a cabo con traslúcido emboque (perinola intergaláctica); al percatarse de que omiso caso le prestan los querellantes, decide traer con la ayuda de Sella a su cometa Alessa (pesadísima birlocha con forma de lápida) para así, al verla emprender inverosímil vuelo, se maravillaran con la fe en lo inviable.

—¡De lo imposible y sus viabilidades, que ya lo posible se consumó en lo conocido! —pensó Inesita del Prieto, encantada con la metáfora de su híbrida amiga.

La elísea Inesita del Prieto interrumpe los gimnásticos dimes y diretes de ambos bandos proponiéndoles que resolvieran sus diferencias con un jocoso partido de bolas criollas; para este fin, les sugiere como árbitro al britano Getelman McByrne. Aceptada la idea de Inesita y con Sophie ansiosa por retozar jugando con las bolas del campeonato, inician la deportiva

contienda, la cual, al transcurrir algunos minutos, se transformó en una chispeante yincana entre buenos amigos.

Para los fines del alegre compartir, inédito acontecimiento que lo inexplorado fecunda a sus múltiples valores, machorreos y lucernas forman heterogéneos equipos, en los cuales aquéllos esbozan deportivas estrategias con éstos a la vez que, propios junto a ajenos, comparten exquisitos batidos de níspero; aposentada sobre Sella Sophie, atónita y entusiasmada, observa como centenares de luminosas estrellas, cual refrescante llovizna de mayo, se posan sobre quienes ahora Hermandad cobija con tiernos abrazos de simpatía.

Después del histórico holgorio deportivo y dando el árbitro Getelman McByrne por ganador a la amistad entre planetarios (único acicate de las valiosas transformaciones humanas), Adelio Ortegarix I, egregio octogenario que a la empírea Inesita del Prieto le recordaba a su amado abuelo (¡Tiempo y espacio avasallados por el amor!), les plantea a todos compartir un delicioso ágape en el Bosque Real del Naranjal; eso sí, con variados productos hortícolas de esa región de Maara Iwo.

Según lo acordado, las celestes Inesita y Sophie, seguidas por machorreos y lucernas (ahora entre ellos citados como «hermanos»), sobrevolaban, montadas en el Circulmovil y Sella respectivamente, la acequia El Rosal, pues era una ruta que sin dilaciones los llevaría al Bosque Real del Naranjal. Llegados a éste, observaron a cujies y araguaneyes participar en una jarana con danzarinas Jotas Castellanas; sin demora, Sophie (sobre Sella) esponjaba su asiento halando el acolchado con las garras de sus patas delanteras como preparativo al baile que protagonizaría.

Inmediatamente, campechanos filarmónicos, entre los machorreos y lucernas, tomaron guitarras, bandurrias, laúdes, dulzainas y tambores para acompañar el cantar con coplas de sus adalides Adelio Ortegarix I y Jartarium Magno; acalorada cantinela acompañada por los rítmicos saltos de Inesita y Sophie junto a los alborotados respingos de cujies y araguaneyes de la animada floresta maracaibera. Como si la dicha poca fuera, degustaban un exquisito pasticho vegetariano de berenjenas preparado, con la sazón de una buena madre, por la maga Oda Liciavirix.

Repentinamente, como salido de un prístino cuento de hadas, entra a escena un nutrido grupo de andariegos cocoteros y traviesos chaguaramos portando, en arbórea procesión, una curiosa escultura (tallada en blanquecina roca) que representa a un ser humano regando un guayabo mientras, éste, le obsequia a su proveedor una de sus sabrosas guayabas; al parecer y según el decir de muchos entre los convidados, estos jaraneros árboles estaban celebrando el folclórico día de La Interdependencia.

Tomando en cuenta lo explicado por un intelectual y pedagogo curarire, humanos y vegetación dependen recíprocamente unos de otros, correlación ésta mediada a través del artificio cultural generado por el hombre. De esta manera, y sin nadie proponérselo (a modo de ética biófila que se blande como necesaria), aquello que dio inicio como una simple querella entre beligerantes tribus, se había convertido en un gran festín donde se agasajaba a la vida (y a todo lo viviente) tributándole respeto, cariño y protección. Ya casi consumado el gaudeamus costumbrista, donde naturaleza, artificio cultural y humano se relacionaban en armónico homenaje ofrendado a la vida; las elíseas Inesita del Prieto y Sophie se despiden de sus nuevas amistades, pues ya debían retornar a sus intergalácticos aposentos. Camino de regreso sobre sus autos espaciales y cerca de la Plaza de los Lavanderos, apreciaron al desconocido escribano que, en medio de las angustias de la sed y de los noctívagos zarpazos de maleantes, en la distancia no cesa de redactar historias con las inéditas grafías de sus manos.

Pasando por el frente de la saneada Plaza de los Lavanderos, nuestro querido par de empíreas bohemias debieron apresurar el paso, ya que los trabajadores de la aséptica faena (afanosas entidades con formas de toallas y jabones) se mostraron deseosos de higienizar a la celeste felina Sophie quien, por su recalcitrante hidrofobia, rechazó contundentemente la antiséptica oferta. Luego, raudas y veloces para no lamentar hídricos sinsabores, pasaron por el famoso Ayuntamiento de los Siete Balcones.

Frente al Cabildo de las Siete Mirandas, Inesita del Prieto y Sophie observaron en la balaustrada del centro, artísticamente

rematada con un frontón triangular y coronada por una esfera herreriana, al aristocrático espectro de Teodororeto IV de Santa Cruz (afectuoso fantasma que prefería ser mentado con el epígrafe de Hemenegildo del Varadero) quien entonaba, para nuestras sorprendidas heroínas, las sacras letras del cántico gregoriano *Artifex sui*.

Helénico y regordete espectro de generosa alopecia que sostiene (con su mano derecha) un grandilocuente gallardete rojo enganchado a puntiaguda lanza, mientras que (con su mano izquierda) aprieta la famélica complexión de pacífico pincel; pueblerino espanto encadenado a vocalizar eterno recital con el cual al humano recordar que ninguno de los siete balcones, en su diario vivir, debe desdeñar: el de bien pensar, el de recto sentir, el de correcto reflexionar, el de apropiado idear, el de adecuado hablar y el de buen obrar para, con esto, felizmente fallecer.

Así, y luego de un sinfín de inolvidables experiencias en la hermosísima ciudad de El Rosal Sur (aquella donde, desde ese instante, la palabra «Inesita» significa «hermandad entre planetarios y naturaleza»), la elísea Inés del Prieto (sobre su nave Circulmovil) y la empírea Sophie (montada en su curioso artificio Sella) volvieron al monasterio franciscano El Milagro con el objeto de tomar, nuevamente, la ruta de Scala Coeli para regresar a su celeste terruño, lar del cielo en el cual al humano aún se le rinde tributo de fe y esperanza.

CARTAPACIO IV: LA ANTINOMIA ESPACIAL DE LA LEBEN INÉS DEL PRIETO

En el no tan distante sistema solar Vita α [Vida Alfa], de la cercana galaxia lenticular Pomona SBO-3, se encontraba (casi estacionada en el espacio sideral) la gigantesca nave nodriza Biofiliam 15M; moderno bajel dirigido por el intachable comportamiento del veterano comandante general Ángel García Sanz, encargado de proteger a todos los mundos que conformaban parte de ese ordenado sistema planetario.

Bajo el mando del comandante general del navío espacial se encontraba la brigada desarmada («La no violencia es tan fuerte como la vida misma») Ahimsa-144, liderada por la hermosísima joven Inés del Prieto, heredera de la antiquísima Orden Amor Vitae [Amor a la vida]; heroicos paladines que deseaban erradicar, de las almas, el hambre no saciada de ideales y valores a través de saludable empática sensación y justa solidaridad.

Inés del Prieto era fiel discípula del gran maestro leben ARPO 247 (arquitecto de lo posible en lo imposible, pues lo milagroso es certeza dable y no creíble). Inés, gracias a sus años de entrenamiento y esmerada dedicación para vencerse a sí misma, había alcanzado la mayor jerarquía de la Orden Amor Vitae: Leben; por esta condición, el comandante general Ángel García Sanz la había colocado como capitana mayor de sus tropas.

En una inesperada ocasión, el hacendoso edecán Cortapiza Latiza (mozalbete de obsesivo afecto por las capas y pizzas sin salsa de tomate) le informa al comandante general Ángel García Sanz que el furibundo y repulsivo Mortorium Morela, venido desde los desconocidos confines del antiuniverso Mors [Muerte], con alevosas intenciones se dirigía al planeta Zelle [Célula] en su virulenta nave intergaláctica Venenum LV.

Sin dilación alguna, pues toda vez que son detectados los raigales problemas, presurosa respuesta es necesaria darles, el comandante general Ángel García Sanz reúne a los más

ancianos en sabiduría de los biofilianos (decena de centenarios líderes de la Orden Amor Vitae con dilecta atención por los problemas del sur) para que éstos decidan quién, de entre los leben más jóvenes, debía hacer frente al irritante bellaco Mortorium Morela y a su séquito de facinerosos.

Para la perentoria elección, los biofiliano resolvieron utilizar las artes adivinatorias del cándido Viloway (pequeño varón de limitadas palabras y pródiga hambre); mientras cada uno de los diez biofilianos pensaba en un aspirante de su agrado, Viloway entra en la estancia arrastrando una silla sin espaldar (Excelsior); la empuja hasta el biofiliano Dativo Cueva, resultando electa, en el inusitado cónclave para tal heroica gesta, la leben (de la Orden Amor Vitae) Inés del Prieto.

De esta manera rauda y veloz, la leben Inés del Prieto, como antesala a ansiada aventura, prepara su escarcela Marusa dejando, antes, a cargo de la capitanía general de la nave nodriza Biofiliam 15M a su fiel alférez Luisito Carrula (larguirucho mozo de letradas dotes culinarias y arcanas ausencias) ya que ella debía interceptar, antes que llegara al planeta Zelle, a la pestilente Venenum LV así como a su rufián comandante Mortorium Morela.

Para lograr tal proeza (en definitiva: «a quien se aventura, Dios le ayuda»), la leben Inés del Prieto, luego de haber degustado media docena de sabrosísimos tequeños marcaíberos hechos por las benditas manos de su siempre amada abuela Oda del Portillo (en este espacio, ¡el amor también se degusta!), se embarca en su velocísima y ecoeficiente nave espacial Guadou 360 con su amanuense Chesterlium 15, mecánico secretario de habilidosa inteligencia artificial.

Una vez en el cuadrante espacial Provolognium y a poca distancia del planeta Zelle, la dulce y maternal voz de Picola (sonido con el cual la nave Guadou 360 se comunicaba con sus navegantes) notifica a los tripulantes que en el vector 6-80, a escasos siete minutos luz de distancia, estaban la contaminante Venenum LV y su parlanchín regente Mortorim Morela.

La espabilada leben Inés del Prieto sabía muy bien que no debían permitir que Mortorium Morela azellerizara [aterrizara en el planeta Zelle], pues, el muy ruin, aprovecharía la oportunidad de

ir hasta su núcleo para, allí, liberar sus ADN y RNA; patógenos estos que una vez en las moléculas de las entrañas del astro, se alimentarían de sus proteínas duplicándose de forma casi incontrolable e infinita, hasta infectarlo en su totalidad.

Advirtiendo Mortorium Morela, con artilugios conformes a destrezas de naturaleza paranormal, la proximidad de la obstinada leben Inés del Prieto; lanzó, sin previa cavilación, par de velocísimas varillas fotónicas de Maladie [Enfermedad], pues él estaba convencido (¡Oh traspíe que trueca personal apetencia por justo derecho!) de que era legítima su pretensión de dañar a los pacíficos zellestres [habitantes del planeta Zelle].

—¿Te parece lícito recibir felicidad y válido evitar el sufrimiento? Entonces, ¿por qué niegas a otros aquello que para ti es justo?

—le preguntó molesta a Mortorium Morela la leben Inés del Prieto a través de un mensaje holográfico de voz.

Inutilizados los fotones en forma de varillas, pues perdieron el control direccional debido a las preguntas esgrimidas por la leben Inés del Prieto, estrellándose en el campo de fuerza Salute [Salud] de la nave «rival»; el cabezudo Mortorium Morela atiza la aceleración de su navío, dando dos giros de tirabuzón para así posarse al costado izquierdo del Guadou 360; allí, el muy tozudo dispara par de fotones redondos de Malaide contra la embarcación de Inés del Prieto.

Conociendo todas las argucias de Mortorium Morela, ya que tras máscara no ocultaba su verdadero conflictivo rostro, la capitana del Gaudou 360 le ordena a Picola que coloque a la nave en estado de alerta Liebe [Amor]; al escuchar el lineamiento pronunciado por su oficial superior, el mecánico Chesterlium 15 asiente con su robótica cabeza recordando que el fin del artificio cultural es, al humano, dispensar su servicio y no su aniquilación.

—El odio nunca cesa con odio, éste únicamente acaba con amor (ese capaz de aprobar y perdonar sin resentimiento ni culpa alguna); de esta manera, si acordamos con amor, ganaremos en hermandad —le musitó solemnemente la leben Inés del Prieto a su inseparable asistente Chesterlium 15.

Para contrarrestar la acción de los fotones redondos de Malaide, la leben Inés del Prieto activa la función programable

de Simetría entre Derechos y Deberes (si así es justo que reciba, de esa manera es lícito que dé) del resistente campo de fuerza Salute (ya que el amor, contrariamente al odio, salud siempre origina), logrando que los fotones esféricos se desvanezcan al chocar con la complejión valorativa (en torno a ideales normativos) de la barrera energética del Guadou 360.

Aquello perturba de tal manera a la viciada estabilidad del Venenum LV, turbación propia de los mecanismos cuyo funcionamiento no es ecoeficiente, ocasionando que el dúo de fotones con coronas de Malaide que el porfiado Mortorium Morela iba a lanzar explotaran antes de salir de su nave; al tanto de esto, la leben Inés del Prieto pide permiso a su beligerante amigo para abordar su embarcación y, así, ayudarle a salir de ese innecesario aprieto.

Con el desesperado beneplácito del ahora atribulado Mortorium Morela («El teatro no se hizo para cantar los sucesos, sino para transformarlos»), ya que las consecuencias de sus erradas decisiones le asestaron una agría cucharada de su propia «medicina»; sin pensarlo dos veces, la intrépida leben Inés del Prieto le solicita a Picola que teletransporte a Chesterlium 15 y a ella al desestabilizado y desvinciado Venenum LV.

—El acto solidario, preliminar al hecho de ser libre, necesita del desarrollo de la capacidad de la heteroestima y empatía a través de la acción —señaló la leben Inés del Prieto a su mecánico ordenanza.

Cuando el par de agapenautas [navegantes del amor fraterno] aparecen en los tubos de reintegración molecular del inestable Venenum LV, a pesar del bamboleante mareo experimentado por Chesterlium 15 durante la apremiada energética travesía, el desesperado Mortorium Morela los aborda, sin los arrumacos propios de las calurosas bienvenidas, solicitándoles pronta solución a lo acaecido en su virulenta y moribunda nave.

En virtud del desmoralizado requerimiento, la leben Inés del Prieto recomienda utilizar una prudente dosis de Gisestizia [Justicia], efectivísimo remedio ideado por el comandante general Ángel García Sanz; a través del cual, todos se

supeditarán a un orden de convivencia justo y, por lo tanto, legal; derivado de un común acuerdo basado en deberes y derechos, que aportará igualdad a cada miembro de la comunidad y que contribuirá a un reparto equitativo de los comunes bienes.

Aceptada la propuesta de la leben Inés del Prieto por parte del otrora Mortorium Morela, ahora conocido como Biofilium Ortega, inician una serie de puntuales transformaciones que consisten en cambiar el odio por amor, la enfermedad por salud y la muerte por vida; en ese revelador momento (¡Dicha sin par para quien, entre los adormilados, al fin despierta!), deciden enrumbar su nuevo andar (ahora embarcados en Remedium IGP, antiguo Venenum LV) teniendo al sur como norte de sus acciones.

Desde ese incomparable día, los Anhelantes de lo Imposible (epígonos del gran maestro leben ARPO 247), pues saturados nos hallamos de lo repetitivamente posible, no olvidamos la antinomia espacial de la leben Inés del Prieto: contender y vencer sin acto violento alguno; así como, sanar al humano sin el concurso de externo medicamento. Por tal motivo, no dejamos de creer que lo milagroso desde lo interior del individuo se hará realidad cuando armonía exista entre el humano, su artificio y la naturaleza.

CARTAPACIO V: EL OBSEQUIO DE INÉS TRIT AL DICOTÓMICO MUNDO DE LOS BITS

En el procesador encapsulado LGA (pequeña pastilla de silicio colocada en el stock de la placa madre del computador Samara) se hallaba, dentro de los lindes del digital océano Gollito de ese paraje, la paradisíaca isla de Villa Clara, la cual pertenece al archipiélago gingeriano y a la provincia de Santa Cruz de Juanmoreno; siendo ésta, la ínsula más extensa así como poblada de la región de la Lampazonesia.

El columbrete Villa Clara estaba habitado por los claroscuros bits (acrónimo de *binary digit*; es decir, dígito binario), dúo de cifras pertenecientes al sistema de numeración de dos unidades que hacían invariable vida monótona en derredor al gigantesco volcán Micha y a las faldas del rico Macizo de Bella Vista, dentro de la comunidad autónoma de la Cotorrera.

En la isla de Villa Clara estaba la histórica metrópoli de San Sebastián del Lago (arquetipo de una ciudad-territorio), domicilio de la inteligente y remisa mozuela Inés del Prieto (Inés Bit); nívea joven de hermosa cabellera negra, cautivada por los inéditos frutos de la innovación, quien compartía su hogar con par de amorosos abuelos y una dicharachera mascota.

Dentro de los familiares muros de su vivienda (a pasos de la Plaza del Biscocho sin Sal), extasiada, ella acostumbraba a escuchar las sorprendentes crónicas y filosóficos decires, procedentes de lejanas galaxias, de su cariñoso abuelo Adelio Bit mientras degustaba, parsimoniosamente, algunas exquisitas mandocas maracaiberas hechas por las prodigiosas manos de su abuela Oda Bit.

Inés Bit compartía con su glotona mascota Jengibre Bit los sinsabores propios de una tierra plagada de predeterminados dos extremos, siempre estáticos en sus inamovibles opiniones. Oriunda Jengibre del bosque La California, era una emplumada bolita de verdes penachos que entonaba

cantos cuando deseaba saborear delicioso manjar de las manos de alguno de sus tres mecenas.

En el grisáceo mundo de los bits, Inés Bit fue educada en los institutos formativos del sistema binario para creer ciegamente que toda la realidad se reducía a dos puntos de vista u opciones (0 ó 1); por ejemplo, para los duales bits entre lo bello y feo no existían, en el peor de los casos, términos intermedios o, en los mejores, un abanico de opciones del cual a gusto poder elegir.

Esa dualidad numérica, así como optativa, se podía apreciar en las pardas túnicas en forma de albornoces sin capucha (exceptuando la de Inés Bit) que usaba cada bit; puesto que, unas presentaban el número 0 y las otras el 1 en la parte superior izquierda del frente de ellas. Las batas de color negro no estaban permitidas por estar asociadas con lo maligno, mientras que las totalmente blancas eran utilizadas únicamente por «los siervos del Gran Hacedor».

En sinnúmero de ocasiones, cariacontecida, la innovadora Inés Bit le comentó a su amigo Luisito Bit que ella no podía concebir cómo lo múltiple de las cotidianas experiencias podían ser comprendidas, así como toleradas, únicamente en un mundo incardinado por par de extremos que, en medio de la beligerancia, intentaban imponerse el uno por sobre el otro.

¿Era, pues, aquél el inapelable sino del claroscuro Mundo de los Bits? («Por sobre el otro siempre, pero nunca junto a él») o, por fortuna inesperada del insensible destino, ¿existía la posibilidad cierta de generar una forma, para el momento desconocida por la obcecación de permanecer en lo eternamente fijo, que rompiera los límites de las dos barreras del sistema de numeración binario?

Un providencial día, cuando Inés Bit estaba importunada por lo maquinal y predecible de la digital sociedad, su abuelo Adelio Bit le comentó (emocionadamente en voz baja) que los ancestros contaban de un tal ARPO 247 Bit, profeta según algunos que, venido de la extraCPU Maracaibo, había disertado acerca de un sistema de numeración decimal capaz de superar la modalidad binaria vigente.

A través de este inaudito sistema de numeración decimal

ideado por el creativo ARPO 247 Bit, aclaró Adelio Bit, conmovido por los reflexivos pesares de su joven nieta Inés Bit, aquello que para todos presentaba únicamente dos opciones de elección y consecución, en efecto, podía ser convertido en alternativas multiformes válidamente aceptables por cada uno de los bits.

Acercándose el sibilino anciano Adelio Bit a la oreja izquierda de Inés Bit, percatándose antes de que su consorte Oda Bit no se hallaba próxima al radio de audición, le sugirió a su nieta que buscara al erudito amigo Ricky Bit, insigne historiador de la Real Academia de Heráldica y Genealogía, con el fin de que le ayudase a conocer más acerca de las revolucionarias aseveraciones de ARPO 247 Bit.

Cuando Inés Bit colocó el morral detrás de su espalda, lista ya a encaminar su rumbo en búsqueda del atrio de la Real Academia de Heráldica y Genealogía para así hablar con Ricky Bit; la perspicaz y siempre dispuesta a no quedarse huérfana de correrías, Jengibre Bit, creyendo que su amiga iría a un rimbombante convite, tomó rápidamente su platito de comida, lo ocultó bajo su ala izquierda y, luego, se posó en el hombro derecho de Inés Bit dispuesta a ir con ella.

En la histórica y céntrica calle del Conde de los McGregor que conduce a la Real Academia, Inés Bit, con Jengibre Bit plácidamente adormilada sobre su hombro derecho, observó cómo un bit 1 gritaba y humillaba a su pareja bit 0, alegando que entre las dos cifras existentes la unidad supuestamente supera en valía al cardinal del conjunto vacío. ¿Propio lo observado de la tradicional costumbre, dicotómico contexto o lógica tirantez entre las partes del dueto?

Inés Bit, meditabunda ante la irascible escena, miró a su mascota (ahora despabilada) y musitó: «Al lugar donde vaya y cualquiera sea mi acompañante, antes de toda acción examinaré primero mi mente y si apareciera un pensamiento de cólera o violencia, poniendo en peligro al otro, así como a mi persona, lo reemplazaré por sentimientos de heteroestima. ¿En excelencia, la fuerza del par sumado no sustituye a la resta del dúo?».

Una vez dentro, nuestro par de sin iguales campeadoras, de la antigua edificación (de arquitectura mudéjar) de la Real

Academia de Heráldica y Genealogía, en tanto Jengibre Bit revoloteaba curiosamente por el lugar en pesquisa de algún mañanero y mantecoso pisolabis, Inés Bit aprovechó la oportunidad para conocer al ilustrado historiador Ricky Bit e informarle cuánto le había contado su abuelo Adelio Bit acerca del enigmático sabio ARPO 247 Bit.

Sorprendido y casi eufórico ante lo cercano de una alborada por décadas aguardada, Ricky Bit le explicó (con comprensible detenimiento) a Inés Bit, mientras ésta degustaba un prominente tequeño-yoyo obsequiado por su marrullera mascota, que debían dirigirse a la Universidad de la Luz (LUZ) para allí hablar con el profesor Epítome Bit, pues éste tenía en su poder el único ejemplar de *Imposiblemente posible*, original referencia escrita acerca de ARPO 247 Bit.

A pesar de los estridentes rezongos de Jengibre Bit, ya que primero deseaba visitar al Instituto de Astrofísica Loviprimero para allí observar el azulado firmamento celeste, los tres compañeros tomaron la calle Derecho Ortega que los conduciría hasta el paraninfo de LUZ; en el camino y al son de unos poderosos compases de sinfónico metal gótico entonados magistralmente por el grupo musical los Comegatos (cinco operáticas coles de Bruselas trajeadas con lonjas de repollo morado), vieron a un danzante cortejo de circumspectos bits.

En la caravana de bailarines había un ceremonioso bit 1 que tenía una morrocotuda gorra con el marbete «DIRECTOR». Este personaje se hallaba encima de la espalda de un enclenque bit 0 que, según las órdenes emitidas por el pesado bit 1, lo desplazaba por doquier de la servil escena; una porción restante de la comparsa, imitando el errado proceder del directivo, formaron un espontáneo corrillo para mofarse de la manera de bailar de uno de sus compañeros bits.

Aunque Inés Bit había aprendido (de su filósofo abuelo Adelio Bit) que cuando el enfermo remedio no detenta, el sabio, debe comprender en silencio y aquietarse en el destierro; ella, profundamente contrariada por lo opresivo que pueden llegar a ser algunos de sus semejantes (fanáticos refractarios a las heterarquías), detuvo su andar, caviló unos segundos (los cuales para su emplumada amiga-mascota

fueron luengas horas) para, después, referirse a los guasones sin oficio de la pandilla.

—Si no consideramos el sentir de los demás, difícilmente tendremos un contexto en el cual discriminar entre lo correcto y lo erróneo; para darle estética a la ética, así como el alfarero lo hace con la arcilla, debemos proveerles forma moral a nuestros actos a través de las artísticas manos de la empatía —dijo molesta Inés Bit a la burlona camarilla.

Dejada atrás la caterva de socarrones y llegados a los académicos ambientes de la Facultad de Derecho de la LUZ, Jengibre Bit repartió jovialmente unos coloridos panfletos contra el maltrato animal con la ayuda de un grupo de ecológicos estudiantes; mientras sus compañeros de viaje, Inés y Ricky Bit, le expresaban al hallado profesor Epítome Bit su anhelo de conocer más acerca de ARPO 247 Bit a través de la lectura del libro *Imposiblemente posible*.

Al principio incrédulo, aunque luego exaltado por cuanto, debiendo suceder, acontece; el letrado pedagogo, por lo insólito del deseo manifestado, con emoción les respondió que la lectura del místico libro *Imposiblemente posible* (cual luz que brilla en medio de las tinieblas) no sería necesaria, pues por providencial ventura del Gran Hacedor de la CPU Samara él conocía a un científico (de nombre Anodinoharts Bit) que sabía cómo hallar al mismísimo ARPO 247 Bit.

Por otra parte, el docente Epítome Bit agregó totalmente seguro que Anodinoharts Bit se encontraba en el Parque Rural de Las Delicias realizando una serie de investigaciones bitlógicas (acerca del tradicional Certamen de los Plátanos Jarochos) en el lejano caserío de Little Picola; por tal motivo y en vista a lo distante del paraje a visitar, el cuarteto de bits se marchó de la LUZ sin perder tiempo en búsqueda de las afueras de San Sebastián del Lago.

Una vez fuera de la ciudad y cuando el cuarteto transitaba presuroso por la zona arqueológica El Malecón, Anodinoharts Bit, movido por repentino recuerdo de que de las incógnitas disuelve sus enigmas, le explicó al resto de sus compañeros de aventura que los bits de Little Picola utilizaban unas formas numéricas diferentes a las arábigas; para aquéllos, el número cero (0) era una línea vertical (l) y el

uno (1) dos trazos verticales paralelos entre sí (||).

Muy cerca de los predios de la norteña aldea Little Picola, advirtieron un monótono e infértil paraje (¡Imposible tiranizar, a la innovación, bajo la carlanca de cúbica mazmorral) en el cual pocos engréidos halaban (con transparentes cadenas) a masas de centenares de individuos (remedos de rocas) que tenían sus ojos vendados; multitudes homogéneas que deambulaban, ya sea de negro o blanco, con mecánico pesar entre hastío y dolor ante la defunción de sus talentos, tras los caprichos de quien les concitaba.

Con la dichosa ventura de ser únicos e irrepetibles (esencia personal incomunicable), nuestro heroico cuarteto de paladines apremió su paso por aquel inalterable sector para, a la sazón, toparse de manera imprevista con una docena de nativos bits que, visiblemente contrariados por la fortuita aparición de cuatro desconocidos forasteros, los increpaban en virtud de las diferencias gráficas que aquéllos presentaban con respecto a los números de éstos.

—Al actuar movidos por la preocupación que nos inspiran los demás, nuestro comportamiento se torna automáticamente en un acto positivo, por tal motivo la solidaridad, capaz de generar paz, es confianza en nosotros; ésta nos hace pensar en el crecimiento, la salud y vida (biofilia), en tanto que la violencia sólo apunta a la desdicha, enfermedad y muerte (necrofilia) —exhortó filosóficamente Inés Bit a los repentinos camorreros.

Alarmada la precavida Jengibre Bit, ave de improvisados ingenios intuitivos, después de la trascendental anti-escaramuza vivenciada con los primeros pobladores del lugar, decidió asegurar su porvenir guareciéndose lo más pronto posible dentro del morral de su amiga Inés Bit, acto de dudosa valentía que fue recibido con hilarantes carcajadas por el resto de sus acompañantes.

Entrando con razonable premura nuestro estimado cuarteto a la demandada aldea Little Picola, lar en el cual aún habitan las melancólicas remembranzas de cinco que en dicha eran familia, fueron recibidos por un pequeño (no por ello insignificante) grupo de amigables nativos que locuazmente verbalizaban cómo su sentir y pensar, supuestamente,

no iban acordes con las formas gráficas de sus materiales complejidades numéricas.

Creyendo saber la perspicaz Inés Bit qué le ocurría a la menuda camarilla de autóctonos bits, con suma esperanza (a guisa de su talentoso abuelo Adelio Bit) los reunió y les comentó: «¡El sentir! ¿Puente comunicante entre el ser y el estar es? ¿El pensar su corolario o, antes bien, su guía? La tolerancia es fruto de la paciencia, virtud que al ser alimentada y desarrollada contrarresta a la ira por lo diferente y al resentimiento por lo sucedido».

Terminando Inés Bit su espontánea disertación, se acercó a ellos el solicitado científico Anodinharts Bit; entonces, adelantándose Epítome Bit del resto de sus sorprendidos compañeros, fue a su encuentro expresándole el motivo de la inesperada visita. Entusiasmado por la querencia del cuarteto, Anodinharts Bit les explicó que debían ir al islote Puerto USB, el cual se hallaba al noroeste de Isla de Toa (La Palma Canta) y detrás del impredecible volcán Micha.

Al Puerto USB, según la exhaustiva explicación de Anodinharts Bit, llegaba la embarcación Pendrive, la cual tenía como destino final el muelle de la ExtraCPU Maracaibo, hogar del libre pensador ARPO 247 Trit (acrónimo de *trinary digit*; es decir, dígito trinario); por último, agregó Anodinharts Bit, que como los lugareños del islote se mostraban reacios con los extranjeros, él en persona los acompañaría en esa necesaria gesta liberadora.

De esta manera, aquel inolvidable día de comprensión y transformación, los cinco compañeros formaron la Hermandad Nibble con el firme propósito de liberar de la dualidad el pensamiento vigente de los bits, aportando para ello múltiples opciones a sus deliberaciones (sistema de numeración decimal arpoliano 247). Así, listos y muy dispuestos, sin demora alguna tomaron la lancha San Jacinto con dirección norte al islote Puerto USB.

Durante el reparador viaje sobre el azulado océano (¡Cuánta belleza a ser protegida y conservada, a modo de maestresalas del Rey!), la locuela Jengibre Bit decidió practicar *wakeboard* y deleitar así a todos los presentes con saltarinas piruetas originadas sobre las olas producidas por el bote. Llegados

al islote y sin haberse bajado bien de la lancha, los bits lugareños fueron al encuentro de ellos coreando arengas contra la presencia de forasteros en el villorrio.

Firme, Inés Bit se abrió paso por entre los nativos y, en medio de ellos, ponderó de la siguiente manera: «Nuestro bienestar individual está íntimamente relacionado con el de los demás y con el entorno (natural-artificial) en el cual habitamos; imposible superar los peligros de nuestra propia existencia, y mucho menos generar paz, sin una capacidad desarrollada en torno al fraterno servicio, forma única de vivir en feliz armonía».

Completamente perplejos (¿Por torpe confusión o debido a sagacidad en la reflexión?), poco a poco los lugareños se fueron retirando, dejando el camino libre al quinteto de campeadores quienes, aprovechando lo despejado de la calzada, continuaron con su itinerario; luego, observaron en lontananza cómo Jengibre Bit, aleteando en el celeste, indicaba (con una de sus alas) próximo paraje en el distante horizonte.

Se trataba, con mucho acierto, de la sinople avecilla del muelle donde debían esperar el arribo de la ignota embarcación Pendrive. Mientras los restantes camaradas de la hermandad se acercaron al atracadero, Inés Bit dio un giro, pues vio que Jengibre Bit (heroína capaz de ofrendar su vida por desinteresado amor) estaba retozando alegremente sobre el hombro izquierdo de un bit que pescaba apaciblemente a un lado del malecón.

Con impaciente curiosidad, Inés Bit se acercó al supuesto pescador en cuyo hombro reposaba su emplumada amiga; antes de que nuestra mozuela pronunciara palabra alguna, el desconocido bit le dijo: «Imagina al universo como si se tratase de un organismo vivo en el cual cada célula funciona dentro de una cooperación equilibrada con todas las demás y donde así se mantenga armoniosamente el conjunto».

—Es imperioso que comprendamos cuán interdependientes somos unos de otros; por ejemplo, observa cómo aquellos cuatro bits discuten acerca de lo que ven, desde su individual punto de vista (frente, detrás, costado derecho e izquierdo), en torno a la visualización de una estatua; cada quien dice representar la verdad global de lo mirado, pero en realidad,

sólo hablan de una porción del todo percibido —agregó el extraño y anónimo bit.

—Entonces, ¿la responsabilidad es la obligación que detenta cada individuo de buscar el bienestar de todo lo existente (incluyéndonos a nosotros)? De ser así, yerran quienes consideran nuestros intereses como algo distinto y separado del provecho de los demás —tomando parte del filosófico contrapunteo, inquirió Inés Bit (inteligente a guisa del huraño escribano que desde lo solitario apunta semblanzas de transformación).

Escuchando, desde lo distante, las infrecuentes disertaciones del apartado dúo, los restantes aparceros de la Hermandad Nibble se acercaron al par de retóricos hablantes a tiempo de oír al extraño «pescador» bit concluir: «La valoración y respeto por la dignidad de los demás y de sus derechos, al margen de quiénes sean o de qué puedan ser, es en definitiva cuanto necesitamos hoy en día».

Cuando hubo terminado de hablar el ignoto bit, se acercó a Inés Bit entregándole a Jengibre Bit en las donceles palmas de sus manos, y solemnemente le informó: «Desde ahora tú serás llamada Inés del Prieto Trit pues, a partir de este día (primero del resto de tu vida), lo rígidamente dual fuiste capaz de transformar en dinámicamente diverso; regresa a Villa Clara y obséquiales a tus coterráneos cuanto has aprendido durante esta reveladora gesta».

Profusamente intrigados por la apodíctica afirmación hecha por aquel desconocido bit y faltando aún abordar la embarcación Pendrive para ir a donde supuestamente se encontraba ARPO 247 Trit, los otros tres comuneros de la hermandad se preguntaron cuál sería el obsequio referido por aquel extraño que hasta diestro era de eximirlos del finiquito de su aventura.

—En interdependiente común contexto, es preciso utilizar un tipo de visión que supere las demarcaciones inamovibles de la dualidad, un nuevo enfoque multifactorial; es por ello necesario ser capaces de valorar al otro, sentir empatía, actuar solidariamente, ser tolerantes y estar prestos a servir en responsable obrar —les dijo Inés Trit a sus compañeros de andanzas percatándose de su desasosiego intelectual.

Comprendido el invalorable obsequio que Inés del Prieto Trit llevaba al dicotómico Mundo de los Bits, raudos y veloces regresaron a la paradisíaca isla de Villa Clara, donde tuvieron la ventura de presenciar cómo un grisáceo orbe se convertía en una tierra generosa de colores y dinamismo; entre tanto, aún hoy, los miembros de la Hermandad Nibble sospechan que el anónimo pescador de otrora no era otro que el mismísimo ARPO 247 Trit, aquel cuya esperanza capaz es de mutar lo imposible en inaudita posibilidad.

CARTAPACIO VI: INÉS DEL PRIETO Y LA BÚSQUEDA DEL ESCALÍMETRO DE AVELLANO

Al sudeste de la provincia de Alberta, a 57 kilómetros de la capital, en una bucólica montaña de rocas calizas ornamentada por encinas, enebros (sabinas) y pinos, vivía la maracaibera Inés del Prieto; joven mozuela de nivea piel y larga cabellera azabache, la cual era hija (con estirpe de dragón) del prosista que desde la Tierra Amada por el Sol, lar de bardos gaiteros y dicharacheros rapsodas, escribe, a pesar de lo menguado de su gaudeamus, con la potestad de inmortalizar las gestas de sus verdaderas querencias.

Un venturado día, por aquellas desconocidas (¿?) causalidades del destino, estando Inés en el patio de su hogar (cariñosamente intitulado con el epígrafe: Lular) reflexionando con su amigo Lobito Chispito, metalero y melenudo aguilucho que orgulloso lucía una camiseta con el rostro del escritor gótico Edgar Allan Poe, actualmente vegano aunque en el otrora afecto a las Bollitos del Saladillo, con asombro vieron salir de una fuente seca a dos inesperados personajes.

Se trataba de Chéster el Burgus, *brownie* (duende casero) de morena tez con *kilt* (falda escocesa), cuyo *tartan* pertenecía a la familia de los Peñacoba, y del fraile Carlos del Terán, piadoso abad del monasterio de San Juan de Dios (asentado en la parte oriental del valle del Enlozado, a unos 1.000 metros sobre el nivel del mar); fuera de la fuente, el atribulado monje le reprochó a Chester la forma tan inusitada y alocada empleada para viajar que había desaliñado parte de su negro hábito de porte benedictino.

Chéster se acercó a Inés del Prieto y, antes de dirigirle palabra alguna, sacó (de la parte alta de su calcetín derecho) un pequeño bocado de cuajada con miel, el cual engulló en un santiamén (él no usaba el *sgian dubh* [puñal], pues era afecto practicante del *ahimsa* [la no violencia y respeto a la vida]); una vez que terminó con su improvisado piscoabis, Chéster

le dijo a su maracaibera interlocutora que Pomonorum, príncipe de Caput Castellæ, había hurtado el Escalímetro de Avellano perteneciente al prior ARPO Architectus (Gran Maestre 247 de la Magnum Opus).

—¿Qué tengo yo que ver con ello? —preguntó extrañada Inés del Prieto encogiéndose de brazos—. ¿Por qué, inesperado amigo, recurras a mí?

Chéster le explicó que como Pomonorum era un martinico (trasgo [duende doméstico] con rabo, inquieto, juguetón y travieso que cojeaba de su pierna derecha), el fraile Carlos del Terán recurrió a él (Chéster) para que lo ayudase en la búsqueda del extraviado escalímetro; ante la suplicante petición del eremita, el *brownie* escocés pensó en acudir a Inés del Prieto, pues ella era amiguísima de la sabia hada Elvia, creatura sutil y mágica amada, a pesar de la material distancia, por Inesita como su tía Bella.

Y Chéster no se equivocaba, en efecto, el hada Elvia conocía muy bien todos los pormenores del mundo de los vivarachos y etéreos elementales; de esta manera, y ante la rogativa del quejumbroso fraile Carlos del Terán, además del apetito aventurero del melenudo aguilucho Lobito Chispito, Inés del Prieto llamó a su tía Bella con la palabra mágica: «¡*Corotorum visior!*». Dicho y hecho, como ágil colibrí alado, apareció revoloteando la diminuta y rechoncha figura del hada Elvia luciendo una copiosa cabellera grisácea.

—*Carpe diem!* —exclamó alegre el hada Elvia—. ¡Debemos hablar con la reina *trenti* Oda de la Licia!; sin duda, ella nos dirá qué hacer —agregó optimista la dulce ninfa.

Oda de la Licia era la reina de los duendes traviesos de los bosques que dispensaba maternal afecto como de abuela a la maracaibera Inés del Prieto, ¡la vida siempre guarece motivos para ser vivida y honrada! Así, el quinteto (compuesto por águila, duende, hada y par de humanos) se dirigió al sur de los predios del desfiladero El Yete, feudo donde estaba el Castillo de los 44 Rosales, etérico palacio de la emperatriz Oda de la Licia.

Después de haber escuchado durante todo el camino los suspiros de añoranzas que el cenobita Carlos del Terán exteriorizó por su lejano cenobio, llegaron al Castillo de los

44 Rosales, lugar donde eran esperados por la reina de los *trenti*; luego de un filial abrazo de Inés del Prieto a su celestial Oda y de las respectivas presentaciones, el hada Elvia le contó a su emperatriz lo sucedido con el Escalímetro de Avellano del prior y gran maestre ARPO Architectus, así como, la respectiva petición de ayuda de sus acompañantes.

—El Escalímetro de Avellano lo tiene retenido Pomonorum príncipe de Caput Castellæ —dijo, con solemnidad, Oda de la Licia—. Lo encontrarán en el monasterio de San Juan de Dios, pero debido a un embrujo pronunciado por Pomonorum, no podrán ir hasta allá a través de portales mágicos sino caminando —finalizó Oda de la Licia mirando la angustiada cara del perezoso Chéster.

—¡Abuelita!, dime por favor en qué consiste el hechizo de Pomonorum —preguntó con premura Inés del Prieto a la reina Oda acercándose aún más a ella.

—Únicamente podrán ver lo aparente que, a modo de indescifrable cortinaje, velará, de lo verdadero, sus particularidades —con ternura respondió Oda de la Licia mientras acariciaba la hermosa cabellera de su querida niña (¡El amor!, máxima forma de energía que todo es capaz de potencializar).

Con afán de premura, el fraile Carlos del Terán apresuró a sus cuatro compañeros, abreviando los consabidos agradecimientos por importantísima información y simplificando las tristes despedidas (cuyo resabio amontona, en el corazón, lonjas de penas) pero, justo cuando el quinteto estaba a punto de salir del salón principal del Castillo de los 44 Rosales, en la mente de Inés del Prieto surgió paralizante cuestionamiento: ¿qué ruta rastrear ahora?

—En el principio del Camino del Doral hallarán a mi consorte el rey Adelio Ortegas y él, de seguro, les dirá qué trayecto seguir —les explicó Oda de la Licia sentada en su arbóreo trono.

—¡A cada monarca, su solio! —exclamó con reverencial agradecimiento el cenobita Carlos del Terán antes de retirarse de la hidalga estancia.

Ahora sí, el quinteto de heterogéneos campeadores se enrumbó en pos de su fantástica aventura (que no por lo

inverosímil, imposible), tiempo que aprovechó Lobito Chispito para ejecutar las tonadas del cuarto movimiento de la *Novena sinfonía* de Ludwig van Beethoven (Oda a la alegría) a través de la Flauta (travesera) de Hortezueta. Como lo predijera la reina Oda, en el inicio del Camino del Doral estaba el rey Arpo Ortegas platicando con un monje agustino recoleto que, luego, sabrían que respondía al nombre de Dativo Cueva, religioso y científico.

De forma similar a la reina Oda, el rey Arpo Ortegas dispensaba paternal afecto de abuelo a la inteligente mozuela Inés del Prieto; motivo por el cual, cuando la vio acercarse, a manera de ansiada agua en caluroso desierto, le obsequió un inolvidable abrazo que conmovió a los mismísimos cimientos del humano mundo. El hada Elvia interrumpió el reencuentro de filiales afectos, presentando al fraile Carlos del Terán y comunicando cuanto les informó la reina Oda de la Licia.

Por su parte, el rey Arpo Ortegas aprovechó la oportunidad para presentar al clérigo Dativo Cueva quien, sin pérdida alguna de tiempo y agradecido por los repentinos discípulos, les indicó con culto verbo científico que debido a una deformación en la geometría del espacio-tiempo, ocasionado por el encantamiento del petardista Pomonorum, la desordenada interacción gravitatoria produjo una curvatura en aquéllos introduciendo distorsiones arrítmicas en los movimientos de las partículas cuánticas.

—Esto quiere decir —afortunadamente aclaró, en oportuno instante, el rey Arpo Ortegas— que en cada lugar encontrarán situaciones impensadas, inclusive al llegar al monasterio de San Juan de Dios, las cuales, en su momento, deberán ser solventadas por cada uno de ustedes.

Con el fin de que no erraran en la ruta a seguir en virtud del encantamiento del príncipe de Caput Castellæ, el previsor rey Arpo Ortegas entregó una cartografía mágica que les indicaría los lugares por donde podrían pasar hasta llegar al monasterio de San Juan de Dios, recinto donde el díscolo martinico Pomonorum tenía escondido el Escalímetro de Avellano; el seleccionado para ser el Guardián del Mapa de Arlanza fue el *brownie* escocés Chéster el Burgus.

El precavido (¡qué no cobarde!) Lobito Chispito intentó convencer a su amiga Inés del Prieto de regresar al apacible hogar de ambas sin obtener el triunfo en los anhelos de sus acciones; de esta forma, al inicial quinteto heroico (compuesto por el aguilucho Lobito Chispito, la maracaibera Inés del Prieto, Chéster de Burgus, Carlos del Terán y el hada Elvia) se les unió el agustino científico Dativo Cueva. A una hora de iniciada la aventura de los Seis Campeadores, la encina (parlante-andante) Quercus Llex, frondoso árbol de la hidalga familia de las Fagáceas Pinares, les preguntó qué hacían por ese olvidado recodo del bosque; después de que el hada Elvia respondiera satisfactoriamente a su consulta y percatándose de que la robusta encina tenía velados deseos de hazañas, le invitó a seguirlos; para agradecer el sincero convite de la sutil dama, Quercus se ofreció a trasladarlos montados en sus amarronadas ramas.

Sentados todos en las fuertes y seguras ramas de Quercus Llex, se encaminaron al río Socuy por ser el primer lugar a visitar según el Mapa de Arlanza; durante el trayecto, el hada Elvia se acercó a Inés del Prieto y le obsequió el Confalón de Claravilla, estandarte del tamaño de la palma de la mano que al ser halado (de su punta superior-izquierda e inferior-derecha) alcanzaba mayores dimensiones; esa dádiva, refirió el hada Elvia, le permitiría a Inés distinguir con claridad las ocultas insignias que representan a una nación o colectividad. Acercándose nuestros aventureros a las riberas del río Socuy, pues debían pasarlo para poder continuar con la ruta pautaada, observaron que de súbito el agua ascendió hasta convertirse en una alta y extensa muralla líquida que les impedía proseguir con su camino; ante el frontal escollo acuoso, Inés del Prieto tomó una roca y la lanzó contra la húmeda pared, desapareciendo ésta en acuático remolino de voraz intensidad.

Como atravesar la muralla resultaba visualmente improbable, Inés del Prieto se preguntó si, quizás, fuera posible franquearla por su parte superior; por tal motivo, le pidió al melenuado Lobito Chispito que volando intentara cruzar el antojadizo arroyo; ni corto ni perezoso, el metalero aguilucho emprendió vuelo tan alto como pudo sin lograr

rebasar la muralla líquida, ya que ésta crecía en la misma proporción de la altitud de su planeo.

Entre tanto, el monje científico Dativo Cueva, con perspicaz pericia de docto erudito, se percató de que la acción del hechizo de Pomonorum era limitada, pues estaba sujeta a la restringida cantidad de agua que contenía el caprichoso río a vadear. Esta información permitió que el Hada Elvia ideara un genial plan; para ello, y previo a la ejecución de su intento, solicitó la presencia de 100 lamias (juguetonas hadas de los ríos) así como de un centenar de janas (retozonas hadas de los bosques).

La idea consistía en que las 200 hadas se acercarán al hechizado arroyuelo Socuy formando una veloz columna horizontal para, cuando estuvieran justo frente a éste, dividirse en dos partes iguales, yendo un centenar a la izquierda mientras las otras 100 a la derecha. Como el hada Elvia lideraría la operación, aprovechó los minutos precedentes a la acción para despedirse de su querida Inesita y desearle al grupo los mejores resultados en su heroica gesta.

Debido a la angustiante atmósfera previa a la ejecución del elviano plan, el nervioso Lobito Chispito decidió obsequiar a Inés del Prieto, cual prematura dote que prevé triste desenlace, su Flauta de Hortezuero con el objeto de que ella fuera capaz de valorar las verdaderas exquisitas tonadas que la vida ofrenda por doquier; luego del emotivo regalo del aguilucho, se llevó a cabo la estratagema planificada, obteniendo como resultado que, cuando las hadas se dividieron en dos grupos, la muralla de agua remedó lo hecho por las sutiles féminas.

En efecto, la vertical pared líquida se fraccionó en dos porciones iguales, una a diestra y otra a siniestra, intentando desesperadamente impedirles a las veloces hadas que pudieran franquear su cauce; este acontecimiento constituyó la oportunidad para que el grupo de adalides (otra vez los Seis Campeadores), asidos a algunas ramas de la espabilada encina Quercus Llex, pasaran apresuradamente y sin dificultad el ahora atónito río Socuy hasta hallarse a salvo en su costa oriental.

Repuestos de la húmeda dificultad de otrora, Chéster tomó el Mapa de Arlanza viendo en él que el próximo sitio al cual

debían ir era la iglesia de San Pedro Spes, pequeño templo románico ubicado en la Plaza Mayor de la comarca; después, cuando el brownie escocés finalizó de anunciar el próximo destino de los Seis Campeadores, Inés del Prieto observó cómo el agustino científico Dativo Cueva secaba con extrema dedicación un reluciente y menudo hierro magnético.

Percatándose fray Dativo Cueva de la curiosidad que en Inés del Prieto despertó la pequeña barra de material ferromagnético que él escurría, decidió obsequiársela indicándole que se trataba del Imán Calasanz, el cual podría utilizar toda vez que necesitara descubrir los punzantes artilugios escondidos subrepticamente en derredor. Así, y sin hacer esperar más al ansioso destino, de nuevo se montaron en las seguras ramas de la frondosa encina *Quercus Llex* con el fin de retomar su interrumpido peregrinar.

Al llegar a la pequeña Plaza Mayor del villorrio, contemplaron la antigua iglesia de San Pedro Spes, destacada por unas hermosas columnas cilíndricas de piedra y artesonado de madera, cercada con una inusual oscuridad que no permitía visualizar cosa o camino alguno en derredor a ella; a pesar de lo evidenciado a través de la vista, Chéster el Burgus insistía en que, sin duda alguna, el Mapa de Arlanza indicaba el templo del Príncipe de los Apóstoles como inmediato punto de reunión.

¿Qué desconocido acertijo impedía, de las luces del preclaro entendimiento, su inmediato centelleo? Arropado en evidente angustia y premura, el fraile Carlos del Terán voceó contados: «¡Hola! ¿Hay alguien allí?», con la esperanza de recibir humana contestación que clarificara el umbroso ambiente envolvente; por su parte, el cabizbajo monje Dativo Cueva, en medio de esa silenciosa y oscura atmósfera de tensa calma, reflexionaba acerca de la posible solución para la actual coyuntura mientras el asustadizo Lobito Chispito miraba aterrado a su alrededor.

—¡La ciencia es la luz que guía al humano entendimiento! —entusiasmado, de forma repentina manifestó el monje científico Dativo Cueva, propinándole así un fulminante susto a Lobito Chispito quien, cayendo de las seguras ramas de la encina *Quercus Llex*, fue a parar al helado suelo del villorrio.

Ahora, intempestivo dilema que sustituye el supuesto finiquito del aprieto por el inicio del proceso indagatorio, ¿qué tipo de energía vitalizante utilizar para con ésta potencializar la luminosidad de la ciencia? El erudito agustino Dativo Cueva no atinaba, por mucho que obstinadamente lo meditaba, con la fuerza requerida en medio de un ámbito oscuro y totalmente carente de cualquier forma de energía; en ese momento, como luz que brilla en medio de las tinieblas...

—A quien bien cree, Dios le provee —pensativa, musitó en voz baja Inés del Prieto—. ¡Eso es! ¡Ya tengo la solución a este noctívago embrollo! —agregó, a gritos y entusiasmada, la niña de los ojos de aquel que en el anonimato y desde la distancia escribe fantásticas narrativas.

—¡Apresuraos, Inesita, apresuraos!; dinos, mira que del estar en ascuas desfallecemos por tus incógnitas —le rogó, con sus alas entrelazadas, el metalero aguilucho Lobito Chispita.

—La fuerza que necesita la ciencia para potencializar su luz es: ¡la fe! —respondió satisfecha Inés del Prieto por su oportuna destreza heurística (de descubrimiento); obteniendo, de esta manera, una merecida ovación por parte de sus agradecidos compañeros de hazañas.

Sin demora alguna, y luego de escuchar a Inés del Prieto, el monje científico Dativo Cueva decidió acercarse a la puerta principal de la iglesia e iniciar unas litúrgicas rogativas; de repente, en lontananza, visualizaron un punto luminoso que les mostraba parte del camino a seguir. El erudito agustino les indicó que fueran donde estaba la lumbrera mientras él continuaba con sus preces, pues óptimos resultados les habían brindado; el reinicio del andar hizo que Lobito Chispito se guareciera nuevamente, lo mejor posible a su entender, en la tupida cresta de Quercus Llex.

Con seguras, aunque acompasadas pisadas, la encina Quercus Llex (portando en su ramaje a sus cuatro compañeros) se acercó cautelosamente a la espectral e inmóvil figura que destellaba luminosamente en medio de la circundante oscuridad; el ente lumínico, sin percatarse de los camaradas que tenía en sus ramas el frondoso árbol, esperó sosegadamente que el caminante estuviera muy cerca de él para decirle:

—¡Hola!, frondoso arbolillo de magnánimas dimensiones; me llamo Tairo Petrov del Peloteo, hidalgo militar de valiente trayectoria.

Quercus Llex había quedado paralizado y silenciosamente anonadado ante tal revelación; ¡no podía ser!, el mismísimo Tairo Farfullador o por lo menos su brillante espectral aparición estaba frente a ellos. Sin poder contener su curiosidad por más tiempo, Inés del Prieto decidió bajarse apresuradamente de la muda y agarrotada encina, a pesar de los ruegos de su amigo Lobito Chispito, para que no lo hiciera.

—¡Hola! Me llamo Inés del Prieto y estos son mis amigos y compañeros de gesta.

—¡De tal árbol, tal maderal —exclamó Tairo Farfullador cuando vio a la moza maracaibera bajarse de Quercus Llex—. ¡Ya lo sé!, y por eso estoy aquí; primero, para felicitarlos por haber sabido llegar hasta este lugar y, segundo, para obsequiarles como galardón la Divisa Castrense del Campeador. Con esta insignia encontrarán al ignoto militar que deban hallar —aclaró Tairo Petrov del Peloteo.

Luego de los consabidos agradecimientos y de las amables despedidas para con Tairo Farfullador, el quinteto de aventureros reanudó su marcha montados en Quercus Llex hasta una glorieta donde desaparecieron las oscuras tinieblas del pasado; allí, Chéster el Burgus aprovechó para hojear el Mapa de Arlanza y así saber a dónde debían ir en esa oportunidad, resultando el Museo de los Sonidos de la Tierra el lugar apuntado por la mágica cartografía.

Sin perder el tiempo, con solícita celeridad, el quinteto tomó la tradicional calle Carabobo, doblaron en la esquina donde estaba la casa rural Las Cuatro Letras y, después de la calle Encina, epígrafe que conmovió con sonriente alegría al atolondrado árbol Quercus Llex, hallaron el museo buscado; pero, ¡oh infortunio de los terrestres azares!, tanto la puerta principal como la ventana de su frontal balconcillo estaban cerrados.

¿Con qué sibilina finalidad el Mapa de Arlanza los había llevado a un lugar totalmente clausurado por las adversidades del futuro destino? ¿Si no podían ingresar en el Museo de los

Sonidos de la Tierra, qué debían hacer ahora? El melenudo Lobito Chispito, quizás motivado por su afinidad con la música o debido a un repentino ataque de desaliento, intentó abrir el portal de ingreso sin ni siquiera levemente moverlo. Una vez que se cansaron de insistir en abrir a la fuerza la impenetrable puerta principal del museo, al unísono optaron por continuar su andar, pero cuando pasaron los lindes de la galería, un horrendo y atronador ruido, salido de los ignotos resquicios de lo desconocido, imposibilitó que prosiguieran con su marcha; en efecto, cada vez que intentaban continuar el misterioso bullicio paralizaba sus deseos y acciones.

Casi al punto del desánimo total (¿Será que lo imposible esconde posibilidad en sus aprendizajes?), Inés del Prieto recordó la Flauta de Hortezuero que el metalero Lobito Chispito le había obsequiado en un angustioso momento de incertidumbre; entonces, luego de haberse iluminado su rostro con las pintorescas tonalidades de la roncera certeza, la mozuela maracaibera le dio el instrumento musical de viento al melenudo aguilucho y le pidió que tocara las tonalidades de una canción frente al hermético museo.

Raudo y veloz, pues los frutos de la esperanza se degustan en la inmediatez de lo próximo, Lobito Chispito se ubicó justo frente a la entrada al Museo de los Sonidos de la Tierra, colocó la Flauta de Hortezuero en su pico e interpretó magistralmente las notas de *Excelsior* del grupo musical Nox Arcana; inmediatamente, por arte de magia, se abrieron la puerta principal y el ventanal del balconcillo frontal, permitiendo así la salida del sonido de cada instrumento (ubicados en la galería de dos pisos) que imitaban las tonadas del melenudo aguilucho.

Satisfecha la metalera ave con su armonioso acierto que desbarató el sortilegio de insoportables ruidos, le hizo una seña a su amiga Inés del Prieto para que se acercara a él; cuando ella estuvo a su lado, el inspirado Lobito Chispito le regresó rápidamente la Flauta de Hortezuero; en ese momento, el melenudo aguilucho empezó a dirigir con sus alas a la improvisada e invisible orquesta, no sin antes indicarles a sus compañeros que prosiguieran con su rumbo. Melancólica Inés del Prieto, por haber dejado atrás a su

plumífero amigo, aunque éste se hallaba encantado con las sonoras artes de la musa Euterpe (inspiración musical), no se enteró cuando Chéster el Burgus dijo que el Mapa de Arlanza indicaba algunos metros más adelante, como nuevo lugar al cual concurrir, una tal «Bochinche de los Jefes»; con esta ambigua información, el ahora cuarteto prosiguió su andar hasta el momento que un susodicho «Jefe Principal» se les presentó exigiéndoles que encontraran a Cuchillón.

Unos cuantos arbóreos pasos (de la encina *Quercus Llex*) más adelante, y aún con la incógnita de cómo hallar al ignoto Cuchillón, vieron que los aldeanos estaban en las calles de la comarca como buscando a alguien conocido cuyo paradero era ignorado; el mocerío estaba ataviado con chalecos y polainas de borrego, además de cencerros y campanillas, en tanto los más adultos portaban capas de punto con capuchas (los hombres) y faldas largas las mujeres.

¿Sería que todo el villorrio buscaba al extraviado Cuchillón y quien primero le encontrara, obtendría el laurel de continuar con su viaje? Pero, ¿cómo lograrlo? Mientras sus compañeros se preocupaban en el qué hacer, Inés se ocupó del qué saber; de esta manera, cual espontánea y pertinente revelación, recordó que el docto agustino Dativo Cueva le había conferido el Imán Calasanz con el objetivo de utilizarlo cuando «necesitara descubrir los punzantes artilugios escondidos en derredor».

Sin procrastinar de los buenos augurios que obsequia la servicial providencia, Inés del Prieto, de su modesta alforja tricolor (desconocida para todos hasta el momento) esperanzada, sacó el pulido y reluciente Imán Calasanz para apuntar con él cada uno de los cuatro puntos cardinales cuando, de repente, observaron que desde el lejano sur se acercaba con cierta velocidad a la piedra magnética un brillante y afilado ente antropomórfico.

—¡He aquí a Cuchillón! Como me habéis encontrado, siendo yo en lo pretérito extraviado, os informo de que precedo a mi camarada Abanderado.

Cuchillón, de igual manera que a escena se incorporó, desapareció con premura entre la muchedumbre sin dar mayor detalle de qué debía hacer ahora nuestro cuarteto de

adalides. En esta oportunidad, todos esperaron a que Inés del Prieto pensara cómo desenmarañar el acertijo de Cuchillón; y no erraron, pues la mozuela maracaibera recordó que el hada Elvia, su amada tía Bella, le había concedido el Confalón de Claravilla para que distinguiera «con claridad las ocultas insignias que representan a una nación o colectividad».

Otra vez hurgando en su mimética mochila tricolor, Inés del Prieto sacó el diminuto Confalón de Claravilla y lo colocó sobre la palma de su mano, pidiéndole a Chéster el Burgus que halara de su punta inferior-derecha mientras el fraile Carlos del Terán estiraría el vértice superior-izquierdo; terminada la faena, el confalón se había convertido en una amplia insignia que desde el norte atrajo a un cortés individuo trajeado con banderas multicolores.

—¡He aquí a Abanderado! Como me habéis hallado, siendo yo en el pasado extraviado, os comunico que antecede a mi compañero Capitán.

Al igual que Cuchillón, Abanderado se fue de la misma manera como vino sin aclarar, con inequívocas certezas, las incógnitas futuras. Ni corto ni perezoso y sin previo aviso, Chéster el Burgus empezó a husmear en el tricolor morral de Inés del Prieto, sacando de éste, con su mano derecha, la Divisa Castrense del Campeador que el hidalgo Tairo Petrov del Peloteo le había suministrado a la mozuela maracaibera para que con ella «encontrara al ignoto militar que deban hallar».

Chéster el Burgus, a petición del cenobita Carlos del Terán, le dio la reluciente Divisa Castrense del Campeador a la encina Quercus Llex para que ésta (debido a su enorme tamaño), desde lo alto y por sobre su follaje, la mostrara a la comarca entera; pasados algunos segundos, la estratagema tuvo sus positivos resultados, pues desde el este vino, en solemne marcha, un militar con sinnúmero de inquietas y sonoras condecoraciones.

—¡He aquí a Capitán! Como me habéis descubierto, estando yo en el otrora perdido, os notifico que anticipo a mi edecán Tamborilero.

Después de haber pedido permiso para retirarse y de ejecutar una impecable media vuelta, Capitán desapareció marchando entre las callejas del villorrio. En la alforja tricolor de Inés

del Prieto sólo quedaba la Flauta de Hortezuero, pero ¿quién sería capaz de utilizarla? Unos a otros se miraron hasta cuando la concentrada mozuela maracaibera exclamó: «¡*Recorotorum visior!*»; el silente ambiente desapareció cuando escucharon un batir de alas... Era el metalero aguilucho Lobito Chispito, que alegre regresaba a la fraternal compañía de sus amigos.

En efecto, Lobito Chispito retornó triunfante y con la leal disposición de ayudar nuevamente a sus compañeros de gesta; de esta forma, el melenudo aguilucho tomó la Flauta de Hortezuero, la colocó en su pico e interpretó las espléndidas tonadas del himno cristiano *Amazing grace* (Sublime gracia) escrito por el clérigo y poeta inglés John Newton; debido a esto, en lontananza (específicamente del oeste) escucharon el rítmico sonido de un redoblante que a ellos se acercó portado por un campechano caballero.

—¡He aquí a Tamborilero! Como me habéis pillado, estando yo en lo pretérito velado, os anuncio que para llegar al monasterio de San Juan de Dios debéis primero ganar la Carrera de Soplao Expedito.

—¿Eres tú el Poeta del Ciprés de la Cascada: Don Manito de la Picola? —preguntó, entre extrañado y complacido, el eremita Carlos del Terán.

—¡En efecto, lo soy! —respondió emocionado don Manito de la Picola.

Acto seguido, el fraile Carlos del Terán les presentó a sus amigos a Don Manito, ocasión que aprovechó el poeta para indicarles que en la Carrera de Soplao Expedito se enfrentarían al pícaro señor Res Mollejáo, especialista en dolosos artilugios; debido a ello, Don Manito les recomendó que concursaran con el tricicarro (de nombre Carrula) conducido por el caballero Luisito de los Olivos, el cual solo pidió a cambio una surtida ración de almojábanas con queso fresco de Perijá.

Todos estuvieron de acuerdo con la propuesta de don Manito de la Picola, también acordaron que en la parte trasera del tricicarro Carrula (el cual sería conducido por Luisito de los Olivos) iría la encina *Quercus Llex*; por su parte, a Res Mollejáo lo acompañaría su larguirucho

compinche Probologno de los Bancos. Estando todo listo para el recorrido, Capitán dio la largada; como el tricicarro de Res Mollejão era veloz, Quercus Llex decidió contribuir con la rapidez de Carrula, impulsándola a diestra y siniestra con sus ramas.

Chéster el Burgus siguió cada detalle de la vertiginosa carrera en tanto degustaba de cuajadas con miel junto a su compañera Inés del Prieto, quien, como se percató de que Probologno gritaba a Res Mollejão la dirección errada en la cual «debía» doblar para así confundir a Luisito, le pidió a Lobito Chispito que con antelación avisara al Caballero de los Olivos hacia dónde debía realmente cruzar; Quercus Llex ayudó en cada maniobra agarrando con una de sus ramas el farol de la esquina donde doblaban mientras, con la otra, asía a Carrula.

De este modo, Probologno de los Bancos notó que Carrula estaba adquiriendo más velocidad, pudiéndolos pronto rebasar, por lo cual, decidió lanzar trozos de madera en el camino que sería transitado por Carrula; muy pendiente Quercus Llex de los roñosos deseos del infantiloides Probologno, cada vez que debían sortear un fragmento tomaba por los costados al tricicarro de Luisito y lo empujaba hacia arriba franqueando el peligro sin dificultad; efectivamente, el Caballero de los Olivos y la frondosa encina fueron los primeros en cruzar la meta.

Sin dilación, el fraile Carlos del Terán se acercó a los ganadores para, desde allí, celebrar un *Te deum laudamus* en honor al expedito triunfo de Quercus Llex y Luisito de los Olivos (con su rápida Carrula); mientras tanto, Inés del Prieto concluyó que la finalidad de la carrera no fue el vencer al otro sino el superarse a sí mismo manteniendo una armónica relación de interdependencia entre el humano y la naturaleza.

Entusiasmado Quercus Llex con lo emocionante de las competencias de velocidad y lo divertido del mundo de los bólicos, decidió quedarse con su nuevo amigo: el caballero Luisito de los Olivos; por su parte, Don Manito de la Picola prometió guiar a los cuatro restantes (Inés del Prieto, el melenudo aguilucho Lobito Chispito, Chéster el Burgus y el cenobita Carlos del Terán) hasta el aún encantado monasterio de San Juan de Dios.

Una vez que todos se despidieron del inolvidable Quercus Llex, encina de la patricia familia de las Fagáceas Pinares, iniciaron el último trayecto de su fantástica odisea. En menos de 30 minutos llegaron al lugar donde apreciaron el ansiado cenobio envuelto en abundante y brumosa neblina que les impedía ingresar a él. ¿Ahora qué debían hacer? Don Manito de la Picola se apartó unos segundos de nuestros cuatro campeones, como meditando una posibilidad; de inmediato, se acercó a la vaporosa niebla y recitó:

—Solemne pértiga
rodeada de devoción agreste
que al humano unes con el celeste;
ahora ante ti, a orillas de Arlanza,
nuestros ojos emigran en desesperanza
sin forma alguna que se les manifieste.

Muéstranos, pues,
imponente torreón de fragosos filos,
las buscadas formas
que no vemos a modo de inmaduros pupilos,
oh taciturno ciprés, que silente nos confortas.

En el momento en que don Manito de la Picola finalizó las estrofas de su poema, *el Ciprés de san Rafael*, desapareció la brumosa neblina develando la antigua infraestructura (obra maestra del románico español) del monasterio de San Juan de Dios. Cuando intentaron ingresar en él, advirtieron que las puertas estaban cerradas; por ello, Inés del Prieto le pidió a Chéster el Burgus que revisara el Mapa de Arlanza; acatando la solicitud, el *brownie* escocés les informó que la mágica cartografía indicaba como entrada a la Puerta de Agnes.

Cuando ingresaron al silencioso cenobio, los estaba esperando el avergonzado martinico Pomonorum, príncipe de Caput Castellæ, con el Escalímetro de Avellano; él les refirió que tomó el instrumento arquitectónico, pues deseaba aquello que a muchos apasiona: «poder!», con el cual gobernar como un verdadero monarca todos sus feudos, pero nuestros campeadores le habían enseñado que preferible es ser de los pocos héroes que en el servicio encuentran la fuerza transformadora de mando y ejecución.

—Amigo Pomonorum, detentar el Escalímetro de Avellano

es símbolo de creatividad y no de poder. ¿Qué cualidades has desarrollado para gobernar? Mientras el poder se ejerce, la autoridad se conquista venciendo a sí mismo. Toma el conocimiento, llénalo de comprensión, adiéstralo con destrezas, afínalo con empatía, tamízalo con solidaridad y fortalécelo con responsabilidad; allí hallarás el poder de acción (fuerza) que buscas, no el mando por la impuesta sujeción —le dijo inspirada Inés del Prieto al príncipe martinico.

—¡Huir cuando es menester, con honra se puede hacer! — exclamó Pomonorum al marcharse, no sin antes entregarle el escalímetro del gran maestre ARPO 247 al fraile Carlos del Terán.

Desde ese reluciente crepúsculo, como jamás había sucedido, amaneció nueva alborada en la localidad maracaibera de San Juan de Dios, provincia de Alberta (en la comunidad autónoma de Panatella y Portillo), que se caracteriza por sus bucólicos paisajes, pacíficas comarcas, encantadoras geografías, fervorosas tradiciones y la más asombrosa de las humanas crónicas: Inés del Prieto y la Búsqueda del Escalímetro de Avellano.

CARTAPACIO VII: INÉS DEL PRIETO Y LA NOCHE OSCURA DE PICOLABURY

Apaciguada mi vacía alma, estimado inmaterial amigo del orbe terrestre, en las frías faldas de empinada montaña, mientras habito, con melancólica soledad en la resta de verdaderos amores, en el último habitáculo de invernal terruño; elijo acobijarme en densa oscuridad, ya que a mi abatida entidad mortal obsequia residuos de alegría en pasada historia, emulando así prístinos titanes de hercúleas fuerzas, pues a las letras se les antoja, a mis requerimientos, no responderles.

La familiar comarca Picolabury es un pequeño poblado de casas no adosadas precedido por la casi circular arboleda de Monte Claro, la cual, pertenece al municipio de Cadillo el Grande y se encuentra ubicada en el extremo norte de la provincia Carraspera; en esta bucólica aldea (de filtrada agua, económicas tortas, algún que otro aroma a benzina y magnetizadas hojas que se adhieren a las calzadas), vive Inés del Prieto con sus amados abuelos Adelio Ortega y Oda del Portillo.

En las domésticas recámaras de ese pequeño hogar, pero no por lo chico infortunado, a Inés del Prieto le fascinaba sentarse al lado de su octogenario abuelo Adelio Ortega en el improvisado laboratorio de éste, pues allí estaba la mágica Celosía de los Dichos y Susodichos que el anciano utilizaba para explicarle a Inesita las verdades no evidentes del cotidiano vivir mientras, en la cocina, la buena madre Oda del Portillo les preparaba unos sabrosísimos tumbarranchos maracaiberos.

Una dichosa noche, a la manera de repentina caricia de quien tanto amas, el alegre trío, entretanto culminaban de degustar los exquisitos tumbarranchos de Oditá, escucharon unos golpes provenientes del cuarto de Inés del Prieto; cuando se acercaron a ver qué sucedía, observaron (sobre la cama) a un pequeño duende (¿?) con cabello negro largo, tez blanca, cada ojo parecía una fogata azabache, escarlata sombrero tricornio de copa alta, chaqueta negra de cuero, muñequeras de cuero y metal, pantalón de camuflaje con tonos pardos, y negras botas castrenses.

El diminuto ser, pues medía 40 centímetros, golpeaba rítmicamente una pequeña olla con una guitarra eléctrica Budokan Les Paul; al ver a la terna de humanos que ingresaron repentinamente al cuarto donde él estaba, apresuradamente se presentó como Ñañitus de Guarapera, gótico *leprechaun* que, según su explicación, había tomado un «Anillo de Hadas» con el fin de teletransportarse dentro de su marmita-vehículo Olletum (olla a la cual golpeaba) a las Tierras Inflables del Doral M donde acostumbraba a brincotear con su larguirucho amigo Tuquecón de Halicarnaso.

—¿Y por qué apareciste aquí, sobre mi cama? —le preguntó Inés del Prieto consternada.

Según Ñañitus de Guarapera, pocos minutos antes Tuquecón de Halicarnaso y él se introdujeron en la azabache Olletum, la cual los llevó levitando hasta el mencionado «*drumlin* M-144» («Anillo de Hadas M-144», en castizo lenguaje de duendes), pero cuando ingresaron en éste algo desconocido aconteció que los hizo aparecer sobre la cama de Inés del Prieto; entonces, en virtud de lo acaecido, Ñañitus decidió salir de Olletum para propinarle unos «reparadores» guitarrazos creyendo que el artefacto móvil se había, de súbito, descompuesto.

—¡Yo le dije que descompostura de Olletum no era! Efecto de la Noche Oscura sí padecemos —expresó seguro Tuquecón después de sacar su cabeza del interior de Olletum.

Lo dicho de forma enigmática por el recién aparecido Tuquecón de Halicarnaso generó una silenciosa pausa de misteriosa atmósfera que no era anulada por las luces del entendimiento; en ese momento, y previo a unos segundos de profunda meditación, el sabio Adelio Ortega y Prieto decidió ir en búsqueda de algo a su hogareño laboratorio. ¿Será que el tesoro de los libros, tarde o temprano, los frutos de las soluciones nos suministra con pródigas visiones?

—¡Lo sabía! —exclamó entusiasmado Adelio Ortega al regresar rápidamente de su laboratorio y entrar nuevamente al cuarto de su nieta portando un libro azul en sus manos—. El gran iniciado ARPO 247, en su tratado acerca del *Alpha 1*, indicó que la Tenebris Noctis (Noche Oscura) se produce cada 2.149 años luego de un período de transición

de cuarenta primaveras debido a los efectos del rayo cósmico Bond; la finalidad de esta eventualidad —continuó, apasionadamente, el anciano arquitecto—, es procurar el salto cuántico espiritual del humano (paso de un estadio de energía menor a otro mayor menos denso) logrando así un incremento en su estado hominal —concluyó eufórico Adelio Ortega y Prieto, pues siempre la posibilidad de lo imposible su fascinación fue.

Por su parte, Ñañitus de Guarapera, visiblemente inquieto, le preguntó a Adelio Ortega qué debían hacer para que la Noche Oscura de Picolabury desapareciera al resplandecer nuevamente el Sol y, de esta manera, él podría continuar con su viaje a las altas Tierras Inflables del Doral M; el encantador anciano le respondió, leyendo otra porción del tratado Alpha 1, que la respuesta la hallarían en la cercana Fortaleza del Alzao en su torre vigía Tabardillo.

Ni cortos ni perezosos, Ñañitus y el aún incógnito Tuquecón le suplicaron a la valiente Inés del Prieto que los acompañara hasta la Fortaleza del Alzao; mirando con evidente ansia de aventura a sus abuelos, silentemente Inesita pidió permiso a sus parientes obteniendo de ellos un «¡sí!» rotundo. Antes de iniciar el viaje a la autorrealización, Inés del Prieto escribió (con marcador azul) en un trozo de papel blanco: «Te amo, abuelo»; el cual, Adelio Ortega y Prieto colocó para la eternidad en su corazón, así como en la mágica Celosía de los Dichos y Susodichos.

Listos y prestos para la aventura: Inés del Prieto, Ñañitus de Guarapera, Tuquecón de Halicarnaso y la marmita-vehículo Olletum, en el frontis de la casa de Inesita evidenciaron cómo la Noche Oscura no permitía distinguir casi nada en virtud de lo denso de sus tinieblas: ¡ay de los percances que agobian el andar del viandante!; por fortuna, ¡oh futura alborada que se espera!, frente a ellos pasaba una vaporosa nube a ras de la tierra.

—¡Hola, brumoso nimbo! ¿Adónde vas? —sin perder el tiempo le preguntó Inés del Prieto al pasajero nubarrón.

—Niña de mis ojos, debiste preguntar primero quién soy; mi nombre es Chubasco de Sotavento, brioso celaje que sufre de acrofobia (miedo a las alturas); me dirijo al feudo Terra

Spes, provincia del No-ser —les respondió Chubasco entre sonoras bocanadas de aire al inhalar y exhalar.

—Mi nombre es Inés del Prieto y ellos son mis amigos Ñañitus, Tuquecón y Olletum; vamos a la Fortaleza del Alzao, ¿puedes llevarnos hasta allá? —pidió Inesita acercándose a Chubasco.

—¡Sí!, no hay problema; móntense sobre mi vaporoso costado —alegre respondió Chubasco por la inesperada compañía.

Con las irremplazables y prolíficas bendiciones del par de venerables abuelos, cuyos corazones ya anhelaban el pronto retorno de su Tierna Corderilla (Inesita), el heterogéneo cuarteto se ubicó sobre el frío nubarrón Chubasco de Sotavento para iniciar, de una vez por todas, su viaje a la próxima Fortaleza del Alzao; durante el camino, Ñañitus y Tuquecón iban dentro de Olletum, la cual levitaba cinco centímetros sobre la espalda de Chubasco.

Tuquecón, atraído por la gaseosa complexión de Chubasco, salió (¡al fin!) de Olletum para platicar con el nubarrón durante la oscura travesía; el larguirucho (de 50 centímetros) tuqueque (lagartija insectívora de color pardo) vestía con un verdoso mameluco (con capucha sin ser usada) que intentaba remedar a la escamosa piel de un fiero dragón; por su parte, Ñañitus, aún dentro de Olletum le explicó a Inés del Prieto que Tuquecón poseía el *ars cantorum viloriam* (cántico del enamorado que embelesa a las chicuelas y atolondra a los mozuelos), poderosa maña que embelesaba por horas a quien lo escuchase.

—¿Y tú, Ñañitus, posees algún tipo de *ars*? —preguntó Inés del Prieto, interrumpiendo la detallada dilucidación del gótico duende.

En cuanto a él (Ñañitus de Guarapera), afirmó orgullosamente que controlaba a la perfección el *ars invisibilis* (artimaña de invisibilidad) con la cual podía volver impalpable, a voluntad, cualquier ente, así como a él mismo; también, dijo poseer el *ars volare* (disciplina para volar) cuyo poder le capacitaba para levantar en el aire, por el tiempo que aquél quisiera, a cualquier objeto (él incluido); acotó al final de su perorata, que como Olletum pertenecía a la grácil familia de los Caldarium, poseía el *ars volare* desde su nacimiento.

Orientados por el etérico sexto sentido de Chubasco de Sotavento, y gracias a su rápido movimiento flotante, nuestros cuatro campeadores llegaron pronto al frente de la barbacana de la imponente Fortaleza del Alzao; allí, y después de haber bajado del lomo de la acrófoba nube (Ñañitus todavía dentro de Olletum), el cuarteto le agradeció el aventón quedando Tuquecón con la pronosticadora convicción de que, luego, volvería a ver al amistoso celaje.

Después de alejarse melancólicamente, Chubasco de Sotavento, pues debía despedirse de sus nuevos amigos, prosiguió su camino en búsqueda del feudo de Terra Spes; por su parte, con gran dificultad los cuatro adalides, debido a la copiosa oscuridad que no permitía visualizar con claridad el camino por el cual transitar, se acercaron al puente levadizo del alcázar sin que suceso alguno aconteciera; transcurridos unos segundos que para ellos fueron prolongados años, vieron que una antropomórfica rechoncha sombra se les acercaba.

—¡Me llamo Wachiman Bajareque, oriundo del Empedrao; y este es mi amigo Rotundus Piedrapesada! —les dijo señalando a un cercano globo rojo con corbata negra de lazo (pajarita) el cual expelía luz en derredor—. ¡Recuerden siempre no confundir el estar con el ser! Me desempeño como Cerbero de las Llaves Reales. ¿Y ustedes? ¿En qué les puedo colaborar? —concluyó preguntándoles el servicial maestresala, mientras que Ñañitus y Tuquecón, fascinados por la poca común forma de Wachiman Bajareque, se acercaron a éste, siempre dentro de la segura Olletum, con imprudentes miradas indagatorias.

Wachiman poseía la forma de un peón blanco de ajedrez, en su redonda cabeza tenía unas prominentes gafas de pasta de las cuales sobresalían unas pequeñas y cuadradas cejas, su boca era redonda y chica; portaba una escarlata capa romana abrochada con fíbula sobre su hombro derecho, así como, negras calzas largas; no poseía extremidades superiores ni inferiores, motivo por el cual, para caminar, debía dar consecutivos saltos hacia donde se dirigiera.

—¡Mi nombre es Inés del Prieto y estos son mis amigos Ñañitus, Tuquecón y Olletum! Venimos de villa Picolabury a platicar con el huésped que habita en la torre vigía Tabardillo

—explicó Inesita mientras Ñañitus y Tuquecón asentían con sus cabezas a cuanto aquélla exponía.

—¡Ah!, desean audiencia con el historiador Cocho Pacho del Brollo —exclamó sonriente Wachiman Bajareque.

Una vez aclarado el porqué de la visita, Wachiman, siempre acompañado y alumbrado por su flotante ayudante Rotundus Piedrapesada (perito en la ciencia del mutismo), fue guiando a Inés del Prieto y amigos por los distintos pasillos de la fortaleza; como el oscuro ambiente dentro del baluarte se tornaba para Ñañitus algo fantasmagórica, el asustadizo *leprechaun* intermitentemente desaparecía y aparecía en la medida que la luz reflejada por Rotundus sobre los objetos del alcázar producía tétricas sombras.

Cuando llegaron a la estancia superior de la torre vigía Tabardillo (según la notificación de Wachiman) y luego de haber subido ocho «interminables» pisos, se encontraron dentro de un amplio salón circular que, por la incontable cantidad de libros apilados, parecía ser la bien provista biblioteca de alguien; allí, y frente a ellos, estaba colocado sobre una mesa un colosal vetusto libro (con su carátula principal hacia arriba y de título: *Lux in tenebris*) el cual, a la indagadora Inés del Prieto, le pareció particularmente llamativo.

—¡Quién bien leyera, conveniente escribirá y apropiado hablará! —se oyó en el recinto sin saber quién anunciaba ese aforismo—. Me conocen como Cocho Pacho del Brollo —prosiguió el inmaterial sonido que parecía provenir del libro ubicado sobre la mesilla central del aposento circular—, ¿para qué me buscáis? —preguntó la voz que efectivamente era pronunciada por el descomunal texto, el cual, tenía un vistoso mostacho cenizo, diminutos puntos a modo de ojos y un opaco color verde.

—Mi nombre es Inés del Prieto y estos son mis amigos: Ñañitus, Tuquecón y Olletum; deseamos saber qué debemos hacer para terminar con la Noche Oscura de Picolabury —explicó Inesita acercándose a Cocho Pacho.

—¡Ah!, entonces vosotros sois el quinto equipo de la ontogénesis... —indicó enigmáticamente el parlante libro.

—«Quinto equipo de la» ¿qué? —preguntó contrariada Inés del Prieto.

—La respuesta a tu petición, mi querida corderilla, está en seguir las lumínicas indicaciones del cayado Dux del hermano Ángel García L’Hermitage, el cual, los está esperando en el próximo Portón de San Marcelino —respondió complacido Cocho Pacho a Inés del Prieto.

—¡Rotundus y yo los podemos llevar hasta el Portón de San Marcelino! —se ofreció desinteresadamente Wachiman Bajareque junto a su inseparable amigo Rotundus Piedrapesada.

Aceptado el ofrecimiento de Wachiman y Rotundus, nuestros héroes se despidieron de Cocho Pacho del Brollo agradeciéndole (¡Llave mágica de muchas puertas es la gratitud!) por la información obsequiada. Así, los seis salieron de la Fortaleza del Alzao guiados en la vanguardia (y en medio de la penumbra) por el luminoso Rotundus y Wachiman; durante toda la ruta al Portón de San Marcelino, Olletum estuvo cerca del resplandeciente globo hablando silentemente como les es pertinente a los fantásticos objetos. Ya cerca del Portón de San Marcelino, debajo de éste, se podía ver la figura erguida de un religioso sosteniendo un callado cuya punta producía una brillante luz roja; según Wachiman, se trataba del hermano Ángel García L’Hermitage (de tez blanca y cabello liso negro), quien vestía una túnica talar con cinturón (de los Hijos de Elías), capucha, manto de color castaño y par de borceguíes puntiagudos como calzado; al ver el fraile a nuestros adalides, les hizo señas con su brazo izquierdo para que se acercaran a él.

—¡En norabuena, los estaba esperando! —les dijo el hermano Ángel García emocionado y apresurado—. Los otros cuatro grupos se adelantaron y nos esperan al sur de esta locación.

—Estimado hermano Ángel García L’Hermitage, les presento a Inés del Prieto, Ñañitus de Guarapera, Tuquecón de Halicarnaso y Olletum; a ellos los envía el cronista real Cocho Pacho del Brollo —se adelantó Wachiman con las elegantes cortesías de las presentaciones.

—Sabía que vendrían, pues así está escrito en el venerable tratado del gran iniciado ARPO 247 —le informó el fraile a nuestro cuarteto de silenciosos amigos.

—Cocho Pacho nos dijo que le debemos seguir si queremos

acabar con la Noche Oscura de Picolabury —le indicó Inés del Prieto al hermano Ángel García—. ¿A dónde iremos?

—Según el callado Dux... —hizo una pausa el hermano Ángel García mientras escudriñaba la punta luminosa de su báculo, que ahora era de color verde—. Iremos a la Cuesta de los Valientes, a orillas del caudaloso río Apón —concluyó el religioso mientras observaba en lontananza el futuro paradero del ahora quinteto.

Sin demora alguna, Inés del Prieto y sus camaradas se despidieron del servicial Wachiman y de su rojizo compañero Rotundus, quien por estar profundamente consternado al tener que separarse de la apreciada Olletum, con el hilo que de él cuelga, trazaba afectivos corazones mientras acariciaba a la sonrojada marmita. Cuando el quinteto de aventureros desapareció arropados por las sombras de la oscuridad, Wachiman y Rotundus regresaron a la Fortaleza del Alzao con el fin de informarle a Cocho Pacho cuanto había sucedido.

Por su parte, alumbrados por la verde luz de Dux, Inés del Prieto y compañía iniciaron la caminata a la Cuesta de los Valientes; este momento lo aprovechó el hermano Ángel García para explicarles a sus amigos de gesta que su cayado iluminando con verde irradiación se desplazaba solo por el aire (como efectivamente estaba ocurriendo), pues la vara indicaba el camino que debían transitar; mientras que cuando resplandecía con roja luminaria, detenía su marcha señalando la llegada al lugar buscado.

—El historiador Cocho Pacho del Brollo nos indicó que éramos el «quinto equipo de la ontogénesis»... —le dijo Inés del Prieto al hermano Ángel García—. ¿Podría saber cuáles son los cuatro restantes? —concluyó preguntando en forma de ruego.

Sonriendo el hermano Ángel García ante la inesperada solicitud de Inés del Prieto, les explicó que el primer grupo lo constituían el belicoso comandante Mosquetón y su maloliente Tropa Camorra, el segundo grupo lo componían el inestable Pacífico Arriechi y sus compinches los Trillizos Arbolarios, el tercer grupo lo formaban el avariento Máximus Cobres y sus engreídas Cacatúas Sacamuelas, el cuarto y último grupo lo integraban el memorístico Erudictio y su autómata secuaz Kalg-Ry.

Luego de unos minutos de caminata (Ñañitus y Tuquecón se desplazaban cómodamente dentro de la marmita-vehículo Olletum), observaron un silencioso paraje sin aparentes formas de vida, por doquier rocas gigantescas y pesadas, con algún que otro árbol chamuscado por el efecto del intenso fuego; en el suelo había centenares de negruzcos hoyos consecuencia, sin duda, de explosiones, serpenteantes trincheras que a ningún lado conducían, pues el lisiado amor a la muerte condenado está a la sola destrucción.

—Hemos llegado, a nuestra izquierda está la Cuesta de los Valientes y, a nuestra diestra, el caudaloso río Apon —informó el hermano Ángel García a sus compañeros en el instante en que el cayado Dux se detuvo en el aire emitiendo una roja luz desde su parte superior.

Sentado a la vera del río Apon, vieron a una pequeña entidad con casaca de cuello alto y largos faldones (atiborrada de varias medallas), ricas charreteras bordadas, banda unicolor a la cintura; calzón ajustado, botas altas, amplio y airoso capote, gigantesco bicornio emplumado y tupido bigote *walrus*; este individuo, del cual sólo se distinguía a ver su uniforme y pronunciado mostacho, era el pendenciero comandante Mosquetón quien compulsivamente lavaba y pulía parte de sus innumerables galardones.

—¡Enemigos! ¡Batalla y muerte! —gritó, imperturbablemente sentado, el comandante Mosquetón cuando se percató de la presencia de nuestros héroes.

Luego de que el comandante Mosquetón gritara la declaración a la beligerancia, del lado derecho a éste (es decir, desde la Cuesta de los Valientes) apareció un gigantesco y ruidoso tanque de guerra, el cual, ostentaba un larguísimo cañón; cuando el vehículo bélico se puso frente al pacífico quinteto, salió del mismo la Tropa Camorra constituida por tres mordijullos (pequeños dermápteros de forma alargada con dos apéndices posteriores en forma de tenazas que, al sentirse atacados, segregan una sustancia que produce olores malolientes [*hedentinus*]).

Nuestros amigos pudieron detallar que cada mordijullo tenía un casco de combate PASGT (siglas que en inglés significan: *Personnel Armor System*) para tropas terrestres y, por botas, un par

de pequeñas aceitunas negras; murmurando voquibles inaudibles aderezados con fanfarrones aspavientos, uno de ellos mostró una bandera coronela (de color rojo con dos figuras negras: un brazo doblado mostrando un redondo bíceps braquial y, a su lado derecho, un cañón de 24 libras del siglo XIX) que colocó provocativamente a 20 pasos detrás del tanque de guerra.

—Nos retan a que tomemos su gallardete —pensó en voz alta Inés del Prieto—. Ñañitus, a mi señal utilizas tu *ars invisibilis* para desaparecernos mientras Tuquecón distrae a la Tropa Camorra —indicó Inesita segura de que su estrategia tendría el éxito esperado.

Colocando rápidamente Inés del Prieto el dedo índice (de su mano izquierda) bajo su nariz, el mágico Ñañitus (con un salto) salió de Olletum para, allí en el aire, dar una voltereta hacia detrás en plano inclinado, con lo cual hizo que se volvieran invisibles todos sus compañeros menos el larguirucho Tuquecón; inmediatamente después de la anterior estratagema, el histriónico tuqueque empezó a bailar acaloradamente el merecumbé mientras hacía dar vueltas (en su cintura) a un aro Ula Ula.

Por su parte, la anonadada Tropa Camorra (dentro del descomunal tanque de guerra) de todas las maneras posibles intentaba, con evidente dificultad, apuntar el gigantesco cañón contra el saltarín e inquieto Tuquecón, pero éste, encantado con las inaudibles notas de *The road de havasi*, no paraba de danzar; el invisible cuarteto aprovechó esta eventualidad para, desde atrás del armatoste bélico, apoderarse de la bandera coronel de los mordijullos.

Mientras Tuquecón seguía con sus rítmicos e interminables *plié y relevé*, el impalpable cuarteto reapareció (atrás del tanque de guerra) mostrándole a la Tropa Camorra su banderola perdida, aunque éstos, aún en el mamotreto belicoso y por sentirse atacados e indefensos, inconscientemente produjeron el pestilente *bedentinus*, lo cual, hizo que salieran a toda velocidad del artificio beligerante sin percatarse siquiera de que habían perdido su banderín.

—¿Y ahora qué debemos hacer? —preguntó Inés del Prieto al hermano Ángel García con la bandera coronel en su mano derecha.

Finalizada la interrogante de la Tierna Corderilla con ralea caribeña, el cayado Dux iluminó con verde luz, tomando repentino e incierto rumbo al oeste; Inés del Prieto y el hermano Ángel García lo seguían, expresando éste que de seguro su báculo se dirigía al antiguo molino morisco El Orejón de Guayaba; muy cerca de ellos venían Ñañitus, dentro de su marmita-vehículo Olletum, y el saltarín Tuquecón que obstinadamente todavía continuaba bailando. En esta nueva ruta, la tierra por la cual transitaban cambiaba inestablemente entre extremos opuestos (lo cual hizo que Tuquecón, por reptil previsión, dejara de danzar y volviera a meterse en Olletum): un recalcitrante calor primaveral era seguido, casi inmediatamente, por un paralizante frío invernal; el natural bullicio de la fauna local era proseguido por un inexplicable silencio sepulcral; el fuerte aguacero se apaciguaba al instante. Después de una hora, la biófila cohorte llegó al portón que permitía el acceso al molino morisco Los Orejones de Guayaba.

Frente al portón y obstruyendo el paso del camino real, se hallaba una especie de caricato sobre unos zancos de tres metros de altura; el mimo era un personaje famélico, poseía una boina (unicolor) sobre su cabeza, rostro pintado con dos tonalidades, camisa de manga larga a rayas, guantes (unicolor) en sus manos, tirantes, pantalón (unicolor) hasta las rodillas y largas medias a rayas. Este actor de la pantomima iba de un lado al otro de la calzada, cambiando del color blanco al negro (y viceversa) en la medida que modificaba su alegría con hiriente tristeza.

—¡Oh, qué alborozo; sin embargo, encolerizada congoja! — exclamaba desde las alturas el mimo esclavo a contrapuestas emociones.

—He allí al emotivo Pacífico Arriechi —dijo el hermano Ángel García, señalando en lo alto, al extraño mimo—. Quienes le miran atentamente son los pasionales Trillizos Arbolarios —agregó el religioso apuntando al trío de espectadores contiguos al caricato.

A Pacífico Arriechi lo observaban con detenimiento tres individuos ubicados de espalda a nuestros héroes; este trío estaba (de los pies hasta sobre el ombligo) dentro de medios

ovoides de plata (cada uno en el suyo), en sus espaldas tenían alas y eran de un color rojo opaco. En medio de esta surrealista situación, Inés del Prieto y sus compañeros se percataron de que el cayado Dux quería proseguir su andar (ya que aún la luz emitida por éste era de color verde), pero las emociones y pasiones de Pacífico Arriechi, así como la de sus compinches, se lo impedían.

—¡Debemos continuar! El cayado Dux nos alerta no detenernos —informó apremiado el hermano Ángel García. Y, efectivamente, el dilatarse implicaba un subrepticio peligro pues, ahora fuera de la segura Olletum y cerca al histrión Pacífico Arriechi, el curioso Tuquecón empezó a remedar emocionalmente al bicolor mimo (aun en sus cambios de color); sin que nadie se lo requiriera, la siempre atenta Olletum con el duende Ñañitus dentro de ella se acercó a Tuquecón para acertarle un seco y contundente porrazo en su cabeza despertando así, éste, de la espuria ensoñación de las fluctuantes emociones.

Ahora realmente despierto Tuquecón de Halicarnaso, y recordando Inés del Prieto el *ars cantorum viloriam* del mismo, le pidió al aturdido tuqueque que cantara como si afectivamente enamorado estuviese; vuelto en sí Tuquecón, se incorporó a la escena (colocándose su pata derecha sobre el corazón) y empezó a entonar armonías de romance; Pacífico Arriechi y los Trillizos Arbolarios quedaron embobados e inmóviles (por dilatado tiempo) ante la tonadilla, logrando de esta manera seguir su camino nuestro campeador quinteto.

—Dux ha cambiado su dirección al norte, hacia la fértil pradera donde está la fuente Ángel del Portillo —informó el hermano Ángel García siguiendo el cambio de rumbo de su andarín cayado.

Transitando el quinteto de paladines por el nuevo paraje, notaron (a la vera del camino) la inanimada presencia de plantas y animales totalmente compuestos de oro o piedras preciosas (¡Cuán vacío es el apego a las cosas, gélidos cadáveres son que detentan precio sin valor!); éstos eran egoístamente apretujados por fantasmales sombras esqueléticas con enormes manos y titilantes ojos azules, como si temieran que les fuesen a ser robados.

Diagonal frente (a unos 12 metros) de la fuente Ángel del Portillo, el cayado Dux detuvo su marcha iluminando con roja luz; entre tanto, a mano izquierda de Inés del Prieto y sus amigos estaba sentado, sobre un gigantesco trono de oro puro, un ente que únicamente podía ser percibido por su opulenta vestimenta: sombrero negro de ala ancha decorado con plumas diamantinas, túnica azul larga con bordados brillantes ajustada con un áureo cinturón y, sobre aquélla, una anchurosa capa púrpura de seda finamente tejida.

—¡He ahí al codicioso Máximus Cobres! —dijo el hermano Ángel García señalando al ente sentado sobre el enorme sitial de oro.

—¡Dinero! ¡Posesiones! Sólo su acumulación me complace, mas no su disfrute me satisface—les gritó consternado Máximus Cobres a Inés del Prieto y compañía.

Al lado derecho del avariento Máximus Cobres y montadas sobre un improvisado andamiaje a nivel del adoquinado, pues creían ser reconocidísimas actrices del *vodevil*, había tres melindrosas aves trepadoras parecidas al loro pero de mayor tamaño, con un plumaje brillante y abundante (con los colores del arcoíris), largo penacho de plumas en la cabeza, pico grueso muy encorvado, con macanudos abanicos de mangos aquilataados y hermosas plumas de faisán.

—¡Aplausos, encomios!; que la fama sin talento ni virtud fácil llega a fraudulenta vida —exclamaron al unísono las tres artificiosas aves a Inés del Prieto y amigos.

—Esas deben ser las Cacatúas Sacamuelas —dijo Ñañitus al hermano Ángel García quien con su cabeza asentía a lo dicho por el duende de Guarapera.

Luego de lo expresado por el *leprechaun*, Olletum le tocó su hombro derecho susurrándole algo al oído, a lo cual, el duende aprobó elevando el dedo pulgar de su mano derecha, esto ocasionó que Olletum expulsara a Tuquecón de su interior para dirigirse con Ñañitus (como conductor) hasta el punto intermedio entre Máximus Cobres y las Cacatúas Sacamuelas; estando allí, Ñañitus les lanzó a éstas la bandera coronel de la Tropa Camorra lo cual originó que, al ellas verse protagonistas de esa inusual escena, empezaran a mecér sus caderas de forma pícara y provocativa.

Creyendo Máximus Cobres y las Cacatúas Sacamuelas que se trataba de un premio de costoso precio o un objeto portador de prestigiosa popularidad, a toda prisa se abalanzaron sobre la bandera coronel, quedando en la explanada como efecto de la reyerta en pos del «espléndido laurel», sólo las ropas de Máximus Cobres así como las plumas de las Cacatúas Sacamuelas; sin duda, el cuarteto de recién desaparecidos era puro exterior de vacío interior.

—¿Cómo puede lo finito satisfacernos de manera infinita? Lo limitado siempre conferirá lo abreviado. La verdadera riqueza es aquella que no puede ser asaltada por ningún ladrón ni por el barquero Caronte de la laguna Estigia; mientras que la real fama, aquella cuya impronta queda en el humano trascendental legado, de vida virtuosa y ordenada trata —filosofó Inés del Prieto haciendo, con sus apodícticas palabras, que se iluminara la fuente Ángel del Portillo.

—Refrescantes son para el alma tus dicciones, Inesita —le dijo orgulloso el hermano Ángel García justo antes de que su cayado iluminara con verde luz y comenzara a moverse hacia nuevas aventuras—. Dux se dirige ahora al este, a los lindes de la Sierra San Jacinto —informó el religioso luego de examinar el movimiento de su danzarín báculo.

Después de seguir durante una hora los cinco campeadores al luminoso Dux, y aún disgustado Tuquecón con Olletum por haberlo abruptamente expulsado de su confortante interior, observaron incontables libros que al margen del sendero concentrados realizaban intrincados cálculos con antiguas pascalinas (máquinas de aritmética del francés Blaise Pascal); luego de unos minutos, la campiña se llenó de números de un dígito (del 1 al 9) que leían plácidamente textos y tratados acerca de la luz que surge en medio de las tinieblas (*Lux in Tenebris*).

—Al frente, a nuestra mano izquierda, está el collado de la Sierra San Jacinto, donde encontraremos el escobio para atravesarla hasta el arco árabe Allávalabala —informó el hermano Ángel García al ver que Dux tomaba el camino a la cimbra mora.

Sin dilación alguna, doblaron a la izquierda siguiendo al incansable cayado Dux hasta hallarse frente a una caseta (sin

la pared frontal) que obstaculizaba su paso (pues la luz de Dux todavía era de color verde) constituida (sus paredes, piso y techo) por libros de todo tipo y colores; dentro de ésta se podía distinguir una lupa de mano con la blanquecina máscara de la musa Melpomene en su ocular, así como un quitón (vestidura talar gris de lino con un trozo de tela que no tenía sobrefalda) ajustado con un cinto sobre su mango.

—Ese es el memorístico Erudictio, señor de la recordación y del remedo —les indicó el hermano Ángel García señalando a la inusual «lupa» trajeada helenísticamente.

—El electrón no es un punto sin estructura interna y de dimensión cero, sino una cuerda minúscula en forma de lazo vibrando en un espacio-tiempo de más de cuatro dimensiones —dijo Erudictio magistralmente de memoria, apareciendo, después de lo verbalizado, un etérico cubo frente a él—. La lógica difusa es una lógica paraconsistente multivaluada en la cual los valores de verdad de las variables pueden ser cualquier número real comprendido entre 0 y 1 —agregó Erudictio mientras el hexaedro regular incorpóreo movía, cambiándolos de lugar, algunos libros que conformaban la sin par caseta.

—Y ese etérico cubo morado es Kalg-Ry, maestresala robótico de Erudictio —informó el hermano Ángel García. Creyendo Inés del Prieto que Erudictio era tan «inteligente» como aparentaba, lo invitó a ir con ellos con el fin de que los ayudara a descifrar cómo hacer para deshacer la Noche Oscura de Picolabury; Erudictio pensó unos minutos la inesperada invitación de Inesita, decidiéndose a acompañarlos, pero cuando salió de su caseta (dando consecutivos saltos) se paralizó perdiendo la máscara e indumentaria helenística; luego, empezó a empequeñecerse hasta ir a parar a la mano derecha de Inés del Prieto.

—¡Inesita, has recibido la lupa Verum! Ella te ayudará a decidir, cuando debas discernir, el verdadero camino a recorrer —le dijo entusiasmado Ñañitus de Guarapera.

Acto seguido, desapareció la caseta de libros, ocasionando que Kalg-Ry atribulado, ya que su mentor había sido «desmaterializado», se interpusiera en el camino de nuestros héroes; no olvidemos que éstos, según Dux, debían pasar

por el arco árabe Allávalabala para después subir por la Escalinata Empinada. Entre tanto, Kalg-Ry intentaba incrementar un poco su tamaño, pero una esfera amarillenta también etérica alrededor de éste se lo impedía; trató varias veces, sin lograr su cometido debido a la pompa inmaterial que lo envolvía.

La sagaz Inés del Prieto, siempre dispuesta a aprender de las vicisitudes existenciales por muy inusuales que estas sean, analizó detenidamente el extraño comportamiento de Kalg-Ry; luego de unos surreales segundos y creyendo haber atinado con el porqué del proceder inflamatorio de Kalg-Ry, Inesita le pidió a Ñañitus (en voz baja) que a su señal utilizara el *ars volare* duendístico con el fin de hacer levitar al hermano Ángel García frente al impulsivo cubo.

Lo tramado por la creativa Inés del Prieto se efectuó según sus planes. Cuando Kalg-Ry observó al hermano Ángel suspendido en el aire frente a él, maquinalmente elucubró: «Los humanos no vuelan. El religioso es humano; por consiguiente, el religioso no vuela». Este razonamiento silogístico hizo que Kalg-Ry se expandiera de tal forma que reventó la esfera que lo encarcelaba en un limitado mundo cuadriculado, convirtiéndose ahora en un resplandeciente icosaedro (polígono de 20 caras).

—Kalg-Ry comprendió que aun lo imposible, posible es para el humano que se lo propone —dijo Inés del Prieto mientras Tuquecón con desconcierto miraba a todos sus compañeros, pues no atinaba a comprender qué había sucedido; en ese instante, Kalg-Ry se acercó al confundido tuqueque, lo escaneó (de patas a cabeza) con un escarlata rayo, apareciendo sobre aquél, la palabra (en letras mayúsculas color rosa): FRATRUM.

Teniendo el camino despejado, el cayado Dux (todavía iluminando con verde luz) pasó por debajo del arco árabe Allávalabala y escaló los siete peldaños pingorotudos (con una inclinación de 70 grados) de la Escalinata Empinada; detrás del andante báculo venían Inés del Prieto, el hermano Ángel García, Ñañitus dentro de Olletum y el espontáneo Tuquecón sobre (con cierta dificultad) el icosaedro etérico Kalg-Ry; tanto a Inesita como al religioso, únicos que iban

caminando, se les dificultó subir por las empinadas escaleras. Una vez arriba, y mientras Tuquecón practicaba zigzagueantemente paravelismo remolcado por su nuevo amigo Kalg-Ry, el cayado Dux se detuvo (iluminando con roja luz) frente a la bifurcación de tres caminos: la senda de la derecha tenía un cartel que indicaba «Droite, material trayecto donde lo tridimensional en el aquí y ahora es lo único existente»; por su parte, el aviso del camino izquierdo apuntaba «Esquerra, espiritual recorrido donde lo inmaterial es lo único valedero»; en cuanto a la calzada central, había un letrero que notificaba «Monte Perfection».

—Utiliza la lupa Verum para saber cuál ruta elegir —le sugirió el hermano Ángel García a Inés del Prieto.

—¡No!, que guíe mi decisión cuanto me han enseñado, de palabra y por obra, mis queridos abuelos —casi de inmediato y sin pensarlo, respondió Inés del Prieto al hermano Ángel García—. Resguardada en mi ralea, iré por la calzada central —señaló Inesita cuando de súbito...

De un hoyo al lado de donde está enterrado el larguero que sostiene el letrero central, salió una larguirucha suricata (inquieta mamífera de la familia Herpestidae ataviada con un grisáceo atuendo de espacial zoonauta y lentes de zoobuceo) la cual, sentándose de prisa sobre sus extremidades inferiores, inició una exhaustiva observación a Inés del Prieto así como a sus compañeros; luego de unos apresurados acicalamientos a sus patas, señaló con su izquierdo dedo índice a la lupa Verum quien se hallaba en la mano derecha de nuestra heroica mozuela.

—¿Deseas a la lupa Verum? —preguntó Inés del Prieto a la suricata mientras Tuquecón, sobre el icosaedro etérico Kalg-Ry, la inspeccionaba volando en círculos a su alrededor.

—¡KALAHARI PONIENTE! —en voz alta exclamó el hermano Ángel García, asustando sin querer a Tuquecón, el cual se quedó blancuzcamente petrificado y haciendo que Ñañitus se volviera invisible por el sobresalto—. ¡Claro! Eres la suricata que custodia el ingreso al Atajuelo de los Trahebartur [Arrastrados]; sin su consentimiento, no podremos continuar nuestro camino al Monte Perfection —concluyó el religioso dirigiéndose ahora a Inés del Prieto.

Entre tanto, Kalahari Poniente seguía indicando con el índice izquierdo a donde se hallaba resguardada (mano derecha de Inesita) la lupa Verum; conociendo Olletum muy bien las mágicas significaciones de los signos comunicativos no expresados, se acercó a Inés del Prieto para que Ñañitus (ya que aquélla no habla) le solicitara la tenencia de Verum; aunque algo extrañada por el inusitado requerimiento del gótico *leprechaun*, nuestra Tierna Corderilla accedió a lo suplicado entregándole lo demandado a Ñañitus de Guarapera.

Mientras Kalg-Ry intentaba con gimnásticas maniobras que Tuquecón recobrara la guapachosidad de otrora, así como su parda coloración de maracaibera lagartija, luego del repentino susto que le asestara inocentemente el cenobita Ángel García; Olletum y Ñañitus (quien se hallaba invisible dentro de la azabache olla por lo de «más vale duende prevenido que lamentado») cautelosamente se aproximaron a la suricata Kalahari Poniente y le colocaron a la lupa Verum en su pata izquierda.

Con mucho agradecimiento, Kalahari Poniente aceptó la dádiva obsequiada por el incorpóreo Ñañitus y su amiga Olletum, quienes con premura se ubicaron detrás del hermano Ángel García una vez terminada su encomienda; después de la acelerada huida de Ñañitus y Olletum, se acercó Kalahari a Inés del Prieto y, una vez en su inmediata cercanía, la empezó a observar detalladamente a través del traslúcido cristal de la lupa Verum pues, según versión de varios historiadores, ésta la ayudaría a discernir «el verdadero camino a tomar» después de debida decisión.

—¿Ves la colina al final del Atajuelo de los Trahebartur? —preguntó Kalahari a Inés del Prieto a través de la lupa Verum.

—¡Sí! —respondió segura Inés del Prieto luego de otear el horizonte frente a ella.

—¿A pesar de lo enlutado de la senda? —nuevamente preguntó la suricata Kalahari a Inés del Prieto por medio de Verum.

—¡Sí!, a pesar de lo sombrío del derrotero —exclamó con porfiada certeza la campeadora Inesita.

—Inés del Prieto, hidalga infanta de Terra Spes, prosiguiendo tu andar deberás estar preparada para, del suelo, saber dónde ubicas tus pies, mientras que de lo porvenir, mirando al

horizonte distinguir su trascendental término —dijo Kalahari (aún gracias a Verum) después de que reapareciera Ñañitus, en tanto, Olletum contribuía con los sanadores afanes de Kalg-Ry propinándole un metálico cariacio a Tuquecón con el objetivo de que éste volviera en sí y se despabilara del pretérito terror—. Si esta fuera tu real convicción, prosigue tu búsqueda sabiendo de antemano que ningún arte mágico en este atajuelo podrás utilizar —agregó Kalahari autorizando así el paso de Inesita y sus camaradas.

Luego de ver cómo Kalahari de un salto reingresaba a su covacha con Verum en su pata y a dos pasos dentro del oscuro Atajuelo de los Trahebartur, el hermano Ángel García e Inés del Prieto se quedaron rezagados de sus otros compañeros voladores (no olvidemos que Olletum y Kalg-Ry levitaban con Ñañitus dentro de la primera y Tuquecón encima del segundo), pues tuvieron infranqueables dificultades a la hora de caminar ya que la superficie del suelo estaba constituida como por amplias rocas que se movían sin cesar ni con rumbo determinado.

—No busques más, pues nada hay en lontananza ni en el pretendido cielo, sólo existe suelo; por esto, únicamente en tu vida debes reptar —se escuchaba a coro desde la umbrosa calzada del Atajuelo de los Trahebartur.

Eso hizo que todos volvieran sobre sus pasos para regresar al lugar donde estaba la conejera de la suricata Kalahari, situación que demandó de cada uno de ellos varios segundos de reflexión en torno a qué hacer para solventar el actual aprieto; la meditabunda atmósfera fue deshecha cuando Kalg-Ry proyectó (frente a él) una pantalla holográfica en la cual se apreciaba una tortuga galápago con accesorios de vehículos de carrera, en ese momento, el hermano Ángel García les indicó que la senda del Atajuelo de los Trahebatur estaba plagado de Tortugas Seychelles.

—No busques más, pues nada hay en lontananza ni en el pretendido cielo, sólo existe suelo; por esto, únicamente en tu vida debes reptar —a coro se seguía oyendo desde el sombrío adoquinado del Atajuelo de los Trahebartur.

Mientras su cayado Dux mantenía la luz verde encendida en su voluta, el anacoreta Ángel García les explicó a sus

compañeros que las Tortugas Seychelles son pesados reptiles terrestres que pueden llegar a medir hasta dos metros y a quienes les place remedar a los bólidos de carrera usando accesorios propios de éstos; también, agregó el sabio religioso a sus atentos camaradas, que éstas son conocidas como las irrestrictas secuaces de la repulsiva aparición Isaxbell la Perfilóloga, espectral guardamonte de las faldas del Monte Perfectio.

—Plagiar autos de carrera, ¡qué ironía de las Seychelles! —dijo enfadada Inés del Prieto—. ¡Las efímeras y espurias apariencias siempre pretenden cuánto su ser a gritos ausencia! —agregó de aforística forma.

Un poco antes de culminar Inés del Prieto con su espontánea y filosófica sentencia, el curioso Kalg-Ry (con el tembloroso Tuquecón encima de él) poco a poco se acercó al inicio del camino donde deambulaban las Tortugas Seychelles; al aproximarse el etérico icosaedro a algunas de las parsimoniosas Seychelles, éstas se alejaron de aquél por efecto de la luz que despedía su inmaterial geometría energética; fue en ese instante cuando la perspicaz Inés del Prieto dijo a sus compañeros de gesta:

—Sigamos todos a Kalg-Ry, pues irá en la vanguardia apartando con su luz las rastreras Tortugas Seychelles de nuestro camino.

Y como decía mi adorable madre: «Dicho y hecho, brincó el bicho al techo», Kalg-Ry y el espantado Tuquecón iban delante de la recta columna de héroes, apartando a las Seychelles de la ruta, seguidos por el cayado Dux, Inés del Prieto que llevaba en sus brazos a la marmita Olletum (con el silencioso Ñañitus en su interior) por aquello de «Olla pero no tonta», y el religioso Ángel García en la retaguardia de la camarilla cuando, luego de salir del Atajuelo de los Trahebartur y a la falda del Monte Perfectio, notaron frente a ellos una maloliente charca que les impedía el paso.

En ese momento, a su lado derecho escucharon el sonido de un retrete cuando es accionada su manilla; luego, vino con rapidez un monopatín *scooter* (de color rosado y canasta metálica frente al manubrio) piloteado por una sombra antropomórfica, la cual se hundió en el barrizal con todo

y carriola; entonces, del fétido lodazal surgieron (de abajo hacia arriba) azabaches gotas que uniéndose formaron la antes observada nube con forma de humano, de ésta brotaron huesudas manos cetrinas y una alargada cabeza con extensa cabellera desmechada.

—Ella es la horrísona y farfulla Isaxbell la Perfilóloga —dijo el hermano Ángel García a sus expectantes compañeros, lo cual hizo que el ya aterrorizado Tuquecón se volviera a petrificar blanquecinamente del miedo en tanto Ñañitus sacara (del interior de Olletum) su duendística guitarra eléctrica con el fin de espantar a la fantasmagórica aparición.

—¡Inés del Prieto!, tú no posees el perfil de heroína —exclamó segura, con su gigantesca boca, la pedante Isaxbell. —Tú no detentas el perfil para desentrañar vitales enigmas —agregó a Inesita la supuesta perfilóloga mientras mantenía su único ojo (negruzco orificio) fijo en ella a la vez que despedía frutas de ponsigüe (ciruelas de monte) de su desmarañada melena.

—Si tienes claro cuál es la senda debida, la oscuridad no será un obstáculo, pues te permitirá afinar la indagación de la ruta; después, daré gracias porque la penumbra (sin formar yo parte de ella) me permite valorar las virtudes de la luz, siempre con la certeza del peregrinante que busca algo más a continuación de lo dual —con profunda lástima respondió Inés del Prieto a Isaxbell.

En seguida, la gaseosa corporeidad de Isaxbell se convirtió en un frenético torbellino que paulatinamente se fue achicando hasta desaparecer en medio del aire; al éste dispersarse, quedó una brillante esfera de blanquecina luz que pausadamente fue hasta donde se hallaba Inés del Prieto para posarse frente a ella a la altura de su noble corazón. La enigmática escena llegó a su fin cuando el blancuzco globo les comunicó a todos con un esperanzador verbo (sentido, aunque no audible): «Mi nombre es Alborada, precursora del ansiado nuevo día; habito con quien hoy siembra los futuros frutos de luminoso nuevo amanecer».

—En la última etapa, cerramos filas (el humano, su artificio y la naturaleza) en torno a solidaria interdependencia para así, de la cumbre, lograr su conquista; sin duda, el *quid* del peregrinar versaba en no perjudicar a nadie sensibilizándonos

con su sufrir. Y allí, en el servicio como mediación, me acobijó mi querida Alborada; nuevo reverdecer para la humanidad y, según los decires de mi abuelo arquitecto, ascenso de lo imposiblemente posible —expresó entusiasmada Inés del Prieto avizorando el final de postrera lírica en honor a su roncera Alborada.

—Conmigo en tu corazón, no habrá más noche oscura —informó Alborada a Inés del Prieto a la vez que la voluta de Dux dejara de emitir colorida luminosidad.

Aprovechando el encuentro con Alborada, volando (gracias al *ars volare* de Ñañitus) regresaron por donde habían andado y dejaron al hermano Ángel García (con su cayado Dux) en el Portón de San Marcelino; después, fueron amorosamente recibidos por los abuelitos de Inés del Prieto en la hogareña Picolabury, lugar donde los esperanzadores destellos de Alborada acabaron con la noche oscura en un santiamén; esto permitió, luego de las afectuosas despedidas, que Ñañitus, Tuquecón, Kalg-Ry (nuevo amigo del pasado trío que ahora se convertía en heterogéneo cuarteto) y Olletum tomaran un «Anillo de Hadas» con el postergado deseo de llegar a las Tierras Inflables del Doral M.

—Inés del Prieto, única infanta de Terra Spes, como epílogo del viaje, debemos comprender que el universo no elige a los capacitados, antes bien, habilita a sus elegidos. ¡Dios contigo, Inesita! —dijo antes de partir el gótico *leprechaun* Ñañitus de Guarapera citando las palabras del gran iniciado ARPO 247: el Renacido de Manera Póstuma.

Anexo del traductor:

EXCERTA DE ESPERANZAS PARA MI RONCERA ALBORADA, por Inés del Prieto.

Rayano a la cúspide del Monte Perfectio, en el postremo parador donde a salvo sosegar, mis escasos compañeros aparejan las restantes pinceladas con las cuales sojuzgar (¡al fin!) la ansiada cima del cercano altozano; paraje donde mi amiga Alborada, testaruda cerril esperanza, por mí aguarda acicalada con el claror de pipiolo amanecer.

En esta última porción del trayecto para del humano educir pródiga humanidad, ¿qué en mi alforja trastear? ¿Acaso una mortífera ración de armas para así al individuo proveer iterativas

necrófilas reflexiones? ¿O, quizás, será más conveniente trasladar furtivas sustancias que narcoticen sus apetencias?

¿Tal vez en lo puntualmente genital consiga, de las fruiciones, el mejor de sus consuelos? ¿O el numerario capaz sea de mercadear escozores y resarcimientos? ¿Tan ensortijado será de la vida, en sus caracteres y enterezas, sincera devota ser? ¡Valoración con una indicadora saetilla de biófila disposición!

Andando como jadeante anciana para llegar al pináculo, cual forzuda joven, y cierta que en el derrotero renaceré a la huraña contestación para mi marejada de acres inquietudes, afrontamos el ascenso asediados por la vírica presencia de un etéreo germen que enmascara semblantes y desdeña a las cotidianas cercanías.

En la empinada travesía advierto que, donde antes seis cobijaban afectos, ahora hay expiación en diaria melancolía, pues en este momento el anónimo escribano es solitariamente en lo individual. ¿El cáustico albur de las mercedes de la soledad (aquella cuyo silente grito enajena), podrá prodigar tanto a un solo hombre? ¿Desmedida filantropía o eterna purga sin los desahogos de las primaveras?

No entretengo mi enfadoso andar, pues en lo alto donde *homo sapiens* capitula ante *quarto hominen*, me espera mi anhelada alborada, bisoño albor para la moribunda humanidad; y aunque en mi interior refugio la talega de mis certezas, sé que sólo por el comunal obrar conseguiremos, en los destellos del alba, acceder a evolución.

El ineludible restante periplo, causal remedo de lapso vivencial colaborado por medio de escasos amigos *part time*, se ve abruptamente trastocado por montaraz borrasca que nos aguijonea las zaheridas almas nuestras, a guisa de plañidera emoción que husmea en las heridas, oscureciendo la infalibilidad del rumbo puntualizado; los cuerpos y sus impensadas dolencias, luego de haber sumado lo restado a tu tiempo, enfatizan los cómo ocultando sádicamente sus porqués.

Pero Alborada es por mí tan amada que, con crisoles de esperanzas, no dejo de arengar a mis hermanos de correrías para que no desistan de continuar cuesta arriba a pesar del sinnúmero de rocas que en el sendero entorpecen la escalada, como si la obstinada contrariedad sin acumular lo diverso inepta de existir fuera.

Cada vez más cerca de por quién retíne mi corazón, frente a nuestro trajinar, se interpone un importuno socavón que debemos franquear a través de su umbría entraña, andurrial donde Ilusión sugestiona con apegos a lo pretérito y por venir.

Firmes en el presente y ahora, fuera de la intrincada caverna, donde lo perdonado con amor (carente de culpa) sonríe sin resentimiento, a diestra observamos un risco custodiado por su vasto abismo que, a la manera de versadísimo fundidor, disuelve nuestros egos dándoles traslúcidas apariencias mientras la alegría de vivir adquiere desahogados ribetes de multidimensionales experiencias.

Entonces, al final, cerramos filas (el humano, su artificio y la naturaleza) en torno a solidaria interdependencia para así, de la cumbre, lograr su conquista; sin duda, el *quid* del peregrinar versaba en no perjudicar a nadie sensibilizándonos con su sufrir. Y allí, en el servicio como mediación, me acogió mi querida Alborada; nuevo reverdecer para la humanidad y, según los decires de mi abuelo arquitecto, ascenso de lo imposiblemente posible.

CARTAPACIO VIII: LOS FAHRER DEL METAVERSO DE ERWIN

En el descomunal cosmos, existe un universo local conocido con el nombre de Metaverso de Erwin, el cual está formado por un nivel superior acuífero (donde habitan los wasser), constituido por agua y perteneciente a la quinta dimensión de ese plano evolutivo, y uno inferior nebuloso (en el cual residen los flugzeg), compuesto por nubes (también relativo a la quinta dimensión); entre éstos, se extiende una región de espacio sidéreo (tocante a la sexta dimensión y cuyos nativos son llamados siderish) con centenares de objetos astronómicos luminosos (stellas) en el cual flotan seis cuerpos terrestres.

Las masas de tierra (terra) se dividen en cinco fijas y una móvil, a esta última se le conoce con el nombre de Tamare (con una superficie de $0,51 \text{ km}^2$); entre las tierras firmes está una masa continental denominada Zapara (de 47 millones km^2 de extensión) rodeada por dos archipiélagos: uno occidental, constituido por la Isla de los Jabandijas en el norte y la Isla de los Miticomponentes en el sur; y otro oriental, compuesto en el norte por la Isla de los Sarzagatos y en el sur, por la Isla de los Chuffetas.

Cada una de las islas tiene una superficie aproximada de 224 km^2 , siendo la de los sarzagatos la de mayor extensión entre las cuatro. La terra Zapara (y sus archipiélagos circundantes) se mantienen fijas flotando en el espacio sidéreo del Metaverso de Erwin, mientras que Tamare (terra móvil), sí puede desplazarse por doquier de ese universo local siempre y cuando sea dirigida por alguna mente inteligente.

La masa continental fija, conocida como Zapara, en su ecuador está dividida en dos mitades por medio de una cordillera de altozanos (Sierra Maestra) en la cual se encuentra (en su centro) el Peñal de Zerelda, imponente montaña que alcanza los 9.740 metros de altura; además, Zapara posee dos mares ubicados uno en su norte geográfico (de 847 km^2) y otro en el sur (de 972 km^2), ambos unidos a través de un caudaloso río (Chama).

Podemos observar al lado occidental del Mar del Norte, el Tormo Pomona, mientras que, en el sector oriental, al Tormo de la Rosaleda Sur; por su parte, al costado occidental del Mar del Sur se encuentra el Tormo Picola, en tanto, en su extremo oriental, el Tormo de Clara Villa. Los dos mares y el río Chama están constituidos por una vaporosa y briosa niebla que, al moverse, emula delicados cantos de cadenciosas féminas.

La Isla de los Jabandijas, ubicada en la zona noroccidental más allá de la terra Zapara, está constituida por nevados y amarillentos Alpes de queso emmental con centenares de cavernas de hasta cuatro metros de altura; éstos rodean un valle conocido por los lugareños (los jabandijas) como Cantón de Ernab, en el cual se localiza la ciudad de Argonia, melancólica y monótona urbe de enormes edificaciones con la circular forma de tiovivos.

En el distrito nororiental, luego de la terra Zapara, hallamos a la Isla de los Sarzagatos, misma que siempre está cubierta por una espesa y gélida bruma, la cual apenas permite apreciar enigmáticas infraestructuras verticales muy parecidas a los condominios para gatos; éstos poseen torres de observación, postes para el rascado, hamacas para horas de retozo y cestas de mimbre para el descanso de sus habitantes.

La Isla de los Miticomponentes, radicada en la parte sudoccidental antes de la terra Zapara, es un islote cuyo territorio mezcla las modernas herramientas tecnológicas con lo prehistórico del olvido, al estar atestado por vetustas y descomunales edificaciones propias de una multiforme zona industrial; las cuales lucen como desérticos monumentos devorados por la flora y fauna local debido a décadas de caprichoso descuido.

En la región sudoriental, antes de la terra Zapara, podemos observar a la Isla de los Chufletas, misma que en el hábitat de playa está constituida por tres dunas primarias, siete dunas secundarias, cuatro hondonadas con suelos húmedos, seis manglares, tres hondonadas con suelos inundados y siete dunas activas; mientras que, en su interior, se encuentra sobrepoblada por andantes catervas de secuoyas.

La terra móvil Tamare está constituida en su parte oriental,

desde el lindero hasta su centro, por un sembradío de 700 girasoles (que miran hacia el medio del islote y están ubicados en dos separadas hectáreas [cada una de 350 mirasoles]), un central gobernalle de madera (o rueda de comando direccional) y un tupido araguaney ambarino; en tanto, en su lado occidental (del medio al respectivo límite) podemos observar un techo piramidal (de colores rojos y blancos) sobre un prisma trapezoidal invertido que, juntos, forman un habitáculo; además, un pozo anaranjado (Aljibe de Zuhé, húmedo hogar del pez Curricango), y un cerro de 24 metros de altura (Turrumote de Mamana).

Los habitantes de la terra Zapara (conocidos como planetarios de la cuarta dimensión) son seres totalmente parecidos a los humanos: el Tormo Pomona se caracteriza por estar constituido principalmente por gente joven (menores de 61 años de edad); por su parte, en el Tormo Picola habitan principalmente personas adultas (mayores de 191 años); en cuanto al Tormo de la Rosaleda Sur, es una población donde los mayores a los 60 años de edad realizan estudios académicos propios a diversas profesiones; por último, el Tormo de Clara Villa es una localidad compuesta únicamente por parejas sobre los 120 años de edad.

La Isla de los Jabandijas está habitada por los cerriles y arrogantes jabandijos (quienes pertenecen a la tercera dimensión): seres antropomórficos mayores a los tres metros de altura; largas cabelleras de serpientes (parecidas a las mapanares) que no permiten ver sus ojos; grandes orejas redondas; sus enormes cabezas están inclinadas unos 47 grados, pues siempre observan un oscuro vórtice (Roca de Tarpeya), la cual emite luminosos destellos, que sostienen con sus ingentes manos; visten verdosas túnicas cortas y, sobre éstas, brillantes armaduras (peto y espaldar con láminas de metal); poseen escamas de serpiente en sus extensas piernas y prolongados pies.

El especialista en historia del Metaverso de Erwin Apolodoro del Chisme, renombrado catedrático de la Universidad de la Rosaleda Sur, afirma que los jabandijos surgieron cuando el diminuto Gorum Amadorum (jabandijo preevolucionado), simple e ignorante mortal que creyó merecer ser amo y señor

de la ciencia (así como de los mismísimos dioses), encontró la Roca de Tarpeya debajo de una desconocida fruta pomácea en forma redonda (con una mordida en un extremo) que vio y tomó; en ese momento, y luego de contemplar el vórtice luminoso, se transformó en aquello que son los jabandijos hoy en día.

—No cabe duda de que «un viejo *hubris* siempre engendra otro *hubris* para añadir a las calamidades humanas» — continuamente terminaba diciendo Apolodoro del Chisme, citando una oración del Agamenón de Esquilo, cada vez que narraba la historia de los ciclópeos jabandijos.

La Isla de los Sarzagatos está poblada, según versión del fantasmagórico Tibursio Malatesta, por seres (sarzagatos) nativos de la zona fantasmal; parcialmente incorpóreos y muy burlones; temperamentales, a guisa de molesta arpía; capaces de volar como gárgolas; con la fidelidad de un can; de felino aseo que, en vez de ronronear, cantan a la manera de ninfa marina; ladinos, su principal característica, a la usanza de los hurones; vocingleros como loros; a quienes únicamente los apacigua los acordes del Metal Gótico; siendo su manjar más apetecido un aguadillo hecho de café con leche, galletas de soda y queso madurado rallado.

Cuenta Tibursio Malatesta que, al principio de las pretéritas edades, un nebuloso (llamado Cambombazo) decidió adoptar a un canfelino nativo de terra Zapara (con curiosa forma de hurón y alas de gárgola), al cual nombró con el mote de Sarzagato Lavativa; como los animales de este universo local pertenecen a la tercera dimensión, mientras que los nebulosos a la quinta del plano evolutivo del Metaverso de Erwin, Cambombazo, con el fin de poder llevarse a Lavativa a su comarca, le dio a éste dos Arepones de Ventolera y un Golfeado del Chiflido, lo cual hizo que la inusual mascota se desmaterializara casi totalmente para siempre.

Los avaros residentes de la Isla de los Miticomponentes son muy parecidos a horizontales maletas vintage que saltan insistentemente con botines deportivos (negros y blancos), sombreros *deerstalkers* grisáceos e inmensas manos en el centro de sus dos costados; Apolodoro del Chisme asegura que los mecánicos miticomponentes desean fervientemente

apoderarse de todo cuanto ajeno es, lo cual agarran con sus colosales manos para introducirlo en su interior.

Por otro lado, plantea el catedrático de la Universidad de la Rosaleda Sur que los miticomponentes fueron generados por el profesor Roiman IA quien, preocupado por el avasallante progreso de la inteligencia digital y su posible sublevación ante los planetarios del Metaverso de Erwin, decidió edificar (en el islote sudoccidental) una zona industrial (Urbelandia) con artificios de la vanguardia científica para así evitar cualquier insurrección de sus habitantes, olvidando el pedagogo que el peligro de lo hecho radica en lo poseído en el interior de su hacedor; motivo por el cual, cada miticomponente ansía llenar con lo impropio el perenne vacío de sus entrañas.

Bajo la clandestinidad del tupido follaje de las frondosas secuoyas, en la silenciosa y enigmática Isla de los Chufletas, deambulan enmascaradas sombras de carroñeros buitres, hienas y dragones de Komodo (los dos últimos, de forma bípeda) portando relucientes espejos que, según las folclóricas narrativas, muestran en sus reflejos lo contrario a lo percibido; de igual manera, afirman los lugareños del Tormo de Clara Villa que los opacos y ceñudos chufletas son entidades purulentas y ponzoñosas con todo aquel que ose acercárseles.

El insigne historiador Apolodoro del Chisme sostiene la hipótesis de que los chufletas se originaron en la medida que los cuerpos sutiles densificados que los planetarios dejan en la zona fantasmal al trascender la cuarta dimensión, descendían a los tupidos, oscuros y tétricos bosques de la Isla de los Chufletas (antes conocida como Islote de la Secuoyas); por este motivo, agrega el instruido catedrático, los chufletas pueden ser, si se les permite, desequilibrados vampiros energéticos de todos los demás personajes que hacen vida en el Metaverso de Erwin.

La terra móvil Tamare está habitada por dos personajes de características similares a la de los planetarios: el adulto mayor ARPO 247 y la joven Inés del Prieto. Cuenta ese sabio anciano que las prístinas moléculas con la información genética del ARPO fundacional y de la Inesita primordial, fueron traídas a Tamare por los extraplanetarios venidos

de Hunax ku (mundo de la galaxia Bactune) a través de la nave piramidal Alpha 27, bastimento constituido por siete plasmas radiales primarios organizados en cuatro secuencias de siete pulsos binarios.

De esta manera, y en el inicio de las edades, los cósmicos ingenieros extraplanetarios, una vez con el visto bueno del Increado Motor Inmóvil, tomaron la Esencia Prima otorgada por Éste para agregarle las moléculas con la información genética del ARPO fundacional y de la Inés del Prieto primordial; luego, los peritos del universo unieron el compuesto sustancial del ARPO fundacional con las esencias de los niveles acuífero y nebuloso; así como, después, fusionaron el compuesto sustancial de la Inés del Prieto primordial con las esencias de los niveles sidéreo y nebuloso.

Sin duda alguna, los ingenieros cósmicos extraplanetarios sabían que esta combinación sustancial era necesaria, pues quienes poblaran la terra móvil Tamare serían los encargados de activar y dirigir a ese islote, ya sea por encima de las terras inmóviles o bordeando sus costas; entonces, los fahrer (o conductores de la terra móvil) del Metaverso de Erwin serían una especie de wasser-flugzeg (maestro-mago), en el caso de ARPO 247, y una clase de siderish-flugzeg (emperatriz-hechicera), en lo concerniente a Inés del Prieto.

Cabe recalcar que, si un habitante de las terras fijas o móvil pasa los límites de éstas para ingresar caminando en el nivel inferior nebuloso del Metaverso de Erwin, el lugareño es regresado al suelo firme del cual vino como si hubiera repentinamente rebotado en la gaseosa superficie; por este motivo, todas las islas y terras están amuralladas en sus bordes por verdosas y rojizas hileras de rosas de china (conocidas con el nombre de Cayenas de Erwin), las cuales impiden el paso de la terra (o isla) en cuestión al nivel inferior nebuloso, haciéndose a un costado cuando amerita realmente dirigirse de una a otra terra o isla.

Para que se mueva la terra Tamare, Inés del Prieto debe rociar a los 700 girasoles (ubicados en el extremo oriental del islote) con caleidoscópicos arcoíris (pichichuelas) generados en el nivel superior acuífero, mismos que, según los mirasoles, saben a irresistible chocolate venezolano. Como los arcoíris se forman como una letra «u» (iniciando

y finalizando en el nivel superior acuífero), Inés del Prieto los obtiene utilizando para ello el Emboque de Pichichuelas que, cual remedo de caña para pescar, consta del tallo o mango de agarre, una extensa cabuya y el cabezal con el cual se enrolla a los apetecidos arcoíris.

Una vez que Inés del Prieto agarra una pichichuela (arcoíris con sabor a chocolate venezolano), hala hacia abajo la sogla del emboque manipulado con el objetivo de que el manjar capturado se derrita, debido a la fricción del descenso, sobre el sembradío de los 700 girasoles de la terra Tamare; una vez que los mirasoles están satisfechos, ARPO 247 les indica la velocidad (baja, media o alta) con la cual impulsarán al islote mientras él controla su rumbo a través del gobernalle de madera.

Para propulsar a la terra Tamare, los 700 girasoles dan vueltas (siguiendo el curso de las agujas del reloj) como si de florales ventiladores se tratara; en tanto, ARPO 247, a través del timón de madera, les indica a los mirasoles si deben girar a la derecha o izquierda (según la perspectiva del avezado timonel), así como, si les corresponde inclinarse hacia abajo o curvarse hacia arriba. Un veloz turpial (azabache-bermejo con *bomber* marrón en su cabeza, gafas y una bufanda de seda tricolor [azul, amarillo y negro]), conocido con el nombre de Icterus Linneus, y su luminoso compañero Chompin Krosen (lumínico GPS), informan cuál es la ruta de viaje a la diligente pareja de fahrer del Metaverso de Erwin.

Los planetarios de la terra Zapara, así como los demás habitantes de los tres niveles del Metaverso de Erwin, afirman que ARPO 247 es el abuelo de la mocita Inés del Prieto; motivo por el cual, cuando se refieren al primero, le nombran como «el abuelo fahrer», en tanto a la segunda, la conocen con el lisonjero mote de «la nieta fahrer», y esto se debe al familiar trato que ambos se dispensan diariamente. Los planetarios cuentan cómo, durante las travesías de la terra Tamare, Inesita se sienta debajo de la sombra que proyecta el frondoso araguaney con el deseo de escuchar las interesantes historias extraplanetarias que su «abue 247» le narra mientras conduce el islote.

Cuando es de noche y la terra Tamare está detenida pues, en ese momento, no tienen que desplazarse a algún territorio

de la terra Zapara, Inés del Prieto y su «abue 247», suben a la cúspide del Turrumote de Mamana llevando consigo un extenso telescopio (de colores negro y blanco) que se asienta sobre un trípode de madera cuya altura puede ser ajustada a voluntad del interesado, con el comunal anhelo de disfrutar el espectáculo lumínico que les obsequian las stellas del nivel sidéreo del Metaverso de Erwin aunque, ARPO 247, pone especial cuidado en distinguir las lumbreras celestes de las piramidales naves intergalácticas de los extraplanetarios habitantes del planeta Hunax Ku.

Encumbrados el par de empíricos astrónomos en el pináculo del Turrumote de Mamana, además de disfrutar de las estelares formas que les exhibe la bóveda cósmica, tienen la culinaria costumbre de degustar rojizas chupetas con sabor a fresa (cuyos centros esconden una maleable y sabrosísima goma de mascar); por otra parte, en otros ratos de noctívagos y dicharacheros retozos, Inesita activa la negra arca de juegos que le convierte en una heroína cuyas hazañas la trasfiguran en consanguínea de los dragones mientras su «abue 247», gustosamente, le acompaña descansando en los apacibles brazos de los hermanos Fobetor, Fantasos y Morfeo.

La vocinglera y escandalosa Ñata del Moján (sobrenombre endilgado a Diana Bank), adiposa bigarda reconocida como la chismosa del Tormo de Clara Villa, afirma categóricamente que ARPO 247 e Inés del Prieto no son los únicos fahrer del Metaverso de Erwin pues, sostiene ella, que todo el que se ha embarcado en la terra Tamare ha escuchado unos extraños ruidos que provienen del suelo del islote; agrega la entrometida Diana Bank, que esos sonidos no proceden de los 700 girasoles en actividad ya que, éstos, emiten un susurro parecido a «Bartolooo, pásameee el cayucooo que me vooooy».

Otra antigua tradición que existe desde algo más de dos centenares de años entre los planetarios del metaverso, refiere que el epígrafe de Erwin era el nombre armónico (individual sonido de las vibraciones esenciales) del prístino ARPO fundacional; según varios historiadores, esta información aparece documentada en una amarilla hoja encontrada, por el ducho arqueólogo Loencuentro Toito, pegada a un mueble de madera hallado en las excavaciones

43A realizadas en la zona norte del Tormo de Picola; se cree, que el mobiliario descubierto perteneció al feraz filógrafo de los albures sobrevenidos en el No-ser.

En el inicio de las pretéritas edades, el Metaverso de Erwin se hallaba habitado por planetarios semiprimitivos (naturales de la cuarta dimensión de ese plano) y unos 47 jabandijos preevolucionados (propios de la tercera dimensión de ese plano); es menester acotar que los jabandijos (pequeños para el momento) son «primos evolutivos lejanos» de los planetarios, pues su génesis se produjo en células siderales diferentes; por tal motivo, aunque similares en algunos detalles, cada uno pertenece a una etnia cósmica distinta.

Para aquellos vetustos lustros, los niveles acuífero y nebuloso (mas no el sidéreo) estaban deshabitados debido a que éstos pasan a ser morados cuando los planetarios del Metaverso de Erwin trascienden la cuarta dimensión de sus lapsos vivenciales correspondientes; de esta manera, un planetario surgirá en el nivel acuífero si le faltan conocimientos científicos y adiestramiento tecnológico; en tanto, nacerá en el nivel nebuloso si padece de una superficial vivencia espiritual.

Para un planetario del Metaverso de Erwin, un lapso vivencial se prolonga hasta por 270 años de edad (infancia: 60 años; juventud: 60 años; adultez: 70 años; y vejez: 80 años), y podrá ser trascendido si logra una existencia en la cual se equilibren armónicamente, lo mejor posible para el individuo, las experiencias espirituales (tales como: identidad, expansión del yo, empatía, solidaridad, servicio, responsabilidad y autorrealización) con los conocimientos científicos y las pericias tecnológicas propios del marco teórico de la época.

La excepción de la anterior norma existencial la constituyen los fahrer del Metaverso de Erwin que, en virtud de su composición óptica-bisustancial, llegan a cumplir hasta 400 años de edad por lapso vivencial; cuando los fahrer trascienden la cuarta dimensión del plano evolutivo correspondiente, pasan al nivel sidéreo (sexta dimensión). En la formación del Metaverso de Erwin, ese nivel (o franja intermedia) estaba poblado por los ancestrales ingenieros cósmicos extraplanetarios que llegaron desde la galaxia Bactune hasta ese universo local.

A los residentes del nivel superior acuífero del Metaverso de Erwin se les conoce con el nombre de wasser: seres antropomórficos de complexión caldosa (de un color corporal celeste-verdoso) que al desplazarse emiten sonidos similares al que produce un líquido contenido en un envase, trajeados con etéreas camisetas manga corta de llamativos estampados movedizos alusivos a los deportes acuáticos, bermudas holgadas y amplios lentes negros en sus rostros carentes de detalles pues, según ellos, son fotofóbicos al resplandor del sol de la cuarta dimensión; cuando hablan, los planetarios escuchan susurros parecidos al oleaje del mar, mientras que, cuando canturrean, se perciben hermosísimas tonadillas de cetáceos.

Por su parte, los residentes del nivel inferior nebuloso del Metaverso de Erwin son nombrados con el mote de flugzeg: seres flotantes de apariencia antropomórfica y estructura gaseosa (corporalmente de color grisáceo) que al trasladarse remedan a vaporosos cúmulos, trajeados con etéreos y talares liquiliquis de manga larga con cierto parecido a los trajes espaciales de los cosmonautas terrestres, y negros balaclavas con penacho encorvado hacia un lado que, según su versión, deben colocárselos para evitar el irritante calor; cuando platican, los planetarios oyen murmullos similares a truenos, en tanto que, cuando tararean, se observan resplandecientes centellas.

En lo concerniente a los residentes del nivel intermedio sidéreo del Metaverso de Erwin, podemos afirmar que son conocidos con el apelativo de siderish: entes pulsantes-lumínicos en forma de hexeracto (hipercubo con 64 vértices, 192 aristas, 240 cuadrados, 160 cubos, 60 tesseractos y 12 penteractos) con la habilidad de aparecer, así como de desaparecer a su antojo; llevan sobre sí una deshret (corona dorada con protuberancia rizada parecida a la usada por los reyes del antiguo reino del Bajo Egipto terrestre) por medio de la cual retroalimentan constantemente su energía vital; cuando conversan, lo hacen de forma telepática sin emitir sonido alguno aunque, toda vez que cantan, emiten la cadencia Hum (ultrasonido inaudible para el oído humano). La cuarta dimensión donde habitan los planetarios del Metaverso de Erwin, es una categoría contextual de los

entes existentes en ella, cuya estructura consta de tres marcos espaciales y una referencia temporal; esta dimensión (la cuarta), comparte con la tercera sus molduras espaciales, mientras que difiere de ella en cuanto a que su referencia temporal es expansiva y no progresiva como la de tercera. Los nativos de la tercera dimensión del Metaverso de Erwin son la flora y fauna de este plano evolutivo, así como los cerriles jabandijos.

Comentan los eméritos profesores de metafísica erwiniana de la Universidad de la Rosaleda Sur: Michio Pachu y Mañuelillo Carrera, que cuando un planetario trasciende la cuarta dimensión correspondiente al plano evolutivo de su lapso vivencial en el Metaverso de Erwin, el dimensionauta debe franquear la zona fantasmal que divide a la cuarta de la quinta dimensión; en esta franja, agrega el dúo de intelectuales, se alojan los cuerpos sutiles densificados (chufletas) que expulsan los planetarios trascendidos. Concluye diciendo el par de catedráticos, que los dimensionautas (planetarios trascendidos) son ayudados a pasar la intermedia área por el barquero Gravitón, partícula cuántica en forma de mandoca zuliana que se desplaza montado en una petaca tricolor (blanca, roja y azul).

En otro orden de ideas, la quinta dimensión, zona donde residen los wasser y flugzeg del Metaverso de Erwin, es un campo multicontextual que unifica la fuerza gravitacional con la electromagnética generando, como resultado, una existencia espacio-temporal ampliada (en relación a la vivenciada en la cuarta dimensión). En la sexta dimensión se encuentran los siderish, quienes la definen como el marco multicontextual de realidad pluripermeable (interconectada con las cinco primeras); esto permite que, los siderish puedan estar en constante relación con los entes de tercera dimensión, los planetarios, wasser y flugzeg.

Los habitantes de la quinta dimensión del Metaverso de Erwin evolucionan, se desarrollan, progresan, realizan y autorrealizan, en el caso de los flugzeg, haciendo hincapié en las dinámicas espirituales (a través de la trialéctica: amor-salud-vida); por su parte, los wasser evolucionan, se desarrollan, progresan, realizan y autorrealizan generando

conocimientos científicos y aplicándolos por medio de herramientas tecnológicas (usando la *trialéctica*: *episteme-poiesis-diaconía*); en cuanto a los *siderish*, pobladores de la sexta dimensión, son los encargados de acompañar, orientar y dirigir (gobernar) a quienes moran en las seis dimensiones del Metaverso de Erwin.

De esta forma, actualmente (aunque no siempre fue de esta manera) en el Metaverso de Erwin existe una constante y dinámica interdependencia entre los planetarios, *wasser*, *flugzeg* y *siderish*, puesto que, los primeros, reciben orientación científico-tecnológica por parte de los *wasser*, oportuna guía espiritual de los *flugzeg* y, de los *siderish*, asistencia justa y equilibrada en lo concerniente a la regencia de su mundo; esto es debido a que, tanto los seres de quinta como de sexta dimensión, tienen un mayor desarrollo evolutivo (energético, mental, sentimental y físico) que los planetarios.

Al principio de las edades, los ingenieros cósmicos extraplanetarios llegados al Metaverso de Erwin en la nave intergaláctica Alpha 27, construyeron la *terra móvil* Tamare con el fin de, sobrevolando en ésta, observar el paulatino progreso de los planetarios de la *terra Zapara*; percatándose, un centenar de años después, que presentaban dos grandes conflictos: los tormos al norte de Sierra Maestra afirmaban que el batido de zapote era más delicioso que el de níspero, mientras los habitantes del sur aseguraban que era al revés; por otra parte, los tormos del occidente insistían que el *tumbarrancho* con queso de mano era más sabroso que el *patacón* con queso guayanés, aseverando los del oriente que sucedía al contrario de lo que alegaban sus vecinos occidentales.

Con el transcurrir de algunas décadas y al verse los planetarios del Metaverso de Erwin agobiados por aquellos litigios culinarios, mismos que los mantenían en constantes e improductivas disputas, acordaron (a través de los *senescales* de cada torma) realizar unos juegos (que de inmediato titularon como Olimpiada de la Verdad Alimentaria) con el objetivo de que el vencedor decidiera cuál bebida y comida sería, para siempre, la representativa de la *terra inmóvil* Zapara.

Sin mucha discusión, los cuatro *senescales* (uno como legítimo representante por cada torma de la *terra Zapara*)

convinieron en que se llevarían a cabo, en el transcurso de un mes, seis juegos de bolas criollas, así como seis juegos de metra (bola pequeña de vidrio) entre los cuatro sectores de la terra inmóvil del Metaverso de Erwin; el tormo que resultara triunfador en los dos eventos, sería el indiscutible ganador de la Olimpiada de la Verdad Alimentaria. Al cabo de cuatro meses, se realizó la ansiada justa deportiva, con el indeseado desenlace de que ningún tormo fue capaz de ganar en las dos competiciones.

Al enterarse los ingenieros cósmicos extraplanetarios que, los habitantes del Metaverso de Erwin se encontraban en un círculo vicioso de constantes reyertas banales del cual les era imposible salir, decidieron que un siderish dirigiera a los planetarios de la terra Zapara; para esto, el Consejo de Regentes de los habitantes de la sexta dimensión seleccionaría a tres de sus miembros con el objetivo de que descendieran a cuarta dimensión (uno como recién nacido, el otro como un joven de 100 años de edad y, el último, como un adulto de 200 años) para gobernar a los planetarios.

Al descender los tres siderish, desde la sexta a la cuarta dimensión del Metaverso de Erwin, perdieron su complexión de hexeracto y se convirtieron en entes antropomórficos lumínicos que levitaban, en vez de caminar; así como, no eran capaces de hablar, sino de expresarse a través del canto de dicharacheras gaitas zulianas. Luego, los regentes de los planetarios son siderish descendidos que gobiernan la cuarta dimensión colocando, en su etérea espalda, una negra capa con una «z» blanca en su centro, vistiendo una franela roja y usando unos negros zapatos ortopédicos con ondulados calcetines blancos en sus aéreos pies; esto, debido a que, así se trajeaba el trío de primordiales regentes.

La duración del lapso vivencial de los regentes de la cuarta dimensión (siderish descendidos de la sexta) es de 300 años, apareciendo uno cada 100 años entre los planetarios; al recién nacido se le denomina neoregente y encarna como una estrella fugaz caída en la cúspide del Turrumote de Mamana en la terra Tamare; luego, es criado (por las Nodrizas del Crío) en el Tormo Pomona para, después, ser educado por el maestse wasser en la Rosaleda Sur. A partir de los 100

años, el neoregente es conocido como viceprimer regente; en tanto, después de los 200 años, es señalado como primer regente, pues es quien gobierna a los planetarios desde el Tormo Picola.

Una vez descendido el trío de primordiales regentes a la cuarta dimensión del Metaverso de Erwin, los ingenieros cósmicos extraplanetarios observaron cómo un nutrido número de planetarios, guiados por la megalómana y supersticiosa Hermana Magripina Luisa, de tal manera empezaron a sobredimensionar a los tres siderish regentes que los llegaron a considerar como los hijos de los dioses del universo local; para evitar esa idólatra situación, los ingenieros cósmicos seleccionaron a tres wasser (oriundos de la quinta dimensión) para que enseñaran con sabiduría a los planetarios, evitando así los riesgos derivados de una ignorante y fanática obediencia ciega a la autoridad justamente constituida.

Siguiendo lo decidido por los ingenieros cósmicos extraplanetarios, los tres wasser descendieron, desde la quinta a la cuarta dimensión del Metaverso de Erwin, manteniendo su constitución de líquido antropomorfismo y casual vestimenta a la usanza de los playeros surfistas. Al igual que los sideresh, levitan, en vez de caminar; así como, cuando platican, se escuchan oceánicos cantos de ballenas. Esto significa que los maestros de los planetarios son wasser descendidos que los educan y adiestran en todo lo relativo a la ciencia y tecnología.

El período del lapso vivencial de los maestros (sabios) de la cuarta dimensión (wasser descendidos de la quinta) es de 300 años, surgiendo uno cada 100 años entre los planetarios; al recién nacido se le denomina infante aprendiz y encarna como una gota de agua que el pez Curricango entrega en el Aljibe de Zuhé de la terra Tamare; luego, es criado (por las Nodrizas del Crío) en el Tormo Pomona para después ser educado por el maestro en la Rosaleda Sur. A partir de los 100 años, el infante aprendiz es conocido como maestro; en tanto, después de los 200 años, es señalado como gran maestro, pues es quien orienta la enseñanza de los conocimientos científicos-tecnológicos a los planetarios desde el Tormo de la Rosaleda Sur.

Cuando descendió el trío de primordiales maestros a la cuarta dimensión del Metaverso de Erwin, los ingenieros cósmicos extraplanetarios notaron ahora cómo un considerable número de planetarios se dividió en dos beligerantes facciones donde, una, defendía la postura científicista mientras que, la otra respaldaba al monismo materialista, esto hizo que los seguidores de cada bando consideraran como un mito todo lo relativo a la Increada Mente Infinita y Creativa del cosmos; para remediar esa nueva problemática, los ingenieros cósmicos escogieron a tres flugzeg (oriundos de la quinta dimensión) para que, con sus testimonios, mostraran a los planetarios que lo espiritual debe estar en constante armonía con lo científico-tecnológico para así alcanzar una verdadera autorrealización y trascendencia.

Acatando lo resuelto por los ingenieros cósmicos extraplanetarios, los tres flugzeg descendieron, desde la quinta a la cuarta dimensión del Metaverso de Erwin, manteniendo su complexión de gaseoso antropomorfismo y el uso de immaculados liquiliquis parecidos a los trajes espaciales de los astronautas. De la misma manera que los wasser, levitan, en vez de caminar; así como, cuando platican con los planetarios, se escucha el sonido de vientos catabáticos, mientras que, cuando dialogan entre ellos, se oye el silbido de vientos anabáticos. Esto revela que los magos de los planetarios son flugzeg descendidos que los forman en todo lo atinente a la espiritualidad y trascendencia.

El transcurso del lapso vivencial de los magos de la cuarta dimensión (flugzeg descendidos de la quinta) es de 300 años, apareciendo uno cada 100 años entre los planetarios; al recién nacido se le denomina neófito flugzeg y se materializa luego de una densa neblina alrededor de la base del tallo del araguaney que está en la terra Tamare; después, es criado (por las Nodrizas del Crío) en el Tormo Pomona para luego ser educado por el archimago que habita en el claustro (Monasterio de Dharana) ubicado a 4.000 metros de altura en el Peñal de Zerelda. A partir de los 100 años, el neófito flugzeg es conocido como archimago; en tanto, después de los 200 años, es señalado como hierofante, pues es éste quien vela por el armónico equilibrio entre espiritualidad y

conocimientos científicos-tecnológicos de los planetarios desde el Monasterio de Dharana.

Faltando dos días para los nacimientos de los dos seres de quinta (wasser y flugzeg) y el de sexta dimensión (siderish) del Metaverso de Erwin, la terra Tamare, islote móvil tripulado por el fahrer timonel (ARPO 247) y la fahrer sobrecargo (Inés del Prieto), atraca (de costado) en el activo puerto El Malecón de la cosmopolita ciudad de Maracaibo, la cual se encuentra ubicada al norte del Tormo Picola sobre un estuario conocido por los lugareños como Lago de Maracaibo; la antes referida urbe, está constituida por centenares de pirámides (parecidas al hogar de los fahrer en Tamare) que remedan a palafitos ubicados sobre la cristalina agua de la albufera.

Cuando los tres descendidos de la quinta y sexta dimensión nacen en la terra Tamare, son de inmediato presentados (en la calurosa Ceremonia de Bienvenida) a los senescales de cada tormo de terra Zapara (siendo cuatro en total, uno por cada sector), así como al primer regente, gran maestro y hierofante del Metaverso de Erwin. Después de la bienvenida a la cuarta dimensión, el primer regente coloca su mano derecha sobre la mejilla izquierda del neoregente, mientras que, al infante aprendiz y neófito flugzeg, les pone una palma en cada mejilla (la derecha sobre la izquierda, e izquierda encima de la derecha) con el deseo de transmitirles la Facultad de la Regencia.

Continuando con la solemnidad, el gran maestro ubica su mano derecha sobre la mejilla izquierda del infante aprendiz, en tanto que, al neófito flugzeg, le pone una palma en cada mejilla (la derecha sobre la izquierda, e izquierda encima de la derecha) con el fin de infundirle la Facultad de la Episteme; por último, el hierofante ubica su mano derecha sobre la mejilla izquierda del neófito flugzeg, mientras que, al infante aprendiz, le coloca una palma en cada mejilla (la derecha sobre la izquierda, e izquierda encima de la derecha) con el fin de suscitar el Ansia por la Trascendencia.

En toda efusiva y multitudinaria Ceremonia de Bienvenida (la cual, como ya hemos dicho, se lleva a cabo cada 100 años en el Metaverso de Erwin), siempre se presentan

algunos planetarios faranduleros, espontáneos y de incultas costumbres informales que desean, a como dé lugar, los lugares más cercanos a la celebración; esto hace necesario que, el marcial comandante Alebrestado Ampoyeta, junto a su primer oficial Eduard Batista, deban traer al Comando Barullo (compuesto por 72 planetarios oriundos del Tormo de la Rosaleda Sur) para mantener el orden en el centenario festejo realizado en Maracaibo.

Cada uno de los 72 integrantes del disciplinado y siempre marcial Comando Barullo, caterva de guardias que marchan al compás del grito: «¡Con dos te miro!, ¡con cuatro te espanto!», se caracteriza por usar una túnica roja de lino en forma cuadrada (extensa hasta las rodillas) que se coloca en torno al cuerpo y se sujeta con siete botones; coraza de bronce (para resguardar su abdomen y espalda) que emula la forma de los músculos del torso; par de metaleras botas negras para la protección de las tibias y de los pies; y, un casco de bronce con salvaguardas para las mejillas.

Este comando utiliza, sólo en casos extremos, un inusual armamento de mano (el Atapuseitor X27) cuando es necesario recobrar el orden en un conglomerado de planetarios reunidos; al activarlo, paraliza por unas dos o cuatro horas a quien recibe su inofensiva descarga de «fotones catires»; esta tecnología propia de la sexta dimensión, fue entregada a los planetarios (en el principio de las edades) por el primero de los regentes; lo cual hace que la activación de cada Atapuseitor X27 dependa únicamente del primer regente de turno.

Una vez concluida la calurosa Ceremonia de Bienvenida, los dos fahrer del Metaverso de Erwin «levan ancla» para dirigirse al norte de la terra Zapara con el fin de atracar en el puerto Alberta de la ciudad Calgary, costaña urbe del Tormo Pomona; allí, ARPO 247 y su nieta Inés del Prieto deben dejar al neoregente, infante aprendiz y neófito flugzeg en las maternales manos de las Nodrizas del Crío: trío de hermanas (una baja, otra rolliza y la última, larguirucha) con negras melenas, cuatro ojos y pronunciadas orejas conocidas con los nombres de Virtud (la bajita), Talento (la repolluda) y Agradecimiento (la delgada).

Las Nodrizas del Crío se caracterizan, además de poseer cuatro ojos, por vestirse con blusa de batista abierta en la parte delantera, donde se cierra con siete botones de nácar; en la cintura tienen tablas recogidas, abiertas y sujetas con unas puntadas; de mangas rectas y con vuelos en los hombros y bocamangas con puños de encaje que cierran con botón y presilla. Chaqueta de terciopelo de seda negro con forro de satén negro; ceñida y corta, bastante abierta, con escote y contorno adornado con doble galón dorado; de manga larga, recta y con bocamangas abiertas, acicaladas con aplicaciones del mismo galón.

Para mantener sujeto su larga cabellera, las amables Nodrizas del Crío usan un pañuelo cuadrado de seda labrada, con fondo negro en sarga y motivos vegetales estilizados en rojos; además, enagua de tafetán de algodón blanco, formado por siete paños y volante bajero plisado; saya de fino paño de lana roja, extensa hasta los tobillos y plisada en la cintura, en donde se remata con una cinturilla adornada con dos anchos galones (de terciopelo negro, uno en la mitad de la falda y el otro en lo bajo de la misma); delantal de terciopelo negro con peto y forro de satén que va fruncido en la cintura sobre una cinturilla con tres tablas; medias de punto liso mecánico que llegan hasta el muslo; y zapatillas deportivas de colores blanco y negro.

Continuando con nuestra narrativa, el timonel ARPO 247 conducía a la terra Tamare siguiendo el curso que le indicaban el veloz turpial Icterus Linneus y su inseparable compañero Chompín Krosen (refulgente GPS de artificial inteligencia), aquello gracias al impulso producido por los 700 girasoles, mientras Inés del Prieto contemplaba extasiada la belleza lumínica de las stellae celestiales; mismas que desaparecerían con el amanecer del nuevo día gracias a un hechizo del primer hierofante del Metaverso de Erwin pues, al principio de las edades, en este universo local siempre era de noche debido a la franja media sidérea.

De esta mancomunada manera, surcaban todos la apacible franja media sidérea del Metaverso de Erwin con trayectoria fija a la costeña ciudad Calgary (del Tormo Pomona), en una travesía que se prolongaría por siete horas (24 si se realizara

por medio de un avión terrestre). A la media hora de iniciado el recorrido, la detallista Inés del Prieto, quien no dejaba de otear el horizonte, observó flotando sobre la nebulosa capa del plano inferior a centenares de melancólicas entidades; por esto, de inmediato le comunicó a su querido «abue 247»: «¡Hemos ingresado en la zona de los atrabancaos!».

Los atrabancaos son muy parecidos a peludos perritos de la pradera ataviados con llamativos trajes de ágil equilibrista circense que, sentados sobre negros paraguas abiertos, aburridos ven pasar el tiempo mientras se alimentan constantemente de quesitos americanos maracaiberos (golosina redonda de varios colores, en forma de chupeta, de sabor dulce y textura pegajosa); cada uno de estos mamíferos de la familia de los esciúridos, sostiene un globo (que contiene una mochila en su interior) con el extremo cuidado de no extraviarlo ni pincharlo pues, en la alforja, portan sus proyectos y esperanzas. Los adustos atrabancaos, ante la cercanía de un igual, arden en ira deseosos de retornar a la robada soledad.

—¡Ay de ti, planetario-bestial, indiferente partícula zarandeada por los azares de una vida sin reflexión ni voluntad; la cual, en lo retirado del alejamiento, titilas con los espurios ensalmos de hermosa doncella repujada con sobrecogedoras medidas; empero, en lo cercano, abominable eres cual gorrino can con abalorio de oro —suspiró cariacontecido ARPO 247 luego de observar a los apáticos atrabancaos. Al instante, esta espontánea sentencia le hizo merecedor de un amoroso abrazo de su nieta Inés del Prieto. Por mucho tiempo hubo acaloradas disputas en torno a la naturaleza de los atrabancaos, pues ningún habitante de la tercera o cuarta dimensión del Metaverso de Erwin podía mantenerse sobre la gaseosa superficie del plano inferior nebuloso. Algunos eminentes científicos, liderados por el catedrático Arbolario Chiquito, afirmaban que los atrabancaos «no se mantenían sobre la superficie brumosa sino dentro de los paraguas abiertos» pero, de ser así, ¿cómo sí podían flotar los parasoles? Otros, por el contrario, y siguiendo los decires del académico Cabuya La Bulla, aseguraban que los atrabancaos y sus sombrillas levitaban

sobre la superficie vaporosa «gracias a los globos que sostenían los taciturnos mamíferos».

Resulta importante resaltar que el gran maestro (así como el primer regente y hierofante) no solucionan acertijos que impliquen el esfuerzo intelectual, axiológico, emocional o físico de los planetarios, ya que aquél (y sus colegas de quinta y sexta dimensión), está allí únicamente para orientar y evitar excesos por parte de los habitantes de la cuarta dimensión del Metaverso de Erwin. La apasionada discusión al fin se solventó cuando un ancestro del historiador Apolodoro del Chisme, Plutarco del Chisme, determinó científicamente que los atrabancaos son mamíferos híbridos resultantes del cruce genético entre el *topus vaporosus* y la *zarigüeyus runchos*; lo cual, le permite estar en ambos hábitats como los anfibios terrestres.

Después de la apesadumbrada experiencia con los erráticos atrabancaos, ARPO 247 atisbó en lontananza una inusual pirámide constituida por decenas de miticomponentes quienes, al advertir la cercanía de la terra Tamare y de sus tripulantes, hicieron el esfuerzo de construir un improvisado puente para llegar hasta ellos, lo cual, sin duda, fue un rotundo fracaso; este suceso hizo que ARPO 247 recordara una ocasión en la cual debió llevar al miticomponentólogo Arpita de Veritas, a la Isla de los Miticomponentes con el objetivo de que realizara una breve investigación acerca de la misma.

Para ese momento, ARPO 247 tenía como sobrecargo al planetario Derbut el Lushmore, puesto que Inés del Prieto, estaba cursando estudios concernientes a la Celosía de los Dichos y Susodichos en la Universidad de la Rosaleda Sur; esto hizo que Inesita desconociera lo sucedido aquel día cuando su «abue 247» y Derbut, junto al catedrático Arpita de Veritas, desembarcaron en la Isla de los Miticomponentes; por este motivo, ARPO 247 le empezó a narrar a su nieta Inés del Prieto cómo fue el filosófico diálogo que él (veterano fahrer) entabló con Derbut el Lushmore, quien se consideraba su discípulo, al observar éste cómo se comportaban los miticomponentes.

—Maestro, el terrestre filósofo Sócrates dijo: «No obstante, se aparecen ante mi mente muchas imágenes de este tipo,

pero desconfío de ellas porque no se te muestran a ti [Hípias de Élida], el hombre de nuestro tiempo que más dinero ha ganado por su sabiduría; en cambio, se me muestran, a mí que jamás he ganado nada». ¿Habrá errado el filósofo al decir esas palabras?; o, por el contrario, ¿es el estar en la existencia, como posesión de lo conseguido, aquello que precede, genera y optima al ser del individuo? Es decir, y según lo apreciado en el comportamiento de los mecánicos miticomponentes, ¿mientras más tenga, mejor seré? — le preguntó abrumado Derbut el Lushmore a su maestro ARPO 247.

—Observa aquella carroza. ¿Qué porta en su interior? —le solicitó e interrogó ARPO 247 al joven Derbut.

—Envases metálicos de, al parecer, algún tipo de líquido — no del todo seguro, respondió Derbut unos segundos luego de ver el carromato flotante señalado por su maestro.

—¿Vacíos o llenos? —inquirió nuevamente ARPO 247.

—¡Vacíos! —respondió Derbut el Lushmore sin siquiera pensarlo.

—¿Cómo lo sabes? —le demandó ARPO 247 mirándolo fijamente a sus ojos.

—Por el ruido que producen al chocar entre ellos mientras el carruaje se desplaza.

—Hoy, tanto como ayer, el individuo promedio se deleita con la sonoridad del vacío, restándole así importancia al inexistente elemento que debería estar contenido en el interior de cada envase; curiosamente, para lo cual éste fue elaborado. Vegetamos en un mundo donde el baile reemplaza a la magnificencia de la música, donde lo mostrado cauteriza las interiores ausencias, donde la apariencia se encumbra sobre las deserciones de la identidad; un mundo en el cual las operadas dimensiones escamotean los decires de Ciencia, donde los *influencers* dislates ultrajan a Tecnología, donde voraces avarientos mercantilizan al único irreplicable en la pocilga de sus patológicas deformidades, inmolando con esto a Humanidades. Si para nuestra actual sociedad lo realmente importante es lo profuso de nuestras heredades; entonces, ya no importará cómo lo logremos mientras lo consigamos —argumentó apasionadamente ARPO 247.

—¿Es, luego, el ser quien prefija, sustenta y refina al estar existente como tenencia? —interpeló atónito Derbut a su maestro.

—Observa ahora aquel manzano: contempla la complexión de su forma y la belleza de sus pomas [manzanas]. Tú crees que éste, embelesado por lo colorido y dulce de sus frutos, ¿ha olvidado los nutrientes que el suelo le obsequió, ha despreciado el humectante cobijo de la refrescante lluvia o ha desdeñado el caluroso auxilio de las refulgencias solares? ¡No! La respuesta a tu interrogante, apreciado discípulo Derbut, está en la pequeñez de una semilla que, sin dubitación alguna, anticipa a sus rumbosas frutas como el cantar del ave preexiste al alba del nuevo día.

—Visto de esta manera, maestro, ¿entonces el humano debe buscar de cualquier forma ser sin importarle, a éste, en qué o quién corona su acción? —consultó Derbut el Lushmore para así verificar si comprendió la enseñanza de ARPO 247.

—El acto de germinación del manzano no atenta contra la gestación misma del árbol. El ser no es privación de lo debido en virtud de su entidad natural; el mal, por su parte, sí lo es. El ser, como desarrollo paulatino en el devenir, es perfección que clarifica las sinuosidades de lo verdadero; ordenado y armonioso garbo que enaltece lo bello; fandanguillo que florea al compás de lo bueno, y sempiterno romance consigo mismo a la manera de tesorero con peculio inviolable ante las argucias de algún cortabolsas. Por esto, el filósofo de la Tierra que es Amada por el Sol (Adelio Prieto) decía que la acción solidaria del empático sentir sólo será posible si, previamente, el humano se complace en las inagotables ternuras de su identidad —concluyó de forma magistral su disertación el sabio ARPO 247.

Más adelante de la travesía y muy cerca de la Isla de los Jabandijas, los fahrer de la terra Tamare observaron, sobre un pequeñísimo islote, la luctuosa mansión de la anciana Sola Tristitia; fémina que, por información de las crónicas de la cuarta dimensión del Metaverso de Erwin, dejó el hogar que tenía en Maracaibo (Tormo Picola) y se mudó a la casa que construyó en el pequeñísimo atolón colindante con la Isla de los Jabandijas. Según la versión de muchos historiadores, el traslado de vivienda ocurrió luego de que la señora Sola Tristitia se quedara solitaria en su antiguo hogar.

Al parecer, toda vez que la centenaria Sola Tristitia experimentaba algún cambio brusco en sus emociones (hecho que regularmente sucedía), se convertía en una vaporosa silueta que apenas podía ser distinguida por sus familiares y demás planetarios; como si esto fuera poco, al mismo tiempo adquiría una superfuerza que era incapaz de controlar. Esto hizo que sus padres la mantuvieran habitualmente aislada de todos, así como, enteramente cubierta con sombrero, pañoleta, gafas, largo vestido, guantes y calzados; ya que, de esta manera, la podían seguir viendo si se evaporaba.

Con plena certeza decían cuatro de los insignes doctores del Metaverso de Erwin, que la inusual enfermedad de la señora Sola Tristitia era causada porque, cuando infante, la díscola fémina consumió muchísimo ponsigüé vaporoso (conocido en el Tormo Picola como ziziphus), el cual recogía de la superficie del nivel inferior nebuloso que estuviera cercano a la orilla; para ello, introducía su brazo derecho por debajo y entre la muralla de Cayenas de Erwin hasta obtener varios especímenes de la fruta aromática con suave sabor.

La actual vivienda de la anciana Sola Tristitia es de estilo victoriano desvencijado; con colores azul oscuro y blanco mate; de fachada asimétrica con un frontón superior dominante, en voladizo más allá del plano de la pared inferior; constituida por tres pisos más el ático (lugar siempre alumbrado donde habita la retraída fémina); posee ribete decorativo; su exterior es de madera enmohecida y resquebrajada; tiene tejas texturizadas; conserva un porche asimétrico de ancho parcial; a su derecha se observa una torre octogonal con tejado empinado y puntiagudo; ventanales recortados; y vidrieras intrincadas en ventanas y luminarias.

Como anteriormente ya hemos dicho, a la fahrer Inés del Prieto le encanta que su «abue 247» le relate historias de sus vivencias pasadas; de forma particular, le entusiasman sobremanera las arporias góticas (narraciones en verso acerca de temas misteriosos o sobrenaturales); sobre todo, durante los noctívagos viajes por el plano intermedio sidéreo del Metaverso de Erwin. Así, cada vez que transitan cerca de la casa de la anciana Sola Tristitia, Inesita le dice a ARPO 247 que desea escuchar la historia de La Anciana que no Podía Fallecer.

—La reclusa y consumida centenaria,
 desnutrada por los sinsabores del cercano desprecio,
 a lo lejos habita en el olvido del intransitado ático;
 enferma en hiriente melancolía,
 ya que, hasta contiguos insulares,
 prefieren inclinar su cuello para reverenciar
 al artificio que ajusticia sus auténticos tratos.
 Por ello,
 cada día con desenvoltura borda su monótono tiempo,
 aprovechando para esto,
 lo mismo de advenida década:
 ¡hay tan poco por hacer... en abierto sarcófago!

»Allí, la demacrada y amorrada dama,
 otra vez como desde casi siempre hace,
 apremia su parsimonioso moribundo andar,
 en medio del bullicioso eco que produce el vacío,
 a la caza de variopintas vetustas fotos,
 perpetuados retratos de alegres circunstancias del ayer distante;
 los cuales, como prodigioso bebedizo de último minuto,
 a gotas curan sus actuales lacerantes dolencias.

Logrando así que, en lo presente,
 la anciana vuelva a restar lo amado
 que el pasado le ha privado.

»De esta reiterativa manera,
 quien, en el cenit del alborar,
 de esa madrugada que fatídicamente siempre retorna
 a la manera de insistente vendedor que presagia deudas,
 despertose agonizante en afecciones y tribulaciones;
 ahora, al corretear por añejas instantáneas de pretéritos regocijos
 (occisas estampas que el presente diligentemente recusa
 en actual baldaquín de aletargante tragicomedia),
 siente cómo su vitalidad reverdece danzando con Sonrisa y Llanto,
 dúo de enemigas que entrelazan amistades
 mientras ambas aniquilan a su compungida ama.

»Adictivo albur de aquella que,
 queriendo eternamente dormir,
 sin alegrías,
 de toda forma vive
 en el transcurso de otro esclarecido taciturno día,

a lo interno de un habitáculo cuyo portal languidece
por la antipática altivez del recurrente desprecio;
mientras que su “nueva vida” expira
dentro del insensible abrazo de silenciosa noche.

Es cuando, a la vera de lo posible,
surgen risas acicaladas con los espantos del duelo,
así como desesperanza inapelable
en el continuo de lo inesperado que no arriba».

Amigo lector, nos es menester aclararle que aquella
melancólica anciana no es la única poseedora (en el
Metaverso de Erwin) de los prodigios de la anomalía del
ziziphus, pues otro planetario de nombre Manito, también
adquirió los mismos portentos de Sola Tristitia al consumir
mucho ponsigüé vaporoso que conseguía a las orillas de
El Malecón. La diferencia entre la anciana Sola Tristitia y
Manito fue que éste utilizó (quizás por aquello de que, al
dar, recibimos) sus superpoderes (o «talentos únicos», como
él les titula) para servir a los demás planetarios, obteniendo
por ello una placentera satisfacción.

Del mismo modo que Sola Tristitia, Manito el Maracaibero
(pues es oriundo de la ciudad de Maracaibo) posee el poder
de vaporizarse y súper fuerza. Para aprender a utilizar sus
«talentos únicos», Manito decidió habitar la cueva El Samán
que está debajo (y en su centro) de la terra Tamare; hecho
que le da la razón a la Ñata del Moján cuando afirmaba que
había otro habitante en la terra móvil. Una vez, estando
Manito practicando sus súper habilidades, se topó con el
nómada Eleuterio (*top hat* victoriano negro) de cuyo interior
salió Atavar el Mago (oriundo de Terra Spes).

El casi impalpable Atavar el Mago había tomado la decisión
de visitar a Manito el Maracaibero con el fin de obsequiarle
la capa mágica Capacá (tela roja oscura [parte visible] y negra
[cara interior], sin mangas, abierta por delante, larga hasta el
hueco poplíteo, con una columna de ocho estrellas amarillas
en su costado izquierdo), pues Atavar se había enterado de
cuánto se proponía realizar Manito; por esto, Atavar le pidió
a Capacá que se colocara en la espalda de Manito quien,
desde ese momento, se convertía en su pareja de aventuras.
Al instante de ubicarse Capacá sobre la espalda del

sorprendido Manito, éste experimentó que había adquirido el mágico poder de volar a súper velocidad; lo cual, no dudó en comprobar en ese momento, revoloteando alrededor de Eleuterio y Atavar; por si fuera poco, también se dio cuenta de que la percepción de sus sensorios se había incrementado en un 4.000 por ciento, y que podía proyectar su vaporosidad corporal (a 360 grados desde sí) como si fuera una fortísima ventisca huracanada de 240 k m/h.

En más de una ocasión, los fahrer del Metaverso de Erwin se han beneficiado de los súper prodigios del servicial Repusmanito (rimbombante nombre que detenta Manito como súper héroe), ya que éste le imprime, cuando así se amerita, velocidad súper sónica a la terra Tamare; del mismo modo, proyecta su vaporosidad huracanada las veces que los sombríos chufletas han pretendido embarcarse (según ellos, para «dar una colita») en la terra móvil; o, gracias a su hipersensorialidad vaporosa, cuando ha logrado percibir (en todo su esplendor) a los inmateriales sarzagatos y a sus subrepticias triquiñuelas.

Después del recorrido de siete horas, llega puntualmente la terra Tamare (con sus tripulantes) a las orillas de la ciudad Calgary, atracando de costado en el invernal puerto Alberta del Tormo Pomona. Estando ya en la terra firme Zapara, los dos fahrer e Icterus Linneus (siempre acompañado por su inseparable camarada Chompin Krosen) llevan al neoregente, infante aprendiz y neófito flugzeg al Nodrizocomio de Pomona (infraestructura en forma de antigua cuna victoriana con siete pisos, cuatro torres y dos entradas), lugar donde laboran las Nodrizas del Crío que recibirán y cuidarán a los bienvenidos infantes.

Cuando se están retirando los dos fahrer e Icterus Linneus del Nodrizocomio de Pomona, la siempre perspicaz Inés del Prieto se percata de una inscripción en un letrero que dice: «Vicio, Incapacidad e Ingratitud. Tres voraces bestias, así como procaces arpías corrompidas con el material morbo por cuanto deshonesto es, que se apropian de ajenos galardones conquistados con honor y rectitud; con lo cual, mancillan a lo bueno canjeándolo por lo protervo. ¡Sin duda sois tres sazonados manjares que, con afanoso placer, lo pútrido engullirál!».

El maternal cuidado de los infantes provenientes de la quinta y sexta dimensión, descendidos al mundo de los planetarios del Metaverso de Erwin, culmina cuando cumplen los 70 años de edad; yendo así, el neoregente e infante aprendiz, a estudiar a la Universidad de la Rosaleda Sur; mientras que, por su parte, el neófito flugzeg va al Monasterio de Dharana. El maestro se queda en la Universidad de la Rosaleda Sur junto al gran maestro; por su lado, el viceprimer regente (a partir de los 140 años de edad) va donde el primer regente en el Tormo Picola; por último, el archimago se queda con el hierofante en el Monasterio de Dharana.

El Monasterio de Dharana (mística y silenciosa edificación constituida por cuatro pirámides de siete pisos cada una, y dos entradas) está a 4.000 metros de altura en el Peñal de Zerelda (gigantesca montaña en la cordillera de altozanos de Sierra Maestra); esta serranía divide a la terra Zapara en dos porciones ya que la atraviesa de extremo a extremo por su ecuador. Y de esta manera, compañero amigo de la lectura, por el momento dejamos al fantástico universo local del Metaverso de Erwin (quien en sus cinco letras esconde el nombre del Arquitecto de lo Imposiblemente Posible) con el inquebrantable anhelo de volver, muy pronto, a saber de él. ¡Gracias!, inmateriales amigos del orbe terrestre.

CARTAPACIO IX: INÉS DEL PRIETO Y LA HERMANDAD ESPERANZA

Carpe diem!, inmateriales amigos del orbe terrestre. Mi nombre es Inés del Prieto, nieta del Arquitecto de lo Imposiblemente Posible (ARPO 247); la pasada noche me visitó en mi recámara el mágico duende Sun Tai, entrañable amigo de mi compañero de gesta Ñañitus de Guarapera. Sun Tai (luminoso duende de pequeña estatura, redonda cabeza, grandes orejas y alargados pies) tenía una peculiar manera de aparecerse, pues caía, portando un diminuto paracaídas en su espalda, del interior de Marmitum (su prodigiosa marmita) cuando ésta se ponía boca abajo.

Luego del distintivo modo de mostrarse, Sun Tai me pidió (como era de esperarse) lo que él denominaba «piscolabis de pamomas»: lonjas de pan con mermelada de guayaba y, sobre ésta, un jugoso pedazo de queso blanco coreano (de Coro, región de mi Tierra de Gracia); una vez que el luminoso duende terminó de comer su dulce tentempié, de súbito cambió su traje de martinico (hábito de fraile con colores verde oscuro y claro) por la llamativa vestimenta de juglar (túnica con porciones azules y amarillas, calzas negras y decorada capucha rematada a cuadros rojos y verdes).

Narran quienes cuentan que el dicharachero Sun Tai adquirió el arte mágico de la mutación del guardarropa (*ars vestuarium cambiorum*) porque de infante bebió, escondido subrepticamente en el refrigerador de su madre Enitas de Claravilla, muchos duendísticos batidos de zapote (manilkara zapota). Inmediatamente luego del cambio de prenda de Sun Tai, y percatándose éste de que yo sueño no tenía, me preguntó si deseaba escuchar una heroica historia; contenta por la propuesta, me recosté en mi cama para escuchar detenidamente su khimairica narrativa.

—Hace algún tiempo atrás —me dijo entusiasmado Sun Tai mientras probaba un sorbo de batido de níspero (a través de una taza con la imagen del mago Atavar) hecho por las agraciadas manos de mi abuelita Oda Licia de Prieto—, en la exótica comarca donde el sol se complace en amar a tropical

tierra, apareció un majadero e intrascendente ser procedente del lejano Feudo de la Desesperanza que, motivado por la roñosa envidia, indebidamente deseaba aquello que él creía no poseer: ¿Será el ser objeto de posesión u obsequio recibido como capacitación para el hacer? —concluyó filosóficamente Sun Tai.

—¿Y cómo es el Feudo de la Desesperanza? —le pregunté a mi brillante amiguito mientras él degustaba un sorbo de su batido de níspero.

Según las detalladas descripciones de Sun Tai, el Feudo de la Desesperanza (a un costado de la Heredad del No-ser: Terra Spes) es una isla de cuadrada forma rodeada por un caudaloso lago de rechonchos libros (Albufera de los Ciegos Videntes) que está custodiada por cuatro perezas (mamíferos placentarios del orden Pilosa) dentro de cuatro pequeñas casas para aves (cajas nidos) y éstas, cada una sobre una torre ubicada dentro del letrado estuario; de esta manera, en la torreta del norte está la pereza vigía Rolf, en la del sur Ygna, en la del este Lareg, e Yrey en la del oeste.

Cada pereza custodia el ingreso al Feudo de la Desesperanza, pues para los Malvadillos Seres Inconclusos «nadie en su sano juicio osaría desear emigrar» de ese «maravilloso lar»: árido lugar de deslucidos escasos colores; con negruzca vegetación, esqueléticas y carentes de hojas así como de buenos frutos; comarca sucia y bochinchera donde predomina el desorden y lo informal; de circulares calles que, cual enrevesados laberintos, a ningún lugar conducen; destartaladas casas en forma de submarinos, barcos, aeroplanos y módulos lunares, resguardadas por gigantescas murallas «antipillos».

—Sun Tai, ¿sabes cómo son los Malvadillos Seres Inconclusos? —le pedí al mágico rapsoda que disfrutaba cada vez más de su historia.

Ni corto ni perezoso, Sun Tai procedió a retratarme a los innobles Malvadillos Seres Inconclusos, indicando que sus famélicos cuerpos tienen enormes pies y grandísimas manos, acompañados (pies y manos) por un gran rostro ovoide cubierto (en su casi totalidad) por una desproporcionada boca; la cabeza carece de orejas (en su lugar presentan tres escuálidos bellos) y cabello, siendo los ojos tan solo dos

pequeñísimos puntos negros; hombres y féminas se visten con negras batas de baño que nunca se quitan y, sobre éstas, un sucio delantal denim con peto.

Además, ambos sexos usan amarrado a su pie izquierdo (con cabuya de pabilo) un oscuro sombrero *bowler*; mientras que, una tejida alpargata mojanera en el derecho; por su parte, la del pie izquierdo la utilizan como refinada chichonera (sin par sombrero que llaman «cotiza»). En definitiva, son repulsivos entes que se rigen por egoístas «reglas» y a quienes les fascina avinagararles el día a sus inestables conciudadanos debido a su raigal envidia; de difícil trato, pues no dialogan sino que gritan únicamente con el mórbido fin de discutir, debido a que cada uno asegura que los defectos son poseídos por los demás.

—Sun Tai, ¿cómo vino a nuestro terruño el Malvadillo Ser Inconcluso del cual hablas? —nuevamente interrumpí al duende cuentista con el anhelo de recibir pronta respuesta a mi juvenil curiosidad.

—¿Recuerdas Inesita, única infanta de Terra Spes y Tierna Corderilla del feraz filógrafo cuyo lapicero detenta la dispensa de inmortalizar, cuando en época de la Noche Oscura de Picolabury, Ñañitus de Guarapera y Tuquecón de Halicarnaso, ambos dentro de Olletum (marmita-vehículo del gótico *leprechaun*), tomaron el «*drumlin* M-144» («Anillo de Hadas M-144») pero al ingresar en éste «algo desconocido aconteció» que los hizo aparecer sobre tu cama? —me preguntó Sun Tai dando par de brincos sobre el lugar de mi lecho donde, según él, habían aparecido Olletum y compañía.

—¡Sí, recuerdo! ¿Qué tiene que ver eso con la historia que me estás contando? —le respondí al saltimbanqui duende mientras le quitaba las arrugas que a mi colcha para dormir le habían generado los rebotes de Sun Tai.

—Te explico: se desplazaba el Malvadillo Ser Inconcluso protagonista de este cuento (de nombre Malvadillín) con cinco zagaletones más sobre un humeante y ruidoso triescúter (desvencijada moto con tres llantas) cuando al casi asfixiado conductor se le ocurrió accionar, como pudo en medio de esa enredadera de malvadillos, el

ensordecedor claxon (popular y cotidiana mala costumbre de contaminación sónica); esto hizo que Malvidillín cayera de la pasola, como consecuencia del repentino susto, en el justo instante que nuestro amigo Ñañitus de Guarapera y sus camaradas (Tuquecón de Halicarnaso y Olletum) huían apresuradamente del desagradable Feudo de la Desesperanza a través del *drumlin* M-144, hecho el cual, absorbió sin querer a Malvadillín hasta la orilla de esta Tierra de Gracia —disertó pormenorizadamente Sun Tai sin más del exquisito batido de níspero en su tacita con la imagen de Atavar el Mago.

—Aclaradas ahora todas las dudas con respecto a los Malvadillos Seres Inconclusos, su feudo y la manera en la cual llegó el furibundo Malvadillín (remedo de blancuzca chupeta con negro ropón) a tu terrón —continuó Sun Tai mientras intentaba imitar con circenses mímicas al codicioso ente—, prosigo con mi historia: caminaba Malvadillín por la orilla del Lago de Maracaibo cuando vio a la corpulenta roca Varadero Mudstone (triangular piedra marrón azulada con un hongo Tomophagus Colossus como sombrero) mostrando la fortaleza de su pétreo cuerpo. Esta circunstancia fue suficiente para despertar la envidia de Malvadillín; el cual, de forma sigilosa y solapada, secuestró al despistado Varadero colocándolo sobre un bote con el cual huyó navegando por el estuario maracaibero.

—¿Cómo el enclenque Malvadillín pudo atolondrar al fortachón Varadero Mudstone? —interrumpí a Sun Tai con mi ceño parcialmente fruncido.

—Esto que te voy a decir, antes lo desconocíamos... ¿Recuerdas que los Malvadillos Seres Inconclusos usan una larga bata negra que nunca se quitan? —me preguntó Sun Tai como para corroborar que efectivamente le estaba prestando atención.

—¡Sí! ¿Y, qué con eso?

—Resulta que la azabache vestimenta talar expele un hedor que no perciben los coterráneos del Feudo de la Desesperanza, pero sí sus foráneos, como fue el caso de Varadero Mudstone —me explicó Sun Tai mientras se observaba en mi espejo Agnes con el fin de acicalar su pintoresco atuendo.

—Entonces, cuando a hurtadillas Malvadillín se acercó a Varadero, ¿el repelente olor de la vestidura de aquél atontó a Mudstone? —pregunté a mi amigo con las gesticulaciones propias de un detective que infiere posible conclusión, a lo cual él, claramente satisfecho, asintió con algunos movimientos de su cabeza para, luego, continuar con su narrativa.

—Lejos de la playa y casi en medio del sereno Lago de Maracaibo, creyendo que allí podría apreciar con calma y detenimiento la poderosa complexión de Varadero, el inestable Malvadillín se percató del húmedo y refrescante movimiento (generado por repentina borrasca) de la ola Marullo Mareta (parecida a un líquido submarino rosado con forma de tonina); como la envidia una vez más volvió a dominarlo, Malvadillín utilizó nuevamente su fétido hedor hasta apoderarse de ella colocándola en un cuenco al lado del atontado Varadero.

»Desde el cielo —continuó Sun Tai apuntando al techo de mi cuarto con una circense cabriola—, el volador y ágil relámpago Catatumbo (zigzagueante descarga de amarillento resplandor cuya identidad oculta tras el pacífico farolero de Maracaibo: Lanterna de San Antonio) se percató de que tanto Varadero Mudstone como Marullo Mareta, sus compañeros de súper aventuras, estaban apresados por el orate Malvadillín; por tal motivo, Catatumbo fue a toda prisa a buscar ayuda con el fin de socorrer a sus amigos.

»En pocos segundos —indicó Sun Tai describiendo círculos sobre mi escritorio con los brazos extendidos (cual si fuera un avión)—, Catatumbo llegó al hogar del tuqueque Tuquecón de Halicarnaso (ubicado detrás del cuadro pintado en honor a ARPO 247) y le comunicó que un inicuo ser había capturado a Varadero y Marullo causando en nuestra madre Tierra un desastre ecológico, pues el suelo se había vuelto incultivable además de que ya no había agua; escuchando lo referido por Catatumbo, Tuquecón se alistó apresuradamente con el fin de ir al rescate de sus amigos.

»Sin perder tiempo, Tuquecón (trajeado con una camiseta azul oscuro y opaca capa roja, pues estaba remedando al poderoso terraspesiano Repusmanito, según lo informado por Sun Tai) se montó en el cambiante Cepimovil

(supersónico carrito de cepillados producido y conducido por el energético Kalg-Ry, su maestresala) y fue rápidamente a rescatar a sus amigos; entre tanto —enfaticó Sun Tai probándose un bicolor disfraz de bufón que sacó de Marmitum—, la madre Tierra estaba lóbrega mientras que todos sus habitantes se entristecían al ver cómo ella fallecía poco a poco.

»Al llegar a la orilla del Lago de Maracaibo, el icosaedro Kalg-Ry, poseyendo las coordenadas (en su Sistema de Posicionamiento Global [Navstar GPS]) donde Malvadillín tenía a Varadero y Marullo, convirtió al Cepimovil en un ecoeficiente Cepibote de propulsión a esperanzas (centenares de pompas de numerosas coloraciones que, al verlas, producían entusiasmo) con el cual poder llegar hasta sus compañeros; «por si las moscas» —según los coloquiales decires de Sun Tai mientras se mecía dentro de un verdoso bombín que apareció debajo de él y sobre mi escritorio (sombrero semiesférico de fieltro en forma de hongo)—, Tuquecón se colocó una máscara de buceo con *snorkel*.

»Mientras tanto, en el centro del Lago de Maracaibo, cuando Malvadillín aseguraba al bote la cuneta donde tenía a Marullo, sintió que un enérgico viento sacudía su embarcación: era el brioso celaje Chubasco de Sotavento (azulado nubarrón con forma de Blimp y ostentosa guedeja) que, encorajinado por el injusto rapto de sus amigos, procuraba librarlos con briosos soplidos; lamentablemente —dijo Sun Tai con sus manos cubriendo su rostro— todo fue inútil, pues Malvadillín también lo atontó con su fétida peste.

»En el preciso momento en que Tuquecón, montado sobre el raudo Cepibote con su ayudante Kalg-Ry, alcanzaron a Malvadillín empezó a escasear el vital oxígeno —aclaró Sun Tai mientras colocaba sus manos sobre su cuello como si se asfixiara—; aprovechando esta eventualidad Tuquecón, de un gimnástico salto, abordó la deslucida embarcación del ser inconcluso liberando así a Varadero, Marullo y a su viejo amigo Chubasco de Sotavento; para lograr este rescate, utilizó su *ars cantorum viloriam* (cántico del enamorado que enajena a las muchachas y atolondra a los mozalbetes) el cual dejó abobado por unos minutos a Malvadillín.

—¿Por qué no afectó el mal olor de la vestimenta de Malvadillín a Tuquecón? —pregunté extrañada a Sun Tai.

—Ya que el enamoradizo tuqueque siempre, antes de salir de su habitáculo, vierte sobre su cuerpo copiosas cantidades de colonia Pachulí de Nueva Granada, lo cual evita que perciba el desagradable olor de cualquier Malvadillo Ser Inconcluso —me respondió Sun Tai sonriendo para, luego, continuar con su historia:

»No te das cuenta de que reteniendo a estos elementos naturales dañas al medio ambiente (necesario para nuestra común existencia), a todos los seres vivos y hasta a ti mismo —dijo Tuquecón a Malvadillín después de que éste saliera de la hipnótica modorra ocasionada por el *ars cantorum viloriam* de aquél—, recuerda que entre todos nosotros existen indivisibles lazos de interdependencia; por lo tanto, ¡libéralos! para que el planeta retorne a su equilibrio, y así podamos compartir entre todos los recursos que nos obsequia la naturaleza.

»Malvadillín, pensativo durante unos segundos —continuó con la narrativa Sun Tai mientras hacía malabares con tres de mis pinceles— y después de mostrarse profundamente apenado por los sinsabores que había ocasionado, comprendió que al dañar a la naturaleza se perjudicaba a sí mismo (¡El mal al otro [o a lo otro], en definitiva, es detrimento a uno mismo!); esta adquisición de consciencia hizo que Malvadillín sufriera visibles cambios en su cuerpo: manos, pies y boca se achicaron hasta su proporcional tamaño normal; en su cabeza aparecieron orejas y ahora sus ojos sí presentaban pupila, iris y esclerótica.

»Esa inesperada nueva apariencia física motivó al antiguo Malvadillín a cambiar su nombre por el de Trememundo —prosiguió contando el acróbata Sun Tai a la vez que sumaba tres nuevos pinceles al anterior trío protagonista de sus malabares—. Luego del renovador cambio de apelativo, el ahora relucido Trememundo decidió retornar al Feudo de la Desesperanza con el objetivo de transmitirles a sus coterráneos el ecológico y solidario mensaje que aprendió de los pacíficos integrantes de la Hermandad Esperanza.

—¿Cómo hizo el ahora Trememundo para regresar al Feudo

de la Desesperanza? —pregunté a Sun Tai casi atónita ante sus desarrolladas facultades equilibristas.

—Con la ayuda de Kalg-Ry... Para que el viaje fuera inolvidable, a Tuquecón se le ocurrió la creativa idea de que su maestresala energético proyectara la holográfica imagen de una piscina inflable llena de agua en la cual introducirse Trememundo y él (trajeados ambos con coloridos pantalones cortos estilo hawaiano). El par de nadadores se divertía de lo lindo dentro de la alberca jugando con una enorme pelota de playa multicolor mientras Kalg-Ry los llevaba volando hasta el terruño de Trememundo —describió pormenorizadamente Sun Tai.

Terminada la narrativa acerca de las andadas del alocado Trememundo, el impredecible Sun Tai se despidió de mí mientras llenaba el interior de Marmitum con sabrosísimos *brownies* maracaiberos estilo Odita que mi abuelita le había obsequiado; después, se colocó una roja escafandra de cosmonauta (extraída, cual habilidoso prestidigitador, de su calzado derecho), pues su amigo Urión lo vendría a buscar para llevarlo de vacaciones al planeta Alpha 1; y, en efecto, al instante apareció el esperado Urión de Panatella sobre una metálica bolsa-escondite volante (Oranche).

Según la pormenorizada descripción del ahora eufórico Sun Tai, aquel risueño ser era un desgarbado hurón interplanetario oriundo de la galaxia Maple y habitante del planeta Alpha 1 (cuyas futurísticas ciudades fueron diseñadas por el gran arquitecto de lo imposiblemente posible: ARPO 247), de dicharachero genio maracaibero que gusta de la tradicional gaita zuliana, trajeado con un holográfico *junper* (*overall dress*) portador de la tridimensional imagen de la galaxia Hoja de Arce. Después de las amistosas presentaciones, Sun Tai (dentro de su vehículo mágico Marmitum) se montó junto a Urión en la nave Oranche para, luego, desaparecer en un ascendente y rápido impulso.

CARTAPACIO X: SINOPSIS EN TERRA SPES

Carpe diem! ¿Te gustaría entrar aquí donde yo soy?, paraje en el cual tú también serás, pues con tu lectura uno somos. Si lo consientes, podría ser yo tu incógnito cicerone, ten en cuenta que casi nunca saborearás la coincidencia de reencontrarte con las más recónditas esperanzas; para esto, continúa con la silente vocalización de los signos lingüísticos, ya que éstos serán el salvoconducto que posibiliten tu ingreso a la verdad que se enmascara, agazapada, tras la luminosa oscuridad. Entonces, prosigue advirtiéndote cuanto se allega: la sonrisa sin labios y el refinado perfume carente de aroma; ¡hoy estarás siendo bienvenido al nuevo mundo!

En un lugar remoto, quizás tan cercano de tu palpitante corazón que ha pasado desapercibido frente a tus múltiples (aunque escasos) sentidos, retozaba pensativamente Inés del Prieto en su fotofóbica habitación cuando inesperadamente (como advienen los esperados óptimos resultados que la vida adjudica sin lo previo de sus indicios) un morado *top hat* victoriano salió volando del Espejo de Agnes hasta detenerse frente a los dibujos que Inesita había colocado en una pared de su cuarto.

El volante sombrero iba de un lado a otro observando con detenimiento los diseños de Inés del Prieto, mientras ésta se preguntaba, desde lo incógnito de un margen de su lecho, quién era aquel prodigioso artilugio (¿o debió inquirir qué era?) y qué hacía revoloteando en su recámara; cuando el *top hat* victoriano se percató de que Inesita lo había visto, el sombrero se acercó a ella con el fin de dejar caer sobre sus manos un libro de cuentos (de título: *Terra Spes*) el cual obtuvo de su oscuro interior.

Inés del Prieto, después de leer el epígrafe del libro, lo abrió y observó un dibujo donde aparecía, de forma panorámica y al fondo de una cordillera de siete montañas, el extenso y campestre Valle de la Tierna Corderilla de Terra Spes; por su parte, el mágico *top hat* victoriano, a través de un rápido movimiento de cuchara, introdujo en su interior a Inesita para luego, volando, entrar con ella al dibujo previamente observado.

En Terra Spes (Feudo del No-ser), Inés del Prieto (dentro del sombrero volador) alcanzó a leer un letrero ubicado en el portal de ingreso que indicaba: «Un solo reino, perteneciente a un rey y a una única princesa (infanta de mis esperanzas)». De repente, se les acercó Atavar el Mago con su aprendiz Neófito sobre la patineta mágica Pernixis; seguidamente, el etéreo Atavar se introdujo de un salto en Eleuterio (nombre del *top hat* victoriano) al lado de Inesita.

El ahora trío de aviadores pasó sobre el Portal al Mundo de los Sentidos, observando cómo Triturel el Bandolero y su amigo Camellosky se escondían, detrás de una enorme roca, esperando subrepticamente que tres tinas de helado de chocolate (sobre un bote de remo amarrado a un blanco nubarrón) transitaran por el lugar para ellos sorprenderlos y cometer así una candorosa fechoría; lamentablemente, la calculada atmósfera fue interrumpida por un estridente grito del dromedario Camellosky cuando vio que tenía una tara bruja en su joroba.

Siguiendo el cauce del río Larga Esperanza, Eleuterio y sus dos tripulantes llegaron al Lago Graciela, donde el pez Ixthus, trajeado cual profesional buzo, se zambullía en el agua; entre tanto y a pocos metros, el duende Sun Tai y su intergaláctico amigo Urión de Panatella se deslizaban a través de un tobogán en forma de espiral, el cual desembocaba en una enorme taza de húmedas orquídeas; mientras que, por su parte, Rahner (etérico oso de felpa de Neófito) miraba la hora en su reloj de arena digital a la vez que, plácidamente, se bronceaba con un baño de sombras.

Con agraciada delicadeza, Atavar y compañía doblaron a la derecha para mejor apreciar las ambarinas tonalidades de un alado submarino de papel que con un movimiento de arriba a abajo (a modo de diestro cetáceo) surcaba el cielo con siete verduzcos vivitos (*forpus passerinus*) sobre él; entonces debajo y más allá del Portal de Asat (entrada al Feudo de la Desesperanza), observaron como el transformado Trememundo (otrora Malvadillín) sobre el lomo de la ola Marullo Mareta (rosado sumergible líquido con forma de bufeo) atravesaban la caudalosa Albufera de los Ciegos Videntes con el fin de llegar a la próxima cuadrículada isla.

Luego, ejecutan un acrobático giro a la izquierda con el fin de atravesar la Comarca Esperanza, donde el melenudo y orejón Manito el Aldeano (oriundo de Maracaibo), después de brincar al melancólico Hermano Materia, quien pedía ayuda al Tío William con el ferviente deseo de comprender los enredados aforismos de ARPO 247 (maestro de magos renacido de manera póstuma), se convirtió en Repusmanito; heroico humano común (como tantos guarecidos en el olvidado metaverso del No-ser) que revoloteó alrededor de Eleuterio y sus tripulantes describiendo una espiral, pues perseguido era por una cucaracha voladora que suspiraba su autógrafa.

Por debajo de esa acrobacia saltimbanqui apreciaron, en el puntiagudo campanario de la antigua Ermita de los Templarios de la Hermandad Spes, cómo el espantadizo Ludovico Joroba corría presurosamente perseguido por la resonante campana Tangalán, ya que ella travesaba de dicha por lo motivador de un nuevo día. ¿Será que tan atleta instrumento ansiaba entonar encubiertos cánticos de alegría o sólo necesitaba un poco de ayuda para repicar la más hermosa fanfarrea a la verdadera ralea del anónimo escritor, Inés del Prieto, infanta única de Terra Spes?

Dirigiéndose el trío de viajeros a la verduzca Meseta de Seni, al norte de Terra Spes, se toparon con el imponente Castillo Spes; en el interior de éste, en la plaza central de Villa Inesita, estaba el mal encarado verdugo Fortovich regando con delicadeza y extremo cuidado el madero de una horca (la cual del estreno nunca participaría de sus efectos) hasta hacerlo florecer con coloridos pimpollos campestres; mientras el alocado Sanatorrio Lucido se balanceaba de sumo gusto, como si se tratara de un columpio, en la soga del cadalso.

Tomando altura, Atavar señaló a Joseph el Cruzado, quien con jícara en mano y toalla en antebrazo intentaba persuadir a su espada Pleitipus de que ya era hora de su postergado baño; entre tanto, en el adarve posterior de la muralla de la fortificación, Jarret el Espacial y el autómatas Quifar Vochowagen (venidos en el Cosmovil, interplanetaria nave en forma de aerodeslizador [*hovercraft*] y constituido por retazos de telas) le obsequiaban al paje Honorato Cosa

una familia de pequeños astros que, cual rusa *matrioska*, se introducían ruidosamente los unos dentro de los otros.

Un poco más allá de aquéllos se encontraba, sobre los hombros de Armando el Armado, Micha el Arquero intentando atrapar al escurridizo astrólogo Astrolix ya que éste casi caía del techo de la torreja mayor al montarse en su cenceña pértiga pues el augur de las constelaciones tenía el inaplazable deseo de utilizar su nuevo telescopio en zigzag. «¡Eh, intrépido centinela; dinos: ¿qué ves con señorío en lontananza?!». Le inquirió Atavar, a lo cual el denodado astrónomo Astrolix respondió: «¡Otro buen día para estar vivo, señor!».

Detrás del Castillo Spes y antes del engañadizo Portal de Mara (donde lo ilusorio cree forzar las definitivas convicciones de lo real), entrada al lóbrego Submundo del Olam, estaba el famélico prisionero Toglorita buscando con afanosa bizzarría (como si de un minino se tratase) a su amigo de interminables tertulias: Grillete Libertatis (imaginario cuadrado que profetiza la continua necesidad del no augurio); a su izquierda, Veteraco el Limoktonúm, lóbrego cenobita de prosapia infernal que vaga hambriento de pútridos entes, se disponía a broncearse con la brumosa textura de la espesa niebla que le acolitaba mientras se embelesaba con los modulados lamentos de su longeva y deslucida marmita.

Desplazándose a la izquierda en inesperada rotación, los tres celestes aventureros observaron cómo el dragón Curricán Boliche (quien ostentaba un picudo cuerno de periódico adherido a su frente, ya que afirmaba pertenecer a la familia de los unicornios de ignición) y Jipatillo el Fantasma manifestaban, con danzantes carteles, a favor de las sociedades protectoras de quiméricos animales y aparecidos espectros; mientras que el genio Phoenix se les acercaba, amarrado a un globo en forma de usada piñata, pues éste deseaba entregarles a aquéllos unas coloridas invitaciones a su fiesta de no-cumpleaños.

Con un descendente viraje de Eleuterio al oeste, los viajeros se trasladaron a un bucólico paisaje donde apreciaron el campechano Monasterio de Dharana, lugar en el cual

encontraron que el taciturno monje Alquimia bailaba, con su escoba Lampazo y sus imaginarios amigos del vivaracho Clan de los Coriandoli a Carnevale, al ritmo de los eufónicos versos de Canticum (cactus *astrophytum* del cardón *ferocactus* conocido como Percival el Hermano Lego) y de las musicales notas de la tambora de Tuquecón de Halicarnaso.

A poca distancia y bajo la fresca clandestinidad del Pinar de Coroticus, constituido por frondosos cujies con grandes piñas (de color marrón brillante y con un pedúnculo grueso) a semejanza de los frutos del pino, Tuquecón, sentado junto a Kalg-Ry, quien conducía el cepimovil (ahora en forma de carrito de polos [helados]), dialogaba con el desconocido feraz filógrafo de los albuers sobrevenidos en el No-ser (en forma de lapicero con la dispensa de inmortalizar) el cual le entregó a la dicharachera lagartija unos folios que, al éste con sumo agrado recibirlos, se transformaron en millares de monedas de oro.

Después, al sobrevolar Tontolandia (parcela conurbana al frenocomio Sepultus Cor, hogar del ensimismado Sanatorio Lucido), la escoba mágica Balai pasó planeando por en medio de la Plaza del Pipiolaje con sus tres hijas, seguidas de la torpe hada Maladroid, la cual estaba sobre un trozo de queso en un coche azul (para bebé) conducido por Chispita el Aprendiz de Bufón; asombrado, Bummita la Bomba (cuyo verbo estremecía lo circundante como reverbero de poderosa tempestad) observó la persecución desde su casa en forma de caja de fósforos, hasta que los protagonistas se dirigieron al encantado bosque de Eopta.

En el ingreso a la tupida, silenciosa y sombría floresta estaba un levitante letrado sin algo escrito que, al acercárseles nuestros voladores amigos, les preguntó con musical soniquete para chiquillos: «¿Le teméis a la oscuridad?»; curioso que quizás se justificó cuando a la derecha de aquél, y tras una calzada de morosa espera, vieron la añosa casa (de ladeada arquitectura victoriana) del fantasmal Tibursio Malatesta, quien se encontraba recostado, con evidente dificultad dentro de una pequeña cuna de nogal del siglo XIX, pintando sus claroscuros pensamientos frente a su umbroso hogar.

Ahora, a un costado del bosque de Epopota, se toparon con la colorida y bulliciosa Aldea de los Gigantes, terruño de todos los menudos duendes de Terra Spes, en la cual, el metalero Ñañitus de Guarapera le obsequiaba góticas tonadas a su marmita-vehículo Olletum a través de su guitarra eléctrica Budokan Les Paul; al extremo derecho de aquel poblado, vieron las Tierras Bajas de Terra Spes, donde habitan los pequeños gigantes como Ludovico Joroba; en medio de ambos feudos apreciaron al robótico -9+6 atascado en un pequeño puente de Einstein-Rosen triangular, interdimensional portal al utópico Orbe de lo Imposiblemente Posible (lar de la futurística ciudad Alpha 1 de ARPO 247).

Ya cercanos al Portal de los Sentidos y sobrevolando la casi limítrofe Arboleda de la Cascada, contemplaron cómo Bhoosty el Espectro practicaba *sky surf* sobre una mohosa lápida; luego, cuando el *top hat* Eleuterio y Atavar el Mago decidieron llevar de vuelta a su hogar (cobijo que, por ella, siempre en amante espera estará) a la agradecida Inés del Prieto, el brioso celaje (que sufre de acrofobia) Chubasco de Sotavento los impulsó con una sonora bocanada de refrescante aire mientras el brillante Catatumbo los acompañaba iluminando su aérea ruta.

¡Sean todos bienvenidos al nuevo mundo pues, mientras más seamos, mejor resultará!

EXCURSUS

«¡Cada instante posee su nombre!». ARPO 247.

Post Tenebras: El disangelio de Veteraco el Limoktonúm

(versión acabada de la presentada en el libro

Lux in tenebris [texto βδ-30/1]).

Yo, Inés del Prieto, extraviada en los laberintos de la efímera refocilación sabatina, ingresé con presuroso sofoco a uno de los tantos lavabos del centro comercial Rosal Mall, imbuida en una sensación de soledad y frustración por la asfixiante sociedad de simplona chata uniformidad; allí, con congoja vital, enjuagué mi rostro a guisa de quien asea su terror por lo común y ordinario de la repetitiva cotidianidad.

Es cuando existencialmente te interrogas: ¿Por qué las masas carecen de fundamental sustancia? En ese momento, el supuesto sabio de entre tantos ignorantes esgrime, con envanecida obviedad, que «la vida consiste en experimentar a través de las ignotas hondonadas de tu ser»; ahora, si allí está la respuesta a mi penitente vacío, ¿por qué, entre muchos, diariamente nos encontramos y no como solas individualidades existimos?

Cuando salí del baño, libre al fin del apestoso tizne de lo materialmente humano, me hallé huérfana de las terrestres corporeidades, sin siquiera escuchar las roñosas socarronerías de las pestíferas melindrosas atiborradas de colores y fruslerías; cretinas que solo piensan en mecenas sementales, lúbricas copulaciones, lúdicos partos y beodas juergas; reparonas con lo inusitado que es disconforme a sus baladíes existencias.

Era lo por mí visualizado, ¡cruel calamidad de lo fortuitamente inaudito que como posible se innova en lo rutinario!, una extraña dimensión (intimidantemente gélida) de atmósfera vaporosa y alucinante acontecer; en ella, trémulas escenas que titilantemente mostraban gibosas máculas deambulando anónimamente por doquier sin, de mi corpórea figura, percatarse.

¿Cómo, ¡oh desgraciada de mí!, inferir repentino oscuro terror en medio de las soñolientas luces de lo monótonamente cotidiano? ¿Cuál ha sido el portal por el cual emigré de la física tridimensionalidad a esta etérea

realidad sin las complacencias de los entendimientos y sus consabidas razones? Así, servida a tu inescrutable fatalidad, lo sobrenatural confisca mi consternada alma, asediando, con jadeante miedo, el todo de mi humanidad.

Las sombras masculinas, sin saberlo, sobre sus dorsos acarreaban (nítidas para mí) esqueléticas fisonomías teriocéfalas (con cabezas de ratas, quirópteros, cerdos o bradipódidos) que fustigaban sus complexiones; mientras las femeninas, sin advertirlo, engomadas a sus torsos hospedaban rapaces gárgolas con orejas de chacales y extremidades de serosos pólipos; en tanto, las pocas restantes, deambulaban mondas y lirondas sin virulentos sablistas que las aguijonearan.

¿Pero dónde, de mi ser, estaba su paradero? Acaso, subrepticio sino, ¿aquello versaba sobre las asperezas de realista desvarío natural, de físico cansancio? ¿O, en su defecto, todo lo experimentado atañía a mi cosechado girón de tártaro que en vida acaudalé con afanosa demasía? De ser así, ¿por qué peregrinaba en arcana tierra donde me era vedada la fortuna de discernir, en lo observado, al vivo del difunto; de lo demoníaco su costalero y del escarmentado sus puntuales meollos?

En definitiva: ¿eran las indefinidas manchas los encarnados que en mortal vida purgaban indeliberadamente cada uno de sus gazapos morales?; así como, ¿las escalofrantes nítidas figuras eran los verdugos que les propinaban subrepticamente sus merecidos tormentos? Aún más, ¿quiénes entre todos realmente ondeaban el gallardete de lo horrendo y cuáles, con temblor e iracundia, lo padecían?

¿Dónde está la segura presencia de mi padre o la grisácea cabellera que, desde lo lejano, me advierte la estampa de mi amado abuelo? Adónde la seguridad de lo terreno: sus materias y las preclaras sensaciones de éstas? Aquello que ahora me contiene, ¿sólo responde a sibilina didáctica a través de un indeseado préstamo de fantasmagórica apariencia o el nuevo embalaje es acorde a la eternidad de esta alucinante estancia?

Paralizada por las gravadas áncoras del desconocimiento e inconsolable sin mis querencias, apenas logré no enajenarme de mí misma; entonces, espeluznante helor ante lo

incomprensible que (sin difidencia alguna) del constreñido mortal acorta separación, a truncada distancia observé la aparición de una larguirucha entidad que parsimoniosamente se acercó; su rostro cubierto por oscura sombra tétricamente plagiaba mi trance de concebir aquello que con eso rayano me podría sobrevenir.

De esta manera, omitiendo el arrepentido prólogo de la humana confesión, ¿era ya mi turno de los suplicios infernales paladear su abominado sinsabor a través de uno de sus sayones? ¿O habría arbitrio para la defensiva impugnación? Y como emigrado del mismísimo averno, ese penetrante aroma a verdoso juego de polo que se avecinaba, de mí reprochaba alífera faena: ¿enloquecer ante la revelación de lo espectral o, de su funesta luz, propiciar comprensión?!

Posado frente a mí, detallé que el errabundo espectro poseía brumoso sombrero de teja, azabache vestidura talar con esclavina, raídos todos por lustros de apesadumbrada peregrinación; en su mano derecha tenía un luengo caduceo empuñado (con irritante desgano) por purpúreo mitón, mientras que la oscuridad de su rostro únicamente dejaba visualizar dos lumbreras rojizas (en vez de ojos) y una pronunciada sonrisa huera que, de sus arañados labios, prescindía de movimientos.

Aunque levitaba sin la natural posesión de pies, se balanceaba sosegadamente a diestra y siniestra, cual lóbrego fandango con la muerte, como si diese consecutivos pasos acompañados por reverberantes sonidos de tacones que remisamente me helaban la sangre; detrás de él, una longeva y deslucida marmita era arrastrada (en la trastienda de lo indeseado) emergiendo estridentemente de su interior, por cada azote con el adoquinado, millares de desgarradores lamentos.

Me fue muy difícil constatar la altura, anchura y profundidad de ese agónico andurrial; así como, experimentar el sucederse temporal de sus lapsos. pues me parecía soportar, en ininteligible dimensión, una constante perennidad atestada de las malaventuras procedentes de las egoístas omisiones. Así, cuando estuvo frente a mí esa esmerilada entidad de glacial atmósfera, poco atiné a diferenciar de sus formas y acciones aquello que propiamente mío se distinguía de lo únicamente suyo.

Impertérrito en mi vanguardia, entre inaudibles singultos, se dio a conocer como «Veteraco el Limoktonúm»: fantasmagórico eremita condenado a expiar sus pretéritas ignominias golpeando con su macizo caduceo el hombro derecho de quienes recusaban su ineludible momento de defunción para, después, pesar los actos de los miserables difuntos en una báscula que sustraía de la postergada marmita la cual, tras sí, solapadamente transportaba a disgusto.

Si algunas de aquellas despreciables ánimas no lograban mover los sendos platillos de la sibilina balanza, pues carecían de individual sustancia al estar vacías de cavilaciones mas copiosas en arrogante frivolidad, Veteraco se las arrebatava a la muerte para recluirlas en el pestilente ergástulo de su olla hasta cuando expiaran cada uno de sus débitos experimentando, en desmedido dolor de agría soledad, su bárbara y primitiva óptica compleción.

Sin un alto en su peroración, el locuaz Veteraco me esclareció que las insulsas almas que él debía aprisionar en su marmita eran los «Enais Mefíticos» (novísimo epígrafe de espinosa elucidación) quienes estaban constituidos por: los arteros políticos de ególatras pretensiones cicateras, los sádicos y morbosos criminales de sórdidas mociones, los acaudalados mezquinos inconmovibles ante el consanguíneo lamento y los baladíes oníricos epígonos de lo repetitivamente acostumbrado.

Patéticas lisiadas apariencias, en el ayer, intolerantes con los menos aptos, así como orgullosas contra los poco afortunados, pero ahora sí gemebundas de benevolencia ante el anacoreta infernal por las malhadadas cosechas de sus anteriores decisiones; sin saberlo, los muy altivos habían canjeado vida por inconsciente aprendizaje aliñado con el suplicio del propio vacío.

Y Veteraco, ante mi inquisidora mirada que le imploraba la llave mágica por medio de la cual evitar en la artificiosa material vida las terribles consecuencias de nuestras infectas obras únicamente, ¡ramalazo del importuno anfibológico logogrifo!, me mostraba ceremonialmente dos dedos con su rojo mitón (¿sentir y realizar?) para, luego, a semejanza de desvariado energúmeno, colocar mi aturdida atención sobre

las manos de los ominosos escarmentados (¿allí, de cada uno, la escapatoria?).

Por otra parte, el umbrío cicerone, siempre con impertérrita sonrisa y sin deslizar sus entumecidos labios, me confesó que las esqueléticas figuras teriocéfalas, así como las aves de rapiña con rostro de féminas, eran muertos que cohabitan con los encarnados (gibosas máculas por mí visualizadas) para desagraviar sus reatos a través de la vampirización de los Enais Mefíticos; por su parte, él era un «Limoktonúm» o lóbrego cenobita de prosapia infernal que vagaba hambriento de pútridas almas.

Ahora no puedo negar que en ese instante padecí ajeno bochorno y sarcástica agonía por la desdichada suerte del espectral Veteraco; ya que, a pesar del ostentoso apelativo «Limoktonúm» («devorador de almas corrompidas»), no era más que el desapercibido Señor del Trascenio Mortuorio; obediente segundón que perpetuamente debía engullir toda la carroña que ni la muerte fuera capaz de digerir sin que esto le satisficiera.

De esta manera, me percaté de que el ensimismado Veteraco oficiaba en el «plano fantasmal» (zona que, según sus revelaciones, comparten los «muertos» con nuestro tridimensional espacio, empero, con distinto tiempo) acolitando a las astrales «Psicopompas»: bellas mozas (*Sapor mortis!*) con alas de buitre y fortísimas garras (para que no huyan sus presas) que a los encarnados anunciaban su inaplazable instante de franquear el umbral de ultratumba.

Aún me cuestiono acerca de quién, entre los cinco protagonistas de esta lóbrega narrativa, agenció para sí el execrable tajo del inclemente destino: ¿Habrán sido los todavía encarnados que, sin saberlo, eran vampirizados? De estar equivocada, ¿fueron entonces los desencarnados que padecerían intolerable purga dentro de la marmita de Veteraco o, antes bien, las rapaces arpías y las teriocéfalas fisonomías? Quizás, ni yo obtuve el despreciable laurel, ya que Veteraco es quien soporta el peor de los infiernos.

Antes de retirarse el lóbrego cenobita, pues estaba forzado a continuar con su indeseado sobrenatural menester, con abatimiento (como aquel que declarar públicamente sus

vergüenzas, con bochorno, debía) me mostró tres irregulares zarpazos en su marmita (los cuales identificó como: «libertad, elección y consecuencias») musitando: «*Sors tua mortalís; non est mortale quod optas*» [tu suerte, mortal; no es mortal cuanto eliges]; fue cuando comprendí el porqué de su desdeñosa sonrisa...

Y, sin dudarlo, hasta hoy creo que en ese motivo descansaba la sinopsis del disangelio (anuncio de desventurada noticia) de mi recordado Veteraco, pues la supuesta sonrisa realmente era un frío mohín de sus labios a través del cual expresaba burlesco enfado, a la manera de quien por las justas consecuencias de sus individuales decisiones ríe (de último) satisfecho ante aquellos que creían tener las feraces primicias de los terrestres bienestares.

De súbito, igual que emigré a aquélla, volví a esta corriente isla de plácida ignorancia para seguir viendo cómo, día tras día, la burda materia triunfa sobre el incorpóreo espíritu; ¡ah!, pero no olvido ese lugar donde, rodeada por los negros mares de lo arcano, tuve la oportunidad de elevar mi mirada al feudo del más allá y balancear mi relación con lo infinito, lo cual, desde ese momento, me permitió exorcizar los verdaderos cadáveres que en mí constantemente se corrompían.

Paraje gracias al cual, desde ese revelador momento, una pregunta reiterativa perturba profundamente a mi descorazonada mortal existencia: ¿verdaderamente yace lo terrorífico en la distributiva comarca del más allá, o es en esta envilecida y baladí materialidad donde lo realmente horrendo habita solapadamente en carnestolendas mascaradas? ¿Terror o esperanza; vida o muerte; ser o nada?

Yo, Inés del Prieto, doncella delgada con larga y fina cabellera negra, de nívea piel (cuál nórdica sílfide) que se solaza dentro de largas botas y es acobijada en tálares ajuares de tonos oscuro, morado y escarlata; aunque de ralea maracaibera y terruño caribeño, mi morfología siempre ayunará de sonsos coloridos arcoíricos y de melindrosas turbaciones por uñas, cardados y modas, pues he entallado en mi mohíno corazón, cual *donum ab inferno*, la estética de lo tenebroso como lo aprendí un sombrío día del disangelio de Veteraco el Limoktonúm.

VERICUETOS HILARANTES EN LA VIDORRIA DEL TARAMBANA MOLLEJITA

Estimado anónimo lector,
que en lo ignoto de vuestro cobijo,
leeréis estas lacónicas estrofas en riadas de jacarandosa
humorada;
os ofrendo, sin dilatación en sus proemios,
la vivaracha semblanza del socarrón señor Mollejita:
paisano de sumo chabacano a modo de,
con cromos, catafalco ornamentado.
Glosan, los asiduos a su corcovada biografía,
que el arrabal donde él compareció como pipiolo colono
era tan pendenciero que si te agazapabas en una refriega
terminarías como interfecto de inopinado estupro.
También referían que su progenitora al deslindar,
del neonato, su repelente afeamiento
prefirió, antes que teta, brindarle la espalda.
Cuando le sondeaban por el cimientto de su repulsa,
aseguraba la fémina que su crío más fachoso era
que vehículo oteado por debajo.
Entre los pasmados galenos había la clínica anuencia
de que el impúber más grotesco era que conejo sin orejas.
Quizás, por este motivo,
muchos de sus agnados
con el mote de «hueso de plástico»
le cumplían,
pues según ellos,
ni los canes del poblado
concedían instantes a su percepción.
A pesar de los desconsuelos por la infante estampa,
su madre siempre le dispensó finas atenciones a través de
morrocotudos biberones de mondongo con azabaches
caraotas.
Desde mozalbete, el señor Mollejita, tan holgazán era
que los mocosos del villorrio lo intitularon como «Primero de Mayo».

Si su resignada madre requería de sus buenos oficios
 para del estado del tiempo, conocer posibles celliscas,
 retozando en su chinchorro, clamaba por el can familiar
 ya que si éste, del patio, retornaba rociado,
 de que lloviznaba inequívoca señal era.
 Descomedido como ninguno, el efebo Mollejita,
 contagió de impertinencia a su farfullo loro Etón,
 pues de mañana, así como en el ocaso,
 la soez ave llamaba «¡casquivana!» a doña Adolfinia;
 constreñido a moralizar al agreste pájaro
 solo atinó a de negro teñirlo, pero al siguiente día,
 misia Adolfinia, enajenada por el mutismo del silente perico,
 agenció del muy pedestre codiciada respuesta:
 «¡De esmoquin engalanado, con meretrices no hablo!».
 En una ocasión, el impúber Mollejita se aventuró al abasto
 demandando del abacero «un kilo de huesos»;
 a lo cual, éste le preguntó: «¿Para sopa?».
 «¡No!, sólo para en luengos retazos desmechar»
 —el impertinente niño, sarcásticamente, le respondió.
 Naturalmente, el adolescente Mojellita detentaba
 hiperbolizada incultura;
 cuando la maestra le examinó acerca del hombre de las cavernas,
 el engreído tarugo «esclareció» que designaba el título
 «al homínido trajeado con pieles que, en las tabernas, se refugiaba».
 Si, por otra parte, la azorada pedagoga le preguntaba
 quién al americano continente había localizado,
 él se disculpaba arguyendo que delator no era.
 Aseveraba ser apto para transfigurar jumento en burra,
 ¡ay, prestigiador de pacotilla!,
 alojando al borrico en un aposento «hasta que se a-burra».
 Asimismo, apuntaló advertir que las aves prensoras eran
 quienes en las prensas anidaban;
 y éstas, por su parte,
 eran «ambientes con agua colmados».
 También afirmó que su depurador del vital líquido
 con «rayos ultraviolentos» purificaba.
 En una oportunidad, ¡oh infortunio de los humanos azares!,
 contestó una llamada telefónica donde su interlocutor le consultó:
 «Hola, ¿está Armando?»;

«No, apenas de las instrucciones, leyendo sus
menudencias»,
le replicó alardeado el muy granuja.
Relapso cernícalo, de joven adquirió un vocho Volkswagen
al cual internamente «emperifolló»
con un vasto ventilador de techo;
no cabía duda: ordinario cual transparente sanitario
o, en de los casos el mejor,
más pechero que pantaleta de gomaespuma.
Su vehículo monopolizó para transitar al paraninfo de su urbe;
en el cual, con ventoleras de recién converso «marxista»,
conjeturó que «una sociedad sin clases» versaba
sobre un «mundo con perpetua huelga de pedagogos».
Allí también, reputó descubrir la cuarta ley de Newton
afirmando que «todo inerte humano aposentado en el
inodoro
producirá, como reacción mutua con otro,
que éste haga sonar al timbre de su puerta».
Apócrifo intelectual, remachaba con petulante «sapiencia»:
«Si dónde estoy no sabes, el disfrute no has frotado»;
supuesto aforismo del filósofo griego «Clítoris de
Haliconchaso».
Aparentemente acérrimo «amante de la literatura»,
a un inseparable de proverbiales juergas
le narró que fue a comprar libros para el cansancio,
pero ¡qué intelectual malaventural,
no tenían ya que «agotados estaban».
Cuando Mojellita,
sus trastornadas barbaries advertía,
con locuaz desfachatez recurría:
«Propio del humano, errar es;
pero de políticos, imputar a los demás,
diputación inconcusa será».
Subyugado a los beodos entrenamientos de Sileno,
en uno de sus alucinantes arrebatos de *delirium tremens*
afirmó ser asaltado por el «ratero trío las Dudas»,
pues éste en noctívaga callejuela,
a punta de puntiagudos verduguillos,
le exigieron «¡todas sus certezas!».

Rendido Molletija a los libidinosos deleites de Afrodita,
 en una ocasión apremió decena de preservativos;
 entregándoselos el cajero con una notable bolsa de papel,
 vilipendiado, la desestimó, pues la fémica «malcarada no era!».

Un ambiguo día, su inaugural novia
 lo convidó a platicar,
 asintiendo, fisgón, Mollejita.

«¡Hemos terminado!», le confesó categóricamente la señorita;
 respondiéndole su mentecato oyente:

«¿Ya? ¡Cuán cortita esta conversación!».

En otra ocasión, su segunda novia,
 estando con él en la alcoba de las seducciones,
 sensualmente le musitó: «¿Qué deseas que te haga?».

Pletónico en júbilo, Mollejita suplicó: «¡Una transferencia pecuniaria!».

Cuando coronó el anodino connubio sexo-genital,
 la segundona moza precisó conocer
 con cuántas doncellas pernoctado había;
 sin meditarlo, respondió: «¡Solo con vos!;
 con las otras, de modorra, no padecí».

Era tan seco (displicente), cual pañal de muñeca,
 que su prometida le reprochó con el remoquete

«¡mi amor, qué frío!», sin conjeturar que el muy ladino le argüiría:

«Freí pollo o plátanos que la agobiante hambre apenas tolero».

Con su primera consorte de caminata, ésta,
 famélica exclamó acerca de la deleitable fragancia a banquete
 que, en derredor, por las narices, se olfateaba;

a eso, Mollejita respondió: «Si queréis, por allí, a pasar volvemos».

¡Más duro (mezquino) que tractor a pedales!

En otro momento, hallándose en una orfebrería,
 su cónyuge, como presente, le imploró un collar
 manifestándole Mollejita: «¿De trajinar suelta, fatigada estáis?».

El calamitoso descocado a un afecto le confesó
 que se había desposado, pues aborrecía cocinar y limpiar,
 pero ahora casado ya, de poco, le iba encantando.

De sumo abominaba a su inaugural suegra
 pues esta aseveraba que Mollejita,
 a guisa de gradería de anime, así de falso era;
 o, en su defecto, tan inservible como teclado sin *enter*.

En una oportunidad, hasta los tuétanos embriagado,

se atrevió a la tortuga de su suegra,
que él sospechaba concernía a las verdosas quelóneas ninjas,
apisonar, pues Mario Bros desvarió ser.
Esa misma noche, iracunda la octogenaria,
al escuchar fuera un ruido
le ordenó exhibir su rostro por la ventana
ya que, al divisarlo los rufianes,
no vacilarían pensar que violento perro había en el
habitáculo;
empero, Mollejita a su vez propuso:
«Mejor asomate vos, pues evidenciarán que la vivienda
hechizada está».
Una mañana se le escuchó clamar:
«¡Prepará el equipaje, amor mío,
que tu esposo con la lotería primer galardón embolsó!»
—rebotante de prosperidad, a su señora con premura instó—;
«¿Y qué en él introduzco: ajuar de verano o lo propio para
el invierno?»
«¡Inclúyelo todo, que de estos aposentos para siempre te vais!»
—le dictaminó el muy granuja.
Antes del forzoso divorcio, Mollejita campante afirmaba
que a su mujer «nada le faltaba!»,
pues en una madrugada, cuando llegó tarde y ebrio al hogar,
su trasnochada consorte le gritó: «¡Lo único que me faltaba!».
«Tenéis que ser como la ballena orca —orientaba a su ex consorte—
que no sufre en tiempos difíciles»,
ya que, según la desvariada aclaración de Mollejita,
el proverbio ratificaba que «Dios aprieta, pero no a orca».
De este retuerto modo,
el miserable bribón rubricó su primer divorcio.
Una noche, estando en el tálamo nupcial de un amigo con
su desposada,
llegó inesperadamente el inoportuno consorte de la fémina;
al verlo con su mujer, en incuestionables lujuriosas *asanas*,
el ofendido marido, de súbito, un errado disparo le propinó;
viéndose Mollejita más urgido
que machorro (lagartija) en bruñido adoquinado,
solo atinó a sermonearle: «Seguí así, que sin amigos te vais a quedar!».
Profusamente religiosa era su tercera gemela alma

que cada mañana le pedía abrir
 puertas y ventas para que Dios compenetrara;
 pero un día, al minuto del ritual de entronización a la divinidad,
 una gandola (tractocamión) a la morada estrepitosamente impactó
 exclamando, de estupor, Mollejita: «¡Vertica, y caminando compareció».

Tozudo devoto a Dionisio y a sus festivas disipaciones,
 durante una de las usuales dipsómanas libaciones,
 en aptitud de especulativo cogitabundo,
 se preguntó por qué las marcas de licores
 con sus ebrios consumidores no hacen comerciales:
 «¿Será que, de sus asiduos, vergüenza sienten?»

—se dijo mientras orinaba el chisguete de su contiguo.

En sus menesteres como camarero, el fachendoso bribón,
 quien se autodenominó *maître* de inapreciable culinaria sapiencia,
 abominaba apodar «huevos»,
 por considerarlo un patronímico impúdico y soez,
 a de las aves, sus embriones;
 prefiriendo citarlos
 como «posturas de aves con menguado revoloteo».

Como las congojas vitales advienen con plurales rodrigones,
 en su caribeño lar existía un bocadillo bautizado «Galleta de Huevo»;
 a la cual él aludía como refinada «Broa Erótica».

Dando oídos a chusca remembranza de vehemente cliente,
 en la cual narró cómo derribó un tarro de avena en
 anchuroso estuario,
 la forastera plática interrumpió, el lenguaraz Mollejita,
 casi apodícticamente vitoreando:

«¡Vertica, de seguro, espesita habrá quedado!».

Emplazado por un cliente,
 pues copiosos nervios su bistec revelaba,
 respondió el desvencijado remedo de *maître*:

«Efectivamente, mijo; y cómo no, si por vez primera se lo cenan».

Minutos después, con recientes ansias de raudo desagravio,
 el importunado consumidor le consultó
 qué saboreaba el párvulo de la contigua mesa.

«Por su progenitora, amamantado es» —le aclaró Mollejita.

«¡De ligero, lo mismo apetezco!» —exclamó el guasón cliente.

Cesado de su anterior quehacer, con rencorosa desazón,
 Mollejita comenzó a limpiar un museo de arte

contemporáneo
del cual también fue proscrito,
pues todos los días a su superior cuestionaba
si cualquier objeto era arte o como basura debía ser arrojado.
En una ocasión, hambriento por el infortunio del trabajo,
acompañado a un merendero, Mollejita ingresó requiriendo una mesa;
«¿Cuántos comensales?» —con amabilidad, el mesero le curioseó—,
a lo cual respondió: «¡Ninguno!, hipertensos somos todos».
Ya en sus seniles primaveras,
la vista de tal manera perdió que, en una ocasión,
requirió «par de chinchurrias con dúo de hallacas»,
pues alegó venir «invidente de irritante hambre»
a la usanza de piojo en cabeza de muñeca;
«¡Cónfiro —le repuso el proveedor—, y ciertamente ciego andáis
ya que el rótulo notifica: “comercio chinchorros y hamacas”».
Por lo mismo, cuando en motocicleta debía transitar,
el cegatón nonagenario se aferraba al constreñido auriga
más que remache de submarino.
En una oportunidad, nos confesó su galeno de cabecera
que cuando le preguntó cómo se sentía,
ya Mojellita en sus postreros plazos,
el raposo le farfulló: «¡Con la procesión por dentro, doctol;
pues su obsequiada medalla de peregrinación ingerí».
Traen a la memoria aquellos que le asistieron
durante los ulteriores minutos de su terrestre vidorra,
que justo antes de expirar logró mascullar:
«La vida, tan en serio, no la asuman;
al término de ella vivos no emigramos».
Cuando en el esperado sepelio de Mollejita,
el cual más solitario que sepultura de sádico estaba,
uno de los presentes a su viuda le dijo:
«¡Lo siento!»; la espantada fémina de inmediato le respondió:
«¡No, supino dejalo!; no vaya a ser que se despierte».
Luego de repartir en la póstuma memoria de Mollejita
su preferido yogur de ocumo,
fueron oficiadas sus bizarras exequias
más atropelladamente que necrología de indigente,
en un país tan profundamente politizado
que cuando una damisela exclamó: «¡Salud!»,

luego de yo haber estornudado,
el sacerdote gritó: «¡Educación!»,
seguido de su acólito que clamó por un «¡trabajo digno!»;
al final, finiquitamos todos entonando las notas del Himno Nacional.
Y, así, en cuadrado camposanto de la Tierra del Sol Amada
podrás ojear el conmovedor epitafio de su lápida:
«Aquí reposan los temporales restos de Mollejita Golilla.
Señor, ten a bien acogerlo con la misma euforia
con la cual te lo enviamos. La comarca».
Mis bienquistos impalpables lectores,
de esta manera concluyo
la chispeante crónica de egregio tarambana,
quien de modo alguno dejó de ser más ocurrente
al igual que fusión de Steven Spielberg con Walt Disney.

EPÍLOGO

«Los humanos somos remedos de puertas y ventanas en búsqueda de libertad, así como de luz; en tanto, semejados a copas apeteciendo llenarnos de gozo y felicidad». ARPO 247.

SOLILOQUIOS EN ALBERTA ROSE.

«No sollocéis a la vera de mi sepulcro, ya que allí sólo yace un memento de mi otrora corporeidad; yo vivo estoy, no he fallecido».
ARPO 247.

I

Próximo a la resguardada orilla,
desde el mar observo a un anciano
halando pesada embarcación hasta adentrarse,
con evidente dificultad, en desértica isla;
tozudo octogenario que, impertinentemente,
se cree capaz de lo imposible obtener su posibilidad.
Mientras antes se pretendía como afanoso de la soledad,
en el hoy (fugaz espejismo inverso de lo vivido)
con años atiborra su ahora sin desamparar
a la abandonada que con él siempre estuvo;
oportuno lapso para del arrepentimiento vocalizar sus penas.
¿Silencio ante lo asombrosamente insano
u optimista afonía frente a reveladora epifanía
de lo ansiosamente esperado?
¡Con ánimo empuja padre
a través del islote todo,
pues de pertenecernos el momento,
obligaremos a que lo conocido retroceda
ante aquello supremamente humano!
Que con la visualización de sus siluetas nada hacemos,
empero sí, con más de su humanidad.
¡Eh allí al hombre que cree!
¡Eh ahí a quien me enseña con paternal maestría!
Sin importarle el esfuerzo,
continuaba halando la embarcación
en medio de risas y burlas del común vulgo
(afectos a inconsistentes sonoras formas).

Aunque las sombras sobre él han descendido,
su consorte, esposa siempre leal,
sin desmayo le acompaña en esa heterodoxa travesía;
ya sea en proa o popa, su cónyuge le sigue
en aventura y con desventura,
sin duda ellos pronunciarán sus postreras palabras
en la alianza de la pareja.
Y es cuando Historia le reprocha a Orbe
ya que del creativo innovador
desapercibió cada uno de sus talentos.
Y nuevamente, quien les atacó,
arrepentido de misma sangre,
alaba ahora cuanto antes le pareció irrazonablemente soportado;
de esta manera, prescribe para siempre
la rudimentaria especulación de ultimar al retoño-sin-delito,
pues quien hoy lo reflexiona
vive en virtud del retrospectivo amor de aquéllos.
No reaparezcas requiriéndole,
con tus fárragos nomotéticos,
¡amor a la vida es su preferencial elección!
Entonces, las premoniciones,
nos imploran contemplar cómo esa casa,
¡oh azarosa travesura de anástrofe temporal!,
estalla en centenares de porciones
para reconstituirse en total estabilidad corporal.
¿Futuro en lo pretérito y pasado como porvenir?

II

¿Mis augurios capaces serán de pincelar
los arcanos legados de la amorosa divinidad?
En el sillón, al lado de la trasera compuerta,
el blanquecino cabello de mi viejita
reposa en las anécdotas del día y,
a pesar de saber que mora en el humano cielo
lejos del infierno de una solapada guerra
atizada por poderosos materialistas (lejanos y cercanos),
no puedo dejar de añorar los deleites de su cercanía.
¿Propiciará tiempo la vida
o hará falta hurtarle la dicha
de nuevamente estrechar a tan buena madre?

Mientras tanto, y a pesar de blanquecinas borrascas,
sólo ella ornamenta flores en el Jardín de la Reina;
póstuma honra a quien tanto quiso.
¡Un «hasta luego» despojado de despedida!
Caribeñas congojas pronunciadas en gélido lar.

III

La visión de un anchuroso océano
revierte ansiedades apelando reflexiones
a través de supremas opciones;
en aquél, muchas corporeidades desviven sus instantes
intentando contener algo del vital líquido
entre las palmas de sus manos.
Empero, en medio de los numerosos sedientos
se atisban menudos pocos
que ansían aplacar su aridez
con la bastedad de la mar.
¡Dime! ¿Quién porta el estandarte de la inocencia
y cuáles los escarmientos del yerro?
El niño, su infante,
extraviado, peregrina sin precisión de recuerdos
tras el amado rastro de su Padre y,
si te lo propones, le verás reflejado en tu espejo
implorándote que regreses a él.
¿Ahora es cuando lo percibes?
¿Arrojado a la compunción de lo existente
o milagroso evento del transcendente reencuentro?
Durante la desesperación por la nada,
en lontananza aprecia como el Maestro
se aproxima a su presencia obsequiándole,
cariñosamente, su fraternal mano para,
si se lo permite, llevarle a la presencia del Padre.
Aunque sus memorias estén depuradas de lo cotidiano,
descifra palmariamente que será acogido
con el fuerte abrazo de quien nunca a él olvidó.
No te preocupes, Él no te imputará las veces
que atiborraste tu vida con lo espurio de lo banal.
En la corte, los supuestos sabios del terrestre mundo
redactan sofistas jeringonzas
con las cuales culpar a la Divinidad

por cuanto el humano omitió hacer o mal obró.
Y los muy pillos concluyen:
¡El Padre, invento nuestro es!
Viles razonamientos que ocultan los mecanismos de defensa
con los cuales arguyen para, del mal obrar,
no rubricar decente responsabilidad.
Luego, locuaces mostrencos
anuncian el asesinato del Absoluto
como si el sacrificio de una inmaculada primicia purgara,
de nuestras condenas, todos sus corolarios.
Pensar que el Padre nos afirma en la Vida en tanto,
petulantes necios pretenden otorgarle,
de sus dádivas, cada beneficio.
¿Seremos incapaces de recibir el Don con gratuidad
u orates incrédulos de lo imposible posible?

IV

¿Por qué el tinglado, otra vez,
debe ensombrecerse con la pestilente figura
del codicioso necrófilo cuya fuente de riqueza
yace dentro de las lápidas
de quienes fueron ajusticiados
con el armamento por él comerciado?
La sin razón de un mundo
donde no importa que las drogas sofoquen
los fulgores vitales de profusas progenies
siempre y cuando, éstas,
susciten onerosos peculios
a los marrulleros de lo psicotrópico.
¡Dinero! ¡Dinero! ¡Qué se te achica la existencia!
¡Capital! ¡Capital! ¡Qué la vejez merma las opciones!
Hasta correr con el riesgo
de que sean convertidas, las poéticas grafías,
en otra burda mercancía.
¡Peculio! ¡Fortuna! ¿A quién puede importarle si eres?
¡Apariencia! ¿Cuánto me dijiste que te llamabas?
¿Avasallados por la unidimensionalidad del sobrevalorado disfraz?
Visiono refulgentes perfiles de árboles emperifollados
con adornadas expresiones y gramaticales giros del lenguaje;
canoros vocablos vacantes de significados

que anestesian, aún más,
 las oníricas consciencias de a quienes
 los sensorios tributan apodícticos colofones.
 ¡Encomendados diariamente a más de lo mismo!
 Regateados a las sugestivas y comodonas formas
 sobre los sarcófagos de las transformaciones
 donde Estatismo ejecuta a Innovación
 liquidando sus creativas correrías.
 ¡Otra vez el «santificado» Mercado!,
 desdeñoso homúnculo que a su autor
 le pretende sustraer los dividendos de sus faenas.
 Ahora le concierne a Estética
 ser mercantilizada como prosaico opio.
 ¡Una cripta más es adicionada
 a los sollozos de una mejor humanidad!
 Mientras uno de nuestros más poderosos verbos
 es mancillado en la trastienda de resaltada genitalidad.
 ¡Humano, pero tan humano!
 Allá, la materia es divinizada;
 en tanto acá, el espíritu materializado.
 Inactivamente no conjugado en la diaria acción,
 propicia que femeninos garabatos y figurines
 de cuantiosas dimensiones, reemplacen,
 en la pluralidad de «anexando lo mismo»,
 lo conforme a la individualidad unitaria e irrepetible.
 En la marquesina de cuanto
 con desenvoltura tintinea seductoramente,
 los colectivos vuelven a pronunciar
 el epígrafe del verbo afectivo sin, de sus paradigmas,
 hacer lo necesario en sus cotidianas ocupaciones.
 ¡Henchidos neumáticos, huero corazón!
 Otra vez, el mísero sonsonete de siempre:
 ¡Avarientas talegas, que lo demás, de cuántía está faltó!
 El *quid*, hermano mío,
 en las representaciones no descubrirás;
 empero, con él acertarás
 si del humano precisas su esencia.
 ¡Escarcelas sin fondo, hambrientas de terrestres vidas
 extraviadas en las peregrinas heredades!

V

Quizás,
 si capaz fueras de observar su corazón,
 entenderías estas profusas alegorías.
 ¿El inicio de todo? ¡En las motivaciones!
 A través de la ventana abierta de las ensoñaciones,
 ¡ay, viejita bella! que roñosos malignos nos distancian,
 la encaprichada imagen de la madre aguardando
 tantas veces como le sea posible
 al infante de sus llantos;
 espirituales abatimientos abrigados en lo hondo del alma,
 esos chiquillos que muy bribones
 se internan en los huesos como si a los angelitos del paraíso
 les fueran cercenadas sus alas.
 Pero eso no es el resto de la vida
 ya que sábanas y almohadas se pavonean,
 dentro de los murallones del hogar,
 con el maternal aroma de Oda... ¡Su buena madre!
 A los infortunios,
 aquellos que restan compuertas para las salidas,
 adiciona otra abnegada madre
 bajo los dulces talantes de una tía que es Bella;
 y preguntarás si en la existente humanidad
 podría esa anciana donar su vida en ajenos hijos:
 ¡Y respondemos con el sí al halago de la gratitud,
 bajo la ofrenda del resarcimiento a homérica entrega!
 ¡Qué no llore más, pues el Providencial Plan
 la coronó como inigualable madre!
 ¡Qué sean, ahora, inmortalizadas en las grafías del desconocido!
 ¡Qué las generaciones recurran a sus hagiografías
 en tanteos de verdadera salud!

VI

Bajo el árbol del primer beso
 se percata que no sabe quién es,
 pero sus lágrimas han logrado
 ciertos resplandores de su oculta esencia.
 Nuevamente, los miserables poderosos de siempre
 menoscaban y distancian para obtener más dinero,
 como si sus ataúdes fuesen bancos en los cuales depositarán,

de novísima manera, sus materiales patrimonios.
 La viciosa guerra,
 cuál ponzoñoso virus,
 aletea de allá para acá;
 hoy en ajenas fronteras,
 mañana en propios territorios.
 ¡Nadie, de ella, a salvo estará!
 Y reaparece el necrófilo imbécil,
 cruel «inmortal» (epíteto autoencasillado)
 con sus encubiertas mañas de dolor, enfermedad y muerte.
 ¡Tan fácil es destruir!
 Pero ¡cuán difícil es poder reparar, resarcir, perdonar!
 ¿Dónde lo épico, cuáles sus entalles de virtud?
 Petulantes narcisistas que desconocen
 cómo toda acción origina justa y proporcional reacción,
 en inversa justicia, a la fuente ejecutora.
 Ética disforme
 donde lo vicioso no radica en lo ejecutado
 sino en quien lo padece:
 ¡Bien si yo lo obro; mal, si me lo procuran!
 Tarde o temprano nuestra desnudez,
 hambre y sed serán parte de su perniciosa posterioridad.
 Así,
 en la antropológica urbe del siempre *sapiens*,
 el reiterativo dialelo (¡beoda mascarada!)
 de «una vez más lo distintivo del pretérito ajuar».

VII

Individuos cuasi humanos deambulan
 con rostros medianamente cubiertos
 por antifaces de irremediable sanidad,
 espaciando sus corpóreos contactos
 a la espera de que Madre Tierra
 se apiade del principal virus agresor: ¡El humano!
 Quien se obstina en hallar
 externa e invasiva cura
 a sus disímiles dolencias; aunque,
 realmente, las complacencias de sus afanes
 yacen agazapadas en su inadvertido interior.
 Botarate ególatra que porfía nadar contra corriente,

y varado en el Eterno Espacio de lo Inalterable
reputa que su denuedo le aprovisiona de fortuna,
pues desde su adulterada ojeada
presta atención a sus bonanzas
al aparentemente rebasar a sus cercanos
siendo que éstos trasegados son,
con urbana devoción,
por el cauce del agua de la existencia;
encrucijada para desigualar la máscara que te disfraza
de la verídica faz que te integra
sin ajetreos ni desconsuelos.
Y nuevamente en esos crueles días
renace la convicción de que superando al *sapiens*,
reverenciando con mayordomía a la naturaleza
y protegiendo a la vida,
será posible un mundo superior.

VIII

Entretejiendo melancolías
con presente vacío
donde en lo pretérito fuera atiborrado
con la presencia de a quien tanto extraño
y descarriando Muerte,
por medio de Tristeza,
a Prosa y Verso
de mi mente y manos
ya que, padre mío,
lo experimentado en tu ausencia
encadena a Soledad junto con Tribulación
a mi lastimera persona.
Los recuerdos de mi Adelio,
canas que a la distancia
presagiaban afectos de un buen padre,
develan el cortinaje de lo cierto,
pues el resumen de sus anhelos
acopia dichas en la zaherida alma mía.
Mi viejito,
avezado cazador de interiores fieras,
siempre dispuesto estuvo a,
de su íntimo monstruo,

sosegar sus miles de querencias.
Irredento locuaz
de misterico voquible,
a la usanza de prestidigitador de admirable oficio,
a cuanto imposible
pretendía trucar en verosímil,
aquello que en la lontananza
se perfila como meritorio deber.
Sabio didáscalo
que en toda nueva aurora
regaba sus recónditos saberes
y mimaba sus aleccionados frutos.
Incansable mistagogo
que arropaba, con fraternal alquimia,
la arisca complexión
de infortunados enemigos.
El no tener de la materialidad
su tridimensional pláceme,
nunca socavó su plena satisfacción
en los dividendos de los ideales
forjados en la purga
de los eternos valores.
Deseaba, ¡oh lúcido oratel,
acicalar nuestros mares
con la resta de azabaches manchas;
así como, en el celaje,
pintar azules pompas
en los oscuros nubarrones
de la asfixiante polución;
bastarda prole de Mercado
quien supedita los medios
a la cicatera suma del pecuniario fin.
¡A mi padre le horrorizaba,
de algunas humanas bestias,
remedar sus heterogéneas vergüenzas!
Sufría mi Adelio
cuando Madre Tierra era ultrajada
al desnudarla de su verde abrigo
o mientras Fauna era torturada

en necrófilos ritos
de morboso entretenimiento.
¿Por qué *homo erectus*
se alza como ponzoña
de quien tanta vida le provee?
¡Hasta cuándo hallaremos
contendientes en lo externo!,
a pesar de que en nuestro interno
pernoctan, en subsuelos,
profusos engendros.
Mi padre,
planetario tesoro
en orden e innovación
(por el invidente orbe desconocido),
prefirió acumular arrugas
que denostar amplias sonrisas;
aunque, en ocasiones,
sus tristezas moderó
en las grafías de sus aforismos.
Estas letras no pretenden tararear
benedictus de hagiografía,
pues mi Adelio es humano
y no celeste mensajero;
radicando allí, en su inimitable humanidad,
lo increíble de su propia superación.
Nacido en cuna de bardos gaiteros,
de tropical tierra amada por el sol;
donde papá Dios se solaza,
en derecha calle, con maternal Virgen.
Del Poniente único entre muchos,
desdeñaba del calco sus repetidas formas;
contumaz en creadoras soluciones,
inconforme era en millares
de vulgares opciones.
Mira mis manos y verás sus obras.
Oye mis esperanzas
y entenderás sus ideales:
¡El Arquitecto de lo Imposible!
Mientras muchos sucumbían al «¿por qué?»,

ante la atrición de materiales formas,
mi Adelio se aventuraba
ante el «¿por qué no?»,
pues lo imposible para él
siempre posible fue.
Me abrazó con el calor de Sabiduría
y formó con la armonía del orden;
me guareció con riqueza que no caduca
y quiere con la dulzura de la trascendencia.
Examina mi genética y comprenderás mi estirpe.
Pronuncia «¡Prieto!», y entenderás mi orgullo:
¡Mi Arquitecto de lo Imposible!
Magistral, como pirámide, mi padre fue;
congruente a un anónimo filosofar.
Humano elevado al pináculo celeste,
meritorio de futurística Alpha ciudad.
Mi padre, arquitecto de lo imposible,
pues su legado siempre me acompañará.

IX

En la gélida soledad de Alberta Rose
yace, entre los desconocidos de forastera habla,
tu recordado y amado material cuerpo
al modo de quien tiñe con albina nevada
los desconsuelos en tan hondo vacío;
inmisericorde ultraje a mi necesidad
de ofrendarte incumbidas gratitudes
frente al lecho eterno de tu mortalidad,
pues la terrestre distancia,
a mi cercanía,
prohíbe halagos y afectos.
Y es mi Oda
la única con el hermosísimo derecho
de sembrar pimpollos
en la fecunda roca de tu féretro;
allá, donde la reina tiene su blanco jardín.
Entonces es cuando musito «¡hasta luego!»,
recordado padre mío,
pues de los «¡adiós!» sobrellevo insistente incredulidad.

Annexa.

En estas horas, donde muchos se debaten entre escasez y enfermedad, yo (Derbut) escribo sincero agradecimiento a quien (obviando lo vano y efímero de la comida, el vestido, la casa, el vehículo, el dinero y la fama) fue capaz (propio del acero que constituye a nuestra prosapia) de enseñarme sobre la existencia, el vivir y la trascendencia; aquel, entre poquísimos, que siempre tuvo la valentía (a pesar de lo difícil que es optar por lo verdadero en este valle de profusas apariencias) de abrir su corazón con lunática esperanza a lo imposible, pues de lo posible hartos estamos de tanto padecer.

Y, así, en tanto miles cabizbajos deambulan con presente temor a la muerte, este huraño hijo de Adelio sabe que aquélla es incapaz de despojarle de sus tesoros ya que, como herencia, recibió eternos erarios sin los cambios del tiempo ni las limitaciones del espacio.

¡Gracias, padre Adelio, por tu hazaña para conmigo!, pues si así tú eres, ¿cómo será mi *Abbà*?

Lushmore Derbut, hijo del Arquitecto de lo Imposible: Adelio Ramón Prieto Ortega (ARPO 247).

«¡Padre!, pon mi cabello blanco y llena mi cara de arrugas, pero jamás quites la sonrisa de mi rostro». ARPO 247.

CRÓNICAS DE INÉS DEL PRIETO: EL LEGADO
DE ARPO 247.

Un lapso vivencial seccionado en fantásticas narrativas.

Apologético exvoto, a través de khimairica primicia, de la desdeñosa pluma (la cual inmortaliza) del fusco cenobita con cáustica filosofía: «Lushmore» Derbut (José Miguel Prieto Portillo); como literaria deferencia a dos inmerecidos amores: en lo terreno, al Arquitecto de lo Imposiblemente Posible, el marabino filósofo Adelio Ramón Prieto Ortega, y, en el Empíreo, a mi amadísimo *Abbá* (del arameo Papá [Mc. 14, 36]); mientras el terreno me mostró el verdadero semblante del Celeste, Éste me obsequió, a través de aquél, invaluable heredad que trasciende espacio y tiempo al escabullirse (casi socarronamente) de la rapacería de la humana corrupción.

Narrativas khimáiricas compuestas más allá de los cuadrículados Confines del Ser, en la radiante oscuridad del No-ser y de su insurrección, con el penetrante dolor de quien remite sus escritos a aquel que, por ya no estar, leerlos no podrá; con la diaria agonía de no alcanzar a escuchar, de sus paternos labios, lo mucho que le satisficieron mis actuales grafías.

¿Me preguntáis cómo he colegido alegrías y enseñanzas, de soledad y tormento?

Y os respondo de la única manera posible: ¡Yo soy Derbut, el Lushmore!

Vástago del Arquitecto de lo Imposiblemente Posible
(ARPO 247)

y feraz filógrafo de los albures sobrevenidos en el
metaverso del No-ser.

¡Qué con estos dietarios sean inaugurados los alcances del
legado!

¡BIENVENIDAS, CREATURAS TODAS, AL NUEVO

MUNDO CUYO BLASÓN
ESTÁ BRUÑIDO CON PROSAPIA MARACAIBERA Y
PATRIA VENEZOLANA!

«La palabra del sabio es voquible de encrucijada». ARPO 247.

Contenido

PRÓLOGO	9
PROEMIO	11
ITINERARIUM	12
CRÓNICAS DE INÉS DEL PRIETO:	
EL LEGADO DE ARPO 247	51
CARTAPACIO I: INÉS DEL PRIETO Y EL INCREÍBLE VARADERUX MAXIMUS ARPO 247	53
CARTAPACIO II: EL POLIFACÉTICO ADELIO DEL PONIENTE Y EL CANTAR DE GESTA DE INÉS TÁLANTOY	61
CARTAPACIO III: SCALA COELI, DEL EMPÍREO A EL ROSAL SUR	81
CARTAPACIO IV: LA ANTINOMIA ESPACIAL DE LA LEBEN INÉS DEL PRIETO	89
CARTAPACIO V: EL OBSEQUIO DE INÉS TRIT AL DICOTÓMICO MUNDO DE LOS BITS	95
CARTAPACIO VI: INÉS DEL PRIETO Y LA BÚSQUEDA DEL ESCALÍMETRO DE AVELLANO	105
CARTAPACIO VII: INÉS DEL PRIETO Y LA NOCHE OSCURA DE PICOLABURY	121
CARTAPACIO VIII: LOS FAHRER DEL METAVERSO DE ERWIN	145
CARTAPACIO IX: INÉS DEL PRIETO Y LA HERMANDAD ESPERANZA	173
EXCURSUS	187
POST TENEBRAS: EL DISANGELIO DE VETERACO EL LIMOKTONÚM	189
VERICUETOS HILARANTES EN LA VIDORRIA DEL TARAMBANA MOLLEJITA	195
EPÍLOGO	203

Este libro fue diseñado y exportado
para su publicación en AMAZON por
SULTANA DEL LAGO EDITORES,
en los talleres gráficos del poeta Luis
Perozo Cervantes, en Maracaibo, esta-
do federal del Zulia, en el continente
americano, del planeta tierra; a los 10
días del mes de diciembre de 2024, el
mismo día pero de 1923 en que nace en
Cabimas el músico Ciro Adarme